

HISTORIA Y ANTROPOLOGÍA DE LA ISLA DE LA LAJA

MARIO ORELLANA R.



colección
MUSEO DE CHILE

EDITORIAL
UNIVERSITARIA

**HISTORIA
Y ANTROPOLOGÍA
DE LA ISLA
DE LA LAJA**



Colección
IMAGEN DE CHILE

© 1992, MARIO ORELLANA R.
Inscripción N° 81.772. Santiago de Chile
Derechos de edición reservados por
© Editorial Universitaria, S.A.
María Luisa Santander 0447. Fax: 56-2-2099455
Santiago de Chile

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida
o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos
o químicos, incluidas las fotocopias, sin permiso
escrito del editor

ISBN 956-11-0815-0
Código interno: 009981-3

Texto compuesto con matrices *Garamond 11/13*

Se terminó de imprimir esta
PRIMERA EDICIÓN
en los talleres de Editorial Universitaria
San Francisco 454, Santiago de Chile
en el mes de noviembre de 1992

CUBIERTA:

Los Pinares de Nabuelbuta
Grabado del *Atlas de Gay*



IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

082180

HISTORIA Y ANTROPOLOGÍA DE LA ISLA DE LA LAJA

MARIO ORELLANA R.

- II. LA ISLA DE LA LAJA CON TERRITORIO MARITIMO
- III. LOS PEÑONALES Y SU TERRITORIO MARITIMO
- IV. OCUPACION HISTORICA DE LA ISLA DE LA LAJA, DEL 1500 AL 1800
- V. LA SUBSISTENCIA DE LOS Y EL TRABAJO DE LOS PEÑONALES MARITIMOS EN EL NORTE DEL ESPANOL
- VI. EXISTENCIA DEL SIGLO XVII Y LAS FUENTES DE INFORMACION DE LOS AMBIENTES MARITIMOS
- VII. LOS FUENTES DE FUERTE Y DE BARRIO
- VIII. LOS ACTUALES PEÑONALES MARITIMOS Y SU PROXIMIDAD ANTROPOLÓGICA
- IX. BIBLIOGRAFIA



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

131980

*A mi madre
Julia Rodríguez Maluenda,
quien me inició
en el estudio del pasado.*



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

ÍNDICE

I.	INTRODUCCIÓN	9
II.	LA ISLA DE LA LAJA: UN TERRITORIO MARGINAL	13
III.	LAS PRIMERAS EXPEDICIONES ESPAÑOLAS	25
IV.	OCUPACIÓN ESPAÑOLA DE LA ISLA DE LA LAJA: DESDE 1601 HASTA 1723	46
V.	LA SUBLEVACIÓN DE 1723 Y EL TRASLADO DE LOS FUERTES A LA ORILLA NORTE DEL RÍO BIOBÍO	55
VI.	LOS FUERTES DEL SIGLO XVIII Y LAS POLÍTICAS COLONIZADORAS DE DON AMBROSIO O'HIGGINS	63
VII.	LOS FUERTES DE PURÉN Y DE BALLENDAR	76
VIII.	LOS ACTUALES PEHUENCHES. UNA APROXIMACIÓN ANTROPOLÓGICA	95
IX.	BIBLIOGRAFÍA	115

INDICE

ABREVIATURAS

- ANAG Archivo Nacional Archivo Gay.
- ANCG Archivo Nacional Capitanía General.
- ANCM Archivo Nacional Contaduría Mayor.
- AUCh Anales Universidad de Chile.
- BNBM Biblioteca Nacional Biblioteca de Medina.
- CDIHCh Colección Documentos Inéditos para la Historia de Chile.
- CHCh Colección Historiadores de Chile.
- FHBJTM Fondo Histórico Bibliográfico José Toribio Medina.
- RChHG Revista Chilena de Historia y Geografía.

INTRODUCCIÓN

El presente libro es el resultado de una investigación aprobada y financiada por FONDECYT, proyecto 89-858. De alguna manera pretende continuar también el estudio realizado por el historiador Sergio Villalobos en su libro *Los pehuenches en la vida fronteriza*, extendiendo la investigación hacia los siglos XVI y XVII, y acentuando la perspectiva antropológica y arqueológica. Igualmente, la investigación histórico-arqueológica, efectuada entre marzo de 1989 y marzo 1990 en la región de la isla de la Laja, situada en la VIII Región, se enmarcó dentro del concepto teórico de la "historia de la frontera". Este marco interpretativo histórico sostiene que hay pruebas empíricas que permiten afirmar que la llamada *Guerra de Arauco* no es sólo una sucesión de acontecimientos bélicos, sino que debe entenderse en un contexto mayor caracterizado por las "relaciones fronterizas", especialmente desde los últimos decenios del siglo XVII hacia adelante. Por esta razón, la investigación efectuada valorizó efectivamente los acontecimientos relacionados con la vida fronteriza, tanto en el plano cultural, como en el social y económico.

La isla de la Laja fue sin duda un área técnicamente caracterizada como un "espacio vacío", que fue ocupada lentamente por los españoles y luego por los hispano-criollos, quienes, al avanzar hasta los límites de ella, se encontraron con los pueblos aborígenes provenientes de la cordillera y de los llanos situados al sur del río Biobío. A veces en situaciones bélicas muy precisas, tales como las sublevaciones de 1723 y 1766, los contactos con los indígenas fueron violentos, pero en la mayoría de los casos aquellas relaciones tuvieron un carácter semipacífico. De todos modos, como escribe Villalobos, la violencia, el primitivismo de la sociedad, los actos de despojo, el riesgo en los negocios y la reducida eficacia de la autoridad española fueron características propias de la vida fronteriza y, por lo tanto, del área que nos interesa estudiar.

El aporte de los estudios arqueológicos permitió obtener un buen número de información referida a los lugares de ocupación fronteriza y precisar algo más las características de vida en las plazas y fuertes de la frontera, sobre

todo en la plaza de San Carlos de Purén y, muy especialmente, en el fuerte de Ballenar de Antuco.

El estudio documental hecho en los archivos de Santiago precisó una serie de detalles de la construcción de los fuertes, la participación de diversos grupos humanos en sus restauraciones y, en general, nos dio un acabado cuadro de la importancia de estas plazas militares, asociadas a la vida aldeana y ciudadana fronteriza.

El análisis antropológico se centró en las complejas relaciones, a veces amistosas, a veces guerreras, de los colonizadores, mestizos y soldados, con los aborígenes pehuenches en especial, y también con los mapuches de los llanos y de la precordillera. Sobre todo, intentamos no sólo caracterizar a los pehuenches históricos, sino también definir lo mejor posible las relaciones antropológicas entre esta etnia y la mapuche, y entre los antiguos pehuenches y los actuales que viven en la región del alto Biobío.

En resumen, los objetivos y metas del presente libro se centran en:

- a) Conocer a través de la investigación de archivos, tanto los planes emprendidos por las diferentes autoridades del siglo XVIII y el detalle de su realización, como las medidas prácticas para convertir el territorio de la isla de la Laja en una comarca poblada, pacífica y rica en actividades económicas y centro de misiones evangelizadoras, comerciales y foco de una transcultura eficiente;
- b) Precisar los diversos acontecimientos de los siglos XVI y XVII que se relacionaban con este amplio territorio: ocupaciones esporádicas, misiones, combates, intercambios culturales y comerciales, etc.;
- c) Conocer por intermedio de los trabajos de campo de carácter arqueológico la plaza de San Carlos de Purén y el fuerte de Ballenar, en sus verdaderas y exactas dimensiones, sus estructuras y sus características funcionales, dentro del contexto de las plazas y fuertes de la isla de la Laja, y
- d) Estudiar la evolución de la etnia pehuenche desde el siglo XVI hasta el presente.

METODOLOGÍA Y ACTIVIDADES DESARROLLADAS

El equipo de investigadores, integrado por el suscrito (arqueólogo), por el historiador Sergio Villalobos, por varios ayudantes de historia y de arqueología, y por un dibujante y topógrafo¹ dividió sus actividades de investigación en dos campos precisos:

¹ Señores Carlos Celedón, Fernando Orellana, Antonio Carvacho y Rodrigo Orellana T. Intervinieron también Luis Carlos Parentini, Cristián Rodríguez y Jorge E. Gaete.

Investigación en la Biblioteca Medina, Manuscritos de Medina de la Biblioteca Nacional; en el Archivo Nacional Fondos Varios, Capitanía General, Contaduría Mayor, Archivo Morla Vicuña y el Archivo Claudio Gay.

Varios investigadores revisaron los volúmenes correspondientes al siglo XVIII de los diferentes archivos mencionados, lo que permitió conocer informes, situación de conservación de los fuertes, medidas de éstos, sus pertrechos, estado de la artillería, tipos de armas, etc.

Otros volúmenes de la Contaduría Mayor, por ejemplo, permitieron conocer las reparaciones de los fuertes, los materiales usados, quiénes trabajaban, etc.

Los informes de los diferentes maestros de campo, como Salvador Cabrero, se conocieron a través del Archivo de Claudio Gay y de la Capitanía General.

Además, se consultaron diferentes textos de funcionarios, viajeros científicos y de misioneros, tales como fray Pedro Ángel de Espiñeira, José Perfecto de Salas, Juan de Ojeda, Luis de la Cruz, Eduard Poeppig e Ignacio Domeyko, y de tantos otros que están publicados en la *Colección de Historiadores de Chile*, en la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile* y en otras publicaciones.

Todo este trabajo de archivos y de lecturas se hizo principalmente entre marzo de 1989 y julio de 1990. Por supuesto que había algunos estudios adelantados, hechos especialmente por el historiador Sergio Villalobos y su ayudante Carlos Celedón.

El grupo de arqueólogos hizo levantamientos de los fuertes, perfiles, recolección de materiales culturales y excavaciones, especialmente en el fuerte de Ballenar (Antuco).

Se efectuaron tres viajes de terreno, en marzo y en septiembre de 1989, y en enero y febrero de 1990. En esta última fecha se excavó parte del fuerte de Ballenar, precisando sus características estructurales, muros, estacada, pisos y sus funciones.

Tal vez el desafío mayor fue transformar el informe especializado en un libro que debería ser leído no sólo por algunos historiadores y antropólogos, sino también por muchas otras personas. Había que limpiar el texto de muchos datos eruditos, no caer en citas exageradamente largas y sobre todo darle unidad estilística. Además, lo que no siempre fue fácil, debimos organizar un texto en donde había datos e informes provenientes de tres disciplinas: la historia, la etnología y la arqueología.

Otro aspecto que deseamos llamar la atención es el que se refiere a la secuencia temporal usada en nuestra exposición. No siempre respetamos el relato cronológico unilineal; el lector descubrirá que en un mismo capítulo

pasamos de un tiempo a otro; retrocedemos, a veces, en un siglo, para luego situarnos de nuevo en el tiempo primeramente mencionado.

Queremos insistir en que no colocamos como valor superior la cronología, sino la explicación y comprensión de las situaciones culturales que estamos estudiando. Obviamente que tampoco exageramos y pensamos que, en último término, nadie se verá sorprendido por algunos de estos saltos secuenciales.

Algo importante en el trabajo científico fue la participación de todo el equipo en las diferentes labores, produciéndose una integración interdisciplinaria real. Sin la labor de ellos había sido imposible escribir el presente libro. Todos ellos son, en diferentes proporciones, auténticos coautores; sin embargo, las deficiencias que puedan descubrirse en las páginas siguientes me pertenecen íntegramente.

Por último, para ser absolutamente francos, no siempre cumplimos con lo que nos habíamos fijado como objetos de nuestra investigación. Una que otra cita de algún cronista es demasiado larga, e igualmente no siempre pudimos resolver problemas que nos planteamos. De todos modos, el presente libro fue una nueva y hermosa experiencia en la inacabada tarea de hacer en nuestro país investigación científica interdisciplinaria.

Agosto de 1991.

LA ISLA DE LA LAJA: UN TERRITORIO MARGINAL

El naturalista alemán Eduard Poeppig, describiendo el viaje que hizo en 1828 por la “bella provincia austral de Concepción”, dice que la parte oriental de ésta “recibió del pueblo el nombre de isla por encontrarse encerrada por varios ríos”.

Esta *isla* fue especialmente llamada así en el siglo XVIII, aunque también varios estudiosos que escribieron en ese siglo la incluyeron en la provincia de Huilquilemu, que en lengua mapuche significa “bosque de los zorzales”. Así, las tierras comprendidas entre los ríos Itata y Duqueco, y especialmente la región de Rere, eran conocidas con aquel nombre.

El *Compendio de la Historia Jeográfica, Natural y Civil del Reino de Chile* nos informa que la provincia de Huilquilemu “se halla situada entre Chillán, los Andes, el Biobío y Puchacai... Está regada por los ríos Itata, Claro, Laja y Duqueco. Su distrito es rico en oro en polvo, i produce un vino moscatel exquisito. La jente que habita sus campos es valerosa i aguerrida, a causa de los combates que durante la guerra sostuvo con sus terribles enemigos los araucanos”. Un poco más adelante nos recuerda que los españoles “fabricaron sobre las orillas [del Biobío] que les pertenecen, los fuertes de Yumbel, Tucapel, Santa Bárbara, y Puren”¹.

La estancia de Huilquilemu o de Buena Esperanza, en donde también había un fuerte, y desde 1612 una misión de los jesuitas fundada por el padre Luis de Valdivia, comprendía así tierras situadas al norte del Biobío, especialmente el sector situado al occidente de nuestra “isla de la Laja”. Fue establecida por el gobernador Alonso de Ribera, hacia 1603, dentro de su

¹El *Compendio* anónimo fue escrito, en realidad, por el abate J. I. Molina y publicado en Bolonia en 1776. CHCh, tomo XI, p. 282, Santiago, 1878. En el *Compendio de la Historia Civil del Reino de Chile*, este mismo autor nos recuerda que en “la provincia de Huilquilemu se organizó la nueva provincia del Laja, por decreto de 9 de agosto de 1792”. CHCh, tomo XXVI, p. 316, Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1901. Así Huilquilemu, desde tiempos de Ambrosio O'Higgins, quedó dividida en los territorios de Rere y Laja.

También el cosmógrafo mayor Cosme Bueno, cuando describe el Obispado de Concepción en 1777, no menciona la isla de la Laja, sino que la sitúa indirectamente dentro del corregimiento de Rere, cuya capital es la villa de Buena Esperanza, alias la Estancia del Rey. Informa que "La frontera que divide esta parte del obispado de las tierras que habitan los indios levantados se compone de una línea de plazas que corren a una i otra parte del Bío-Bío para resguardo del reino comenzando desde la falda de la cordillera hasta la Concepción por este orden: Santa Barbara, Puren, Anjeles, Tucapel, Yumbel, Talcamávida i Concepción"¹.

A su vez, el cronista Vicente Carvallo y Goyeneche explica bien las relaciones entre la isla de la Laja y Rere (Huilquilemu), cuando escribe sobre la provincia de la Laja: "esta provincia establecida el año pasado en 1793 era territorio dependiente de la de Rere i la llaman isla de la Laja, a causa de tener su situación entre el río de este nombre, el río Biobio, i la cordillera"².

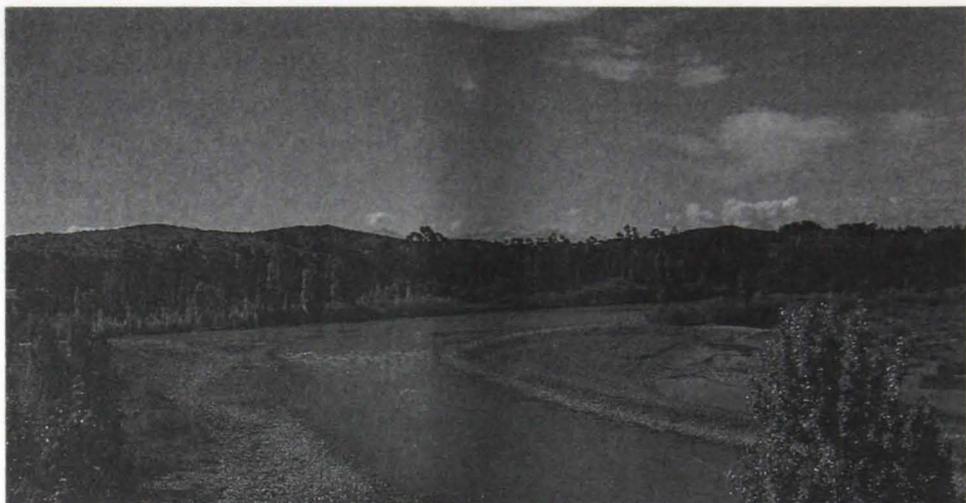
En verdad, la isla de la Laja tiene una forma semitriangular, encontrándose limitada hacia el norte por el río Laja y hacia el sur y el occidente por el Biobío; al oriente la cordillera de los Andes fija un laxo límite. En este sector cordillerano son lugares geográficos y geológicos importantes la laguna de la Laja, el volcán Antuco y la Sierra Velluda.

La mayor parte de este territorio es relativamente plano, hallándose en él pequeñas alturas o colinas suaves. Tanto en las superficies planas como en las de altura (montañas), es más bien fértil, existiendo agua en abundancia. Aun hoy día se conservan sectores con hermosos bosques, a pesar del indiscriminado talamiento de árboles por parte de algunas industrias madereras.

Casi con nostalgia recordamos las palabras de Poeppig cuando escribe: "La vertiente de las montañas ostenta las más hermosas selvas, no falta el pasto ni siquiera en las llanuras, y el clima es tan excelente, que la descripción resulta insuficiente para reflejar todas estas bondades. Se dispone de los más prodigiosos recursos para desarrollar las ganaderías y los cultivos, y los caudalosos ríos permiten el transporte de los productos, aunque sólo en cantidades pequeñas. En los Andes, que son tan poco conocidos, las futuras generaciones tendrán un amplio campo para desarrollar las industrias, pues apenas se aprovecha la mitad de sus productos, y la montaña será cruzada

¹*Descripción de las provincias de los obispados de Santiago i Concepción*, en CHCh, tomo x, pp. 289-419, Santiago de Chile, 1876.

²*Descripción Histórico Jeográfica del Reino de Chile*, en CHCh, tomos VIII, IX y X, cap. XXI, p. 125 del tomo x, Santiago de Chile, 1874, 1875 y 1876.



Fotos del río Biobío, desde el fuerte San Carlos de Purén.

alguna vez por una gran ruta comercial que unirá Concepción con Buenos Aires, pasando por parajes que ofrecen escasas dificultades topográficas y cuyo camino puede ser hecho carril con mucha facilidad”¹.

En tiempos de Poeppig la isla de la Laja comprendía, entre otras, las aldeas de Antuco y Santa Bárbara. La cabecera de este extenso territorio era la ciudad de Los Ángeles, que tenía unas 150 casas de barro y un fuerte, en donde podían habitar 700 milicianos. Luego de la guerra de la Independencia, cuando la región fue parcialmente abandonada debido a los ataques de los aborígenes rebelados, las haciendas poco a poco comenzaron a poblarse y algunos fortines volvieron a ser reconstruidos. Siguiendo las orillas del Biobío encontramos las ruinas de Santa Bárbara, San Carlos, Nacimiento y Talcamávida; frente a la cordillera los fortines de Villucura y Trubunleo, y en el río Laja los de Tucapel y Ballenar. Todas estas fortificaciones fueron testigos, especialmente en el siglo XVIII, de un pasado pleno de actividades bélicas y de todo tipo de situaciones sociales y comerciales².

Los ríos que cruzan esta región, fertilizándola parcialmente, son de norte a sur el Laja, el Huaqui, el Rarínco, el Coreo, el Duqueco y el Biobío, además de varios riachuelos, como el Polcura, el Rucue, el Quilleco y el Cañicura, que alimentan a estos ríos. Por lo demás, tanto el Laja como el Duqueco desembocan en el gran río Biobío. El sistema de estos ríos y riachuelos es mixto, es decir, su caudal depende en el invierno de las lluvias y en primavera del derretimiento de las nieves. Estos ríos, en algunos sectores, se deslizan por estrechos desfiladeros y por cauces limitados por formaciones rocosas volcánicas, iniciándose en grandes lagunas cordilleranas que se han originado, a su vez, en ambientes morreicos y volcánicos.

El sistema vegetal está enseñoreado por los bosques de araucarias, que aparecen entre los 1.000 m sobre el nivel del mar y los 1.600. Otras familias de árboles son los robles, coigües y canelos. En la actualidad, los bosques de cipreses cordilleranos han tomado el lugar de los robles, que también esbozó Poeppig en la excelente descripción *Viaje a Chile*. El naturalista describe en extensas páginas el ambiente natural, especialmente el del sector

¹ Eduard Poeppig, *Un testigo en la alborada de Chile* (1826-1829). Ed. Zig-Zag, Santiago, p. 466. La traducción fue hecha por Carlos Keller R. del texto alemán titulado *Reise in Chile, Peru und auf dem Amazonenstrome während der Jahre 1826-29*.

² Vicente Carvallo y Goyeneche, en la segunda parte de su *Descripción Histórico Geográfica del Reino de Chile*, anota que la villa de Nuestra Señora de los Ángeles tenía 159 vecinos hacia 1793, “i algunos de ellos tienen buenas posesiones de campo”. En relación al fuerte de Ballenar, un documento de 1834 lo describe como una fortaleza incendiada, cuyas murallas de ladrillo aún permanecen; su foso está cegado y le falta la estacada; “el costo que demanda su reparación es de \$ 600” (ANAG vol. 36, fol. 227).

del pueblo de Antuco. Realizando excursiones por sus alrededores y mirando hacia las laderas de las serranías y las terrazas situadas en sus contornos escribe: "éstas son varias y se encuentran superpuestas, representando praderas naturales en medio de hermosos bosques que cubren los cerros, donde la vegetación exuberante revela la bondad del suelo. Por doquier bajan arroyos de los cerros, y sobre las cimas de amable verde se alzan las cumbres más elevadas en que se conserva la nieve. En los alrededores inmediatos de la aldea, los cerros son tan altos que sólo es posible alcanzar la magnífica cumbre rocosa del pico de Pilque, mediante una ascensión de varias horas...; el extraordinario panorama se encuentra cerrado al fondo por las cuchillas constituidas por los ventisqueros de la Silla Velluda y el cono negruzco del volcán". Subiendo al cerro Pilque le llamaron la atención "las magníficas formas de las orquídeas". Trepando más arriba aparecen los coigües, los mañíos y "las cipreas de hojas anchas". Al salir del bosque superior, el naturalista se encuentra "rodeado por michayes y calafates, cuyas bayas emplean los indios para preparar una bebida embriagante; quilmayes o porotos del campo, con flor azul, cuya raíz les suministra un tabaco en polvo..."¹.

Las diferentes plantas de flores compuestas entusiasman al estudioso de la naturaleza: "flores amarillas entre hojas blancas como la nieve, se encuentran con la estrella de los Andes, de flores azules; con los arbustos bajos que reúnen las hojas del romero europeo y las estrellas del aster". Pero también en los sectores serranos y preserranos las lavas volcánicas imponen parcialmente un ambiente estéril; las erupciones de los volcanes, en siglos pasados y en el presente, son ejemplo de la acción desoladora que interrumpe el ciclo vegetacional y lleva a la naturaleza a volver a recrear los ambientes favorables para el pastoreo y la agricultura. Mirando hacia el volcán Antuco, de 2.995 m de altura, el paisaje se empobrece, según el relato de Poeppig. Sin embargo, en la actualidad hay sectores de bosques de cipreses que demuestran que las erupciones del volcán Antuco se han detenido, no quemando los campos serranos. Sólo mucho más al sur, el volcán Lonquimay ha destruido, en años recientes, extensos sectores del alto Biobío.

El Dr. Juan Brüggén, al estudiar el volcán Antuco y la geología glacial del valle del Laja, nos presenta una tabla cronológico-geológica que se inicia en la penúltima época glacial, cuando se produjo "la excavación del gran cajón glacial del Laja, con un máximo de 5 km de ancho"². Luego, en la

¹E. Poeppig, *ob. cit.*, p. 366 y siguientes.

²Juan Brüggén: *El volcán Antuco y la geología glacial del valle del Laja*, Imprenta Universitaria, Santiago de Chile, 1942, pp. 15 y 23.

época interglacial se formó el volcán tal vez más antiguo de la región: "Cerro El Cóndor"; también se produjo la "primera formación del lago de la Laja que se habría extendido hasta el cerro El Toro" y cuyo nivel de aguas estaba 200 m encima del actual. En la última época glacial "el hielo seguía por la región de la actual desembocadura del lago y otra parte pasó al sur del cerro Cóndor". Con los retrocesos del hielo, a fines del Cuaternario, se formó el volcán Laja, antecesor del volcán Antuco, y el lago estaba a unos 100 m encima del nivel actual.

Con el avance postglacial el volcán Laja "sufrió una fuerte denudación de su cumbre". En la época actual (período Holocénico) se formó el volcán Antuco y el lago alcanzó su actual nivel de aguas.

También el Dr. Brüggén nos recuerda que la primera descripción de una erupción fue dada por el padre alemán Havestad. Agreguemos nosotros que otro observador del Antuco y de sus fenómenos volcánicos fue fray Espiñeira.

Con brevedad resumamos lo que estos dos misioneros, uno jesuita y el otro franciscano, describen acerca de este volcán y de sus erupciones, a mediados del siglo XVIII.

El diario del padre Bernardo Havestadt¹ describe en general su viaje a las tierras de los pehuenches y a las tierras transandinas de los *Puelches o Patagones*. El 29 de enero de 1752 pasó la noche en Dito, a unos 44 km al oriente de Los Ángeles, en la ruta a Antuco. "No encontramos agua adecuada, ni leña, ni forraje para las bestias, es decir caballos y mulas". Siguió avanzando y llegó a los alrededores de Antuco, que sería fundado como pueblo algunos años más tarde. El jesuita, que estaba acompañado por varios indígenas, levantó tienda "a una legua pasado el río Antuco, donde hay un lugar muy ameno y leña, agua y pasto en abundancia". Reunió a los españoles que vivían en las cercanías, los confesó y les dio la santa comunión. Luego, el 31 de enero, estando cerca del volcán Laja, lo observó: "éste estuvo cubierto de una nube todo el día, pero a la puesta del sol se le vio vomitar fuego, llamas y lava. Lo mismo toda la noche en que a menudo se oyeron grandes fragores y se sintieron frecuentes movimientos de tierra y temblores". Pero fue al día siguiente cuando el misionero vivió una situación que lo atemorizó. "Estábamos ocupados en juntar las cosas para proseguir el camino, cuando de repente el volcán Laja hizo una furiosa erupción. Si no hubiera acertado a encomendarme a la ayuda de Dios, estoy convencido que nos habría sepultado la lluvia de peñascos y de escoria. En toda mi vida no vi nada

¹ *Chilidugu o tratado de la lengua chilena*, en *Misioneros en la Araucanía*, pp. 255-282, Ed. Universidad de la Frontera, Temuco, Chile, 1988.

igual: junto con un terrible trueno emergían compactísimos volúmenes de negrísimas nubes de humo y ya amenazaban nuestras cabezas”.

Seis años más tarde el sacerdote franciscano Pedro Ángel de Espiñeira vivió una experiencia también terrible, pero menos violenta, ya que el volcán no estaba en erupción¹. En enero de 1758 escribe: “hoy 21, día de Santa Inés, después de la mala noche que hacían mas horrorosa y terrible los frecuentes estruendos del volcán inmediato... salí por la falda en el mismo rumbo que hasta aquí con pocas diferencias y luego encontramos con la escoria que bostezó dicho volcán”. Contemplando la “hermosa laguna madre del río de la Laja”, el franciscano observa “humos, inflaciones, intervalos, sonido y boca de este volcán y una grieta o brecha larga que dice a esta parte del cambio por donde se percibe humea, respira y amenaza”.

Los dos misioneros habían llegado por caminos relativamente diferentes al sector de Antuco, uno desde Santa Fe, Los Ángeles y Dito (o Diuto), el otro desde Chillán, Tucapel y Antuco.

Otros observadores fueron Poeppig y Domeyko, en 1828 y en 1845, respectivamente².

El volcán está inactivo desde el año 1862 ó 1863; en ese año Philippi “lo vio humear desde el volcán Chillán”. Cuando a fines de marzo de 1942 el geólogo Brüggén estuvo en la región, no pudo observar “desde abajo ningún indicio de actividad”.

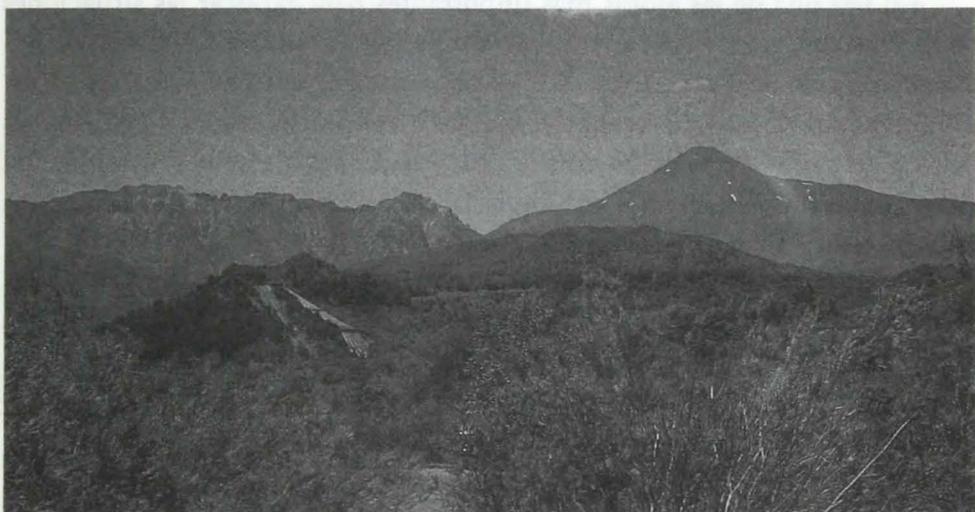
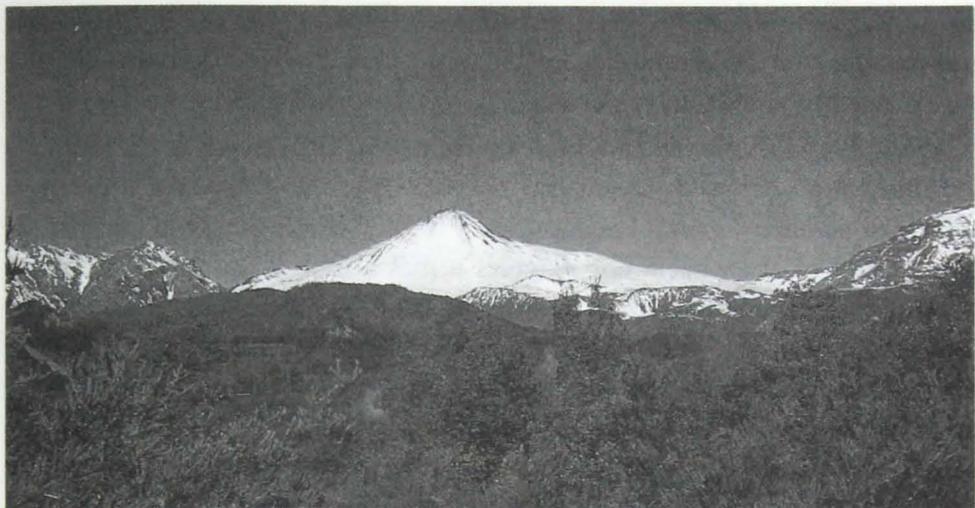
Volviendo a nuestra descripción, recordemos que entre las sierras y desfiladeros de toda esta región, la fauna se caracteriza por las aves de rapiña, el cóndor majestuoso, lechuzas, murciélagos, el loro común o trichahue con plumaje multicolor; en los sectores más altos, el pudú, el huemul y el guanaco, no faltando el gato montés y el puma. En el suelo los coleópteros y los roedores son abundantes, y en los charcos los batracios.

En la actualidad muchos de estos animales están ausentes del territorio, como por ejemplo los guanacos, que siglos atrás eran animales pertenecientes al mundo de los pehuenches. Lo mismo ha ocurrido con los gatos monteses, pumas e incluso el trichahue, que está en vías de extinción.

Este amplio territorio de la Laja, que baja suavemente hacia el occidente, con ríos que arrastran arenas volcánicas y que tenía siglos atrás una importante actividad en los sectores más cercanos a las montañas, hoy día ha volcado su gran quehacer industrial más hacia el mar, hacia las ciudades

¹ *Relación del viaje y misión a los pehuenches*, en *Misioneros en la Araucanía*, pp. 233-249. Ed. Universidad de la Frontera, Temuco, Chile, 1988.

² Ignacio Domeyko, *Araucanía y sus habitantes*; Ed. Fco. de Aguirre, pp. 15, 16 y 17. Buenos Aires, 1971.



Fotos del volcán Antuco; una lo muestra con nieve (septiembre de 1989), la otra sin nieve (febrero de 1990).

de Concepción y Los Ángeles, situadas en la costa y en el valle central, respectivamente. Sin embargo, las actuales centrales hidroeléctricas del sector de Antuco muestran el permanente valor de este sector cordillerano.

Pero hace doscientos años, la extensa región situada entre los ríos Laja y Biobío era apenas un territorio ocupado por españoles y chilenos; la actividad social, cultural, económica y bélica existía cuando grupos de pehuenches bajaban hacia Los Ángeles o más al norte, hacia Chillán, para negociar, hacer trueque, robar o asaltar a los pocos hacendados que existían. Cuando poco a poco en el siglo XVIII se comenzó a poblar la isla de la Laja, se construyeron los primeros pueblos y se levantaron pequeños fortines, se enriqueció la interacción aborígen-español (y chilena). Pero estas relaciones habían comenzado incluso ciento cincuenta años atrás, en la segunda mitad del siglo XVI, como lo veremos en el próximo capítulo.

Tal vez una de las aldeas más importantes para explicar las situaciones de interacción que se sucedieron entre españoles-chilenos y aborígenes pehuenches, es la de Antuco. Ya en el parlamento del Salto del Laja, en 1756, el gobernador Amat y Junient en conversaciones con araucanos y pehuenches llegó a acuerdos en relación con la política de paz general y convino, en especial con los pehuenches, en fundar la villa de Antuco y hacer extensivas a sus territorios las misiones evangelizadoras.

También en este mismo año se fundó junto al río Biobío la villa de Santa Bárbara, con un fuerte. Esta villa, otra de las escasas poblaciones que mostraban el avance colonizador español-chileno, tuvo dos años más tarde un hospicio dirigido por sacerdotes franciscanos.

Mientras Antuco miraba hacia el oriente y relacionaba el sector de la isla de la Laja con Los Ángeles, la villa de Santa Bárbara lo hacía hacia el alto Biobío y hacia las regiones mapuches del sur del Biobío.

Juan de Ojeda, en 1793, describió así el medio ambiente de la parte sur de la isla de la Laja: "desembocando el gran río Bío-Bío al pie de la nevada sierra de Callaqui, corre al Poniente en un cuerpo por bellas espaciosas vegas que entrecortadas de lomajes a las 10 ó 12 leguas (alrededor de 60 km) terminan en la de Cuinco, sirviendo a ésta de costado al norte una fragosa montaña, que desprendida de la cordillera se avanza hasta cerrarla con el río, por cuyo extremo hacen camino los indios de nuestra tierra. A poca distancia de esta punta se ve la plaza de Santa Bárbara... A continuación de esta plaza y a la parte del Poniente está fundada y circuida de foso una villa con el mismo título, cuyos vecinos son auxiliares de su guarnición, y a la parte del Oriente se halla un Hospicio de misiones del orden Seráfico, que incesantemente trabaja en la conversión de los infieles... Las tierras pertenecientes a este curato son tan fértiles, que compensan con abundantes

mieses los afanes del labrador, y brindan el más frondoso pastalaje a los ganados que la ocupan”¹.

Cuando el capitán Juan de Ojeda, por orden del señor capitán general del reino de Chile, “Ambrosio O’Higgins Vallenar”, se refiere a la isla de la Laja, escribe: “su área circunscrita por los ríos de Bío-Bío y la Laja, y cumbres de la Sierra Nevada, que la separa de los Pehuenches, contiene 500 leguas cuadradas, según cómputo bien fundado: que sus campos están entreplantados de montes, lomas y cerros; y regados de porción de ríos, esteros y arroyos; sus tierras pingües y fértiles y sus pastos muy frondosos...”. A continuación Ojeda aplaude el plan de O’Higgins “de repoblar esta Isla y asegurarla de modo que no pudieran ser sorprendidos, despojados, ni saqueados sus moradores...”².

Ya en plena tarea de informar al gobernador O’Higgins sobre el fuerte de Ballenar, el capitán Ojeda escribe sobre el Valle de Antuco; “aunque todo el valle de Antuco es áspero, pedroso, y árido a continuación de este puesto y a la parte del Poniente se ve un paño de tierra de buena calidad, y propio para labranzas, que puede regarse abundantemente con un estero que baña... legua y media de este fuerte hacia nuestras tierras se incorpora con el río de la Laja el de la Polcura, que trae gran cantidad de agua, y teniendo éste su origen al Nordeste en la cordillera del Partido de Chillán, viene peinando sus riscos hacia su confluente, sin permitir trascendencia de una a otra parte”. “El río de Rucúe que baja a este valle de las montañas del Sudeste, y faldas de la Sierra Belluda rinde sus aguas al de la Laja, a 8 leguas de distancia de aquella fortaleza”.

“El famoso volcán de Antuco que entre violentas llamas y denso humo arroja tantas escorias, que con ellas ha abultado su corpulencia, se ve 4 leguas de esta fortificación...”.

Para terminar este bosquejo de informaciones caleidoscópicas sobre el ambiente, flora, fauna, grupos humanos y villas de la isla de la Laja, volvamos a insistir en el valor de las tierras de cultivo en el sector descrito. A pesar de amplias superficies de arenas volcánicas, repletas de litos de lava, con vegetación xerófila pobre; más aún, pese a que por siglos estas tierras fueron eludidas por los colonizadores, los diferentes viajeros y estu-

¹Juan de Ojeda, *Descripción de la frontera de Chile*, pp. 51 y 52, RCHHG. N° 136, año 1968.

²*Descripción de la frontera de Chile*, *ob. cit.*, pp. 41-42. Cifra exagerada, puesto que la isla de la Laja tiene como máximo 130 km de este a oeste, y unos 70 km de norte a sur. Además el historiador Carvallo y Goyeneche escribe que “su extensión norte i sur es de 67 leguas, i de 24 de este oeste” (*ob. cit.* p. 125). Así, aunque reduce las cifras, siempre abulta la extensión del territorio.

diosos nos hablan con entusiasmo de la producción de las cosechas cerca de Los Ángeles, en Tucapel y en los valles de Antuco y Villacura, este último en el valle del Duqueco. Así, Poeppig nos relata que “la fertilidad aumenta en tal forma que se cosecha en años buenos cincuenta veces lo sembrado. En terrenos boscosos recientemente descampados, el rendimiento del trigo sube a ochenta veces lo sembrado, y en ocasiones es necesario sembrar frejoles, a fin de agotar un poco el suelo”.

Igualmente, Carvallo y Goyeneche señala que “es la tierra más llana y más bien regada que tiene esta división del obispado de la Concepción”.

Otra característica de esta región eran los bosques de manzanos y perales silvestres, que se extendían a los pies de los Andes. Además de los frutales, se producía mucho vino, que no era “de la mejor calidad” según el cronista recién citado. Igualmente se cosechaba, a fines del siglo XVIII, mucho trigo, cebada y legumbres “i se crían ganados de todas especies”.

En este sector de los Andes la llegada del invierno cerraba los pasos cordilleranos, que generalmente estaban bajo los 2.000 m sobre el nivel del mar, dándole seguridad a los agricultores y ganaderos de los siglos XVIII y XIX, en cuanto los grupos pehuenches no podían pasar al lado chileno. Recuerda Poeppig que, a su vez, el calor estival era muy grande.

Los vientos que vienen del suroeste son fuertes y fríos, sobre todo en la mañana, mientras que el viento del este o “puelche”, que a veces sopla con fuerza en los meses de febrero y marzo, es el anuncio de cortas pero violentas lluvias y altas temperaturas. En febrero de 1990, cuando excavamos al oriente de Antuco en el fortín de Ballenar, vivimos la experiencia de este viento, acompañado de un calor intenso de 34° a la sombra. Los diferentes complejos hidroeléctricos que rodean la región (El Abanico, El Toro y Antuco) sufrieron cortes parciales en el suministro de luz, provocados por estos fenómenos atmosféricos.

Obviamente que siglos atrás los escasos habitantes de estas regiones, tan aisladas y apartadas, sufrían mucho más las consecuencias de este clima. Sólo los habitantes aborígenes de estas tierras, sobre todo en las montañas, estaban capacitados para sortear con algún éxito estos rigores. El colono chileno-español poco a poco irá aprendiendo y, ayudado por sus capacidades culturales más complejas, se enseñoreará de la tierra, especialmente en nuestro siglo. Los antiguos habitantes de la cordillera de la isla de la Laja han retrocedido prácticamente hacia el sur, replegándose en el alto Biobío, sobreviviendo con dificultades el proceso de aculturación provocado por los chilenos y anteriormente por los mapuches de los llanos (araucanos).

LAS PRIMERAS EXPEDICIONES ESPAÑOLAS

El territorio de la isla de la Laja, tal como lo hemos caracterizado, fue incorporado muy lentamente a la vida colonial de Chile. De acuerdo a su situación geográfica pertenece más al sector oriental, que se va elevando poco a poco hasta alcanzar las sierras de Antuco y de Velluda. Sin embargo, a pesar de ser una "isla", en sentido figurado, su desarrollo está vinculado con la ciudad de Chillán por el norte y con la región del alto Biobío, e incluso con los alrededores del lago Villarrica y de la "ciudad Rica". La razón de la extensión que hacemos para este territorio, se debe a los recursos humanos que participan en la vida de la isla de la Laja, aunque sea de paso o en forma esporádica. Igualmente esta región, como lo hemos expuesto, estuvo muy vinculada con la provincia de Rere.

Tres son los grupos humanos que se encuentran y desencuentran en esta región: los hispano-criollos, los mapuches de los llanos y los pehuenches. Por lo tanto, la búsqueda de las primeras ocupaciones que se mencionan en los textos de los cronistas de los siglos XVI y XVII, y en otros documentos y escritos, se centran en los primeros conocimientos de algunos lugares físicos, ríos, vados, y en los primeros contactos y relaciones entre españoles y aborígenes. Podemos adelantar que ya en el siglo XVI se configura con nitidez nuestra región, no como lugar de hábitat permanente, pero sí como paso necesario de unos y otros para alcanzar objetivos deseados.

Es el capitán y primer gobernador del reino de Chile, Pedro de Valdivia (1541-1553), quien en su viaje de conocimiento iniciado a fines de 1549 hacia el sur de Santiago, más allá del río Itata, penetra por el sector occidental de la isla de la Laja. En su carta dirigida al emperador Carlos V, fechada el 15 de octubre de 1550, escribe:

"Pasando el río Itata, que es cuarenta leguas de la ciudad de Santiago y donde se acaban los límites y jurisdicción de ella, caminé hasta treinta leguas, apartado catorce o quince leguas de la costa, y pasé un río de dos tiros de arcabuz en ancho, que iba muy lento y sesgo y daba a los

estribos a los caballos, que se llama Nivequetén, que entra en el de Biubiu, cinco leguas antes de la mar; a la pasada del, mi maestre de campo desbarató hasta dos mil indios, yendo aquel día delante; y tomó dos o tres caciques”¹.

¿Por dónde cruzó el río Nivequetén o río Laja? Es posible que lo haya hecho por detrás de los saltos del Laja, hacia el oriente, puesto que hacia el sector occidental el río se encajona y se torna correntoso, lo que explica el nombre mapuche del río. Esto además hace comprensible que Valdivia hable de 30 leguas recorridas desde el río Itata al Nivequetén; es decir, el capitán con su hueste de españoles y de aborígenes de los valles del Aconcagua, del Mapocho y del Maipo, se vino zigzagueando desde las huellas antiguas que van al oriente de la cordillera de la costa, hacia el sureste; lo que le hace decir que va a unas catorce o quince leguas de la costa, o sea, unos 75 km al interior. En estos lugares, los aborígenes de los llanos, o araucanos, lo estaban esperando; el capitán Pedro de Villagrán, maestre de campo, los rechazó.

La confirmación parcial del texto de Valdivia se encuentra en la crónica de Jerónimo de Bibar (o Vivar). Decimos que se trata de una confirmación parcial, porque el soldado y cronista va en la expedición de Valdivia, posiblemente bajo las órdenes del capitán Esteban de Sosa, y por lo tanto es testigo de vista de éste y otros acontecimientos; sin embargo, también sabemos que Bibar conoce las cartas de Valdivia y se apoya en ellas para relatar lo ocurrido². Es curioso, pero más que describir lo que está viendo, con sus propias palabras y estilo, lo que hace es reproducir parcialmente o en forma muy parecida lo que escribió el gobernador Valdivia. Leamos a Bibar:

“Caminamos con esta orden hasta treinta leguas adelante del río de Itata que arriba dijimos, y apartados de la costa de la mar catorce leguas, donde se halló muy gran poblazón y tierra muy alegre y apacible. Y en este compás de leguas que habemos dicho, hallamos un río muy ancho y caudaloso. Va muy llano y sesgo, y corre por unas vegas anchas, y por ser arenoso no va hondo, mayormente en verano que daba hasta los estribos de los caballos. Este río se llama Nihuequetén, es cinco leguas antes de la mar. Entra en el gran río que se dice Biobío. A la

¹ *Cartas de relación de Pedro de Valdivia*, editadas por Mario Ferreccio, Ed. Universitaria, Santiago, 1970, p. 152.

² Véase nuestro libro *La crónica de Gerónimo de Bibar y la conquista de Chile*; cap. iv, pp. 69-88. Ed. Universitaria, Santiago, 1988.

pasada de este río Nihuequetén se desbarataron hasta dos mil indios y se tomaron tres caciques”¹.

Continuando su viaje al sur, Valdivia y su hueste de conquistadores, unos 180 españoles a caballo y a pie, no se interesan por encaminarse hacia las sierras nevadas a través de los llanos arenosos de la isla de la Laja, sino que buscan lugares apropiados para fundar una ciudad. Van entonces en busca del río Biobío. El gobernador escribe:

“Pasando este río llegué al de Biubiu, a los xxiii de enero de este presente año de DL. Estando aderezando balsas para le pasar, que porque era muy cenagoso, ancho e fondo no se podía ir a caballo, llegó gran cantidad de indios a me lo defender, y aun pasaron desta otra parte... los desbaraté a la ribera del, y mataronse diez o doce...”.

Es probable que este combate haya sido cerca de la unión de los ríos Duqueco y Biobío, algo al occidente de Negrete. Lo creemos así porque en el texto que sigue se mencionan dos vados, que sólo pueden ser el de Negrete y el que está cerca del actual San Carlos de Purén, muy próximo a la carretera longitudinal sur:

“Por no aventurar algún caballo, fuimos río arriba a buscar mejor paso. Dende a dos leguas, parece gran multitud de indios por donde íbamos; da el capitán Alderete en ellos con veinte de caballo, y échanse al río, y él con los de caballo tras ellos... mataron gran cantidad de indios, e dieron la vuelta a la tarde con más de mil cabezas de ovejas... Caminé otras dos o tres leguas al río arriba y asenté allí; tercera vez vinieron mas cantidad de indios a me defender el paso; ya por allí, aunque daba encima los bastos a los caballos, era pedregal menudo, pasé a ellos con cinquenta de caballo y diles una muy buena mano... Ocho días holgué allí, corriendo siempre a un cabo y a otro, tomando ganado para nos sustentar e donde hobiésemos de asentar, e así hice levantar el campo. Torné a pasar el río de Nivequeten, e fuí hacia la costa por el Biubiu abajo...”.

Si no nos equivocamos, el gobernador —como lo hemos sugerido— recorre aproximadamente en línea recta, entre Negrete y San Carlos de Purén, unos 20 km, lo que coincide con las cifras dadas en su carta. Estuvo 8 días

¹ *Crónica de los reinos de Chile*, Jerónimo de Vivar (edición de Ángel Barral G.), Madrid, 1988, p. 242.

acampado en el vado próximo a las actuales ruinas del fuerte de San Carlos de Purén, construido en el siglo XVIII, doscientos años después. Desde la terraza fluvial en donde están los restos del fuerte, se distinguen los sectores aledaños tanto hacia el oriente, el sur y el occidente del sector enmarcado por el gran río Biobío; sin duda este era un buen lugar para observar los movimientos de los aborígenes. ¿Estuvo el gobernador acampado en esta terraza?

El cronista Bibar describe en forma muy parecida la breve estada de Valdivia en las orillas del Biobío; son prácticamente los mismos datos. Sin embargo, algunos capítulos más adelante, cuando relata la fundación de Concepción, y luego que Valdivia envía a Alonso de Aguilera a dar cuenta a Su Majestad Carlos V de lo que está haciendo, el cronista nos informa que “viendo el gobernador que de ahí a tres meses le convenía subir con la gente de guerra arriba la tierra dentro y poblar adelante”... Y “en esta sazón mandó el gobernador apercebir ochenta hombres y mandó al general Gerónimo de Alderete que fuese con aquella gente y pasase a Niehuequetén y a Bibio, y que fuese hasta quince leguas de la ciudad y que llegase a la cordillera, y que por allí descubriese y fuese hasta donde le pareciese, y que al fin de febrero volviese a la costa de la mar a la ribera de Bibio, porque para aquel tiempo saldría él a juntarse allí para ir adelante”¹. Bibar no acompañó a Alderete; en cambio fue con el capitán Juan Bautista a “correr la costa”.

Es ésta la primera información de una expedición en el sector serrano de la isla de la Laja y, probablemente también, del alto Biobío.

Los españoles, de acuerdo al texto de Bibar, tenían alguna referencia sobre los aborígenes serranos, cordilleranos y que vivían más en el sector oriental que occidental de los cerros y volcanes nevados. Así, por ejemplo, el propio Bibar ya había relatado algunas costumbres de los aborígenes que vivían en la cordillera nevada; concretamente en el capítulo XCII, de su Crónica escribe:

“Dentro de esta cordillera a quince y a veinte leguas hay unos valles donde habita una gente, los cuales se llaman puelches y son pocos. Habrá en una parcialidad quince y veinte y treinta indios. Esta gente no siembra. Susténtanse de caza que hay en aquestos valles. Hay muchos guanacos y leones y tigres y zorros y venados pequeños y unos gatos monteses y aves de muchas maneras. Y de toda esta caza y montería se mantienen que la matan con sus armas que son arco y flechas”.

¹ *Crónica de los reinos de Chile, ob. cit.* p. 254.

Como es fácil observar, nuestro cronista no habla de los pehuenches sino de los puelches. Ahora bien, podría estar refiriéndose a un grupo de pueblos montañoses que se conoce con el nombre de "chiquillanes", obviamente relacionados con los serranos de más al sur: los pehuenches. La caracterización de ellos y de su cultura continúa así:

"Sus casas son cuatro palos y de estos pellejos son las coberturas de las casas. No tienen asiento cierto, ni habitación, que unas veces se meten a un cabo y otros tiempos a otros. Los vestidos que tienen son de pieles y de los pellejos de los corderos. Aderézanlos y córtalos y cósenlos tan sutilmente como lo puede hacer un pellejero. Hacen una manta tan grande como una sobremesa y ésta se ponen por capa o se la revuelven al cuerpo. De éstas hacen cantidad.

"Los tocados que traen en la cabeza los hombres son unas cuerdas de lana que tienen veinte y veinte y cinco varas de medir, y dos de éstas que son tan gordas como tres dedos juntos. Hácnlas de muchos hilos juntos y no las tuercen. Esto se revuelven a la cabeza y encima se ponen una red hecha de cordel, y este cordel hacen de una hierba que es general en todas las Indias. Es a manera de cáñamo. Pesará este tocado media arroba y algunos una arroba. Y encima de este tocado en la red que dije meten las flechas, que le sirve de carcaj.

"Los corderos que toman vivos sacrifican encima de una piedra que ellos tienen situada y señalada. Deguéllanlos encima y la untan con sangre, y hacen ciertas cerimonias y a esta piedra adoran. Es gente belicosa y guerreros y dada a ladrocinios, y no dejarán las armas de la mano a ninguna cosa que hagan. Son muy grandes flecheros, y aunque estén en la cama han de tener el arco cabe sí.

"Estos bajan a los llanos a contratar con la gente de ellos en cierto tiempo del año, porque señalado este tiempo, que es por febrero hasta en fin de marzo que están derretidas las nieves y pueden salir, que es el fin del verano en esta tierra, porque por abril entra el invierno y por eso se vuelven en fin de marzo, rescatan con esta gente de los llanos. Cada parcialidad sale al valle que cae donde tiene sus conocidos y amigos, y huélganse este tiempo con ellos. Y traen de aquellas mantas que llaman 'llunques' y también traen plumas de avestruces, y de que se vuelvan llevan maíz y comida de los tratos que tienen.

"Son temidos de esta otra gente, porque ciento de ellos juntos de los puelches correrán toda la tierra, sin que de estos otros les haga ningún

enojo, porque antes que viniesen españoles, solían abajar ciento y cincuenta de ellos y los robaban y se volvían a sus tierras libres. No sirven éstos a los españoles por estar en tierra y parte tan agria y fría e inhabitable. Parece esta gente alarbes en sus costumbres y en la manera de vivir”¹.

La descripción que hace Bibar de los tocados de estos montañeses orientales o “puelches”, se puede relacionar con la que hace Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán en su *Suma y epílogo de lo más esencial que contiene el libro intitulado Cautiverio Feliz, y guerras dilatadas del Reino de Chile*, y que más adelante citaremos. Lo que ahora nos interesa señalar es que Núñez de Pineda conoció a los pehuenches desde niño, y si podemos probar la relación entre las dos descripciones del rasgo cultural de los “tocados”, tendríamos por lo menos que afirmar la vinculación estrecha entre unos y otros aborígenes (puelches y pehuenches). Sin embargo, para insistir también en las diferencias, podemos recordar que los puelches de Bibar (¿“chiquillanes”?) no se alimentan de piñones, puesto que en su hábitat no hay bosques de araucarias.

Estas araucarias son descritas por Bibar en su relato de la cordillera de Nahuelbuta:

“Hay en esta tierra un árbol muy alto a manera de pino, salvo que no tiene rama, sino solamente una copa en lo alto. El asta que tiene procede de las hojas. Llevan estas ramas o copas unas piñas que casi se parecen a las de pino en el llevar de los piñones, y tienenlos en aquellos encajes y así se abren, y sacan unos piñones de ellas mayores que almendras. Estos pasan los indios y los comen cocidos. Son como bellotas. Algunos españoles le llamanron líbano, acaso de llevar una resina que echándola en el fuego huele bien. De estos árboles hay en algunas partes. Hay gran cantidad pasado el río de Biobio para delante”².

Cuando nuestro soldado y cronista acompañó desde La Imperial al gobernador Valdivia, con 80 hombres, caminó hacia la cordillera, llegó hasta el lago Villarrica, en donde Gerónimo de Alderete pobló una villa en febrero de 1552.

Relata Bibar que “a las espaldas de la Villarrica hay muy grandes minas de sal. Son trabajosas de ir a ellas por causa de la cordillera nevada que en medio está. Hay muy grandes minas de oro y plata y de otros metales. Y aún yo ví unas minas de oro junto a la Villarrica, en un pueblo de un cacique que se decía Pucorco, bien ricas”.

¹Ob. cit., cap. CIII, p. 261.

²Ob. cit., cap. CIII, p. 261.

En este texto encontramos algunos elementos propios del ambiente serrano y a los pehuenches, que viven a ambos lados de la cordillera al sur del alto Biobío. Están las minas de sal que los españoles codiciaban tanto o más que los metales preciosos, y las minas de oro y plata. Pero subyacente está también su conocimiento de los bosques de araucarias que se hallan al oriente del lago, y un deseo de avanzar hacia las tierras extensas y desconocidas, situadas al otro lado de la cordillera nevada, camino hacia la mar del Norte (el actual Atlántico). Las ambiciones y sueños de Pedro de Valdivia, de que su gobernación llegase hasta la mar del Norte y el estrecho de Magallanes, se generalizan entre sus hombres y conducen a los españoles, una y otra vez, a traspasar la cordillera.

El llamado de un mundo desconocido se lee en lo que Bibar escribe cuando informa sobre las poblaciones situadas en el lago Ranco, más al sur de la región que nos interesa, pero hacia el oriente:

“Caminamos quince días por tierra muy poblada, donde llegamos a un gran lago que está a la falda de la cordillera nevada... Es tierra de mucho ganado aunque no anda suelto. Andan vestidos los indios razonablemente... La gente es dispuesta y las mujeres de buen parecer, aunque en hartas provincias no le he visto yo más blancas mujeres, y los cabellos muy largos. Poseen oro y plata.

“Aquí nos daban los indios relación que siete leguas adelante de este lago había otro mayor lago y que se pasaba en dos o tres días de camino en canoas” (actual lago Llanquihue).

A continuación nos relata que “nos dieron noticia que detrás de este lago estaba otro lago en la cordillera y que desaguaba a la mar del norte, que detrás de la cordillera nevada estaba otra provincia muy poblada de mucha gente”.

Si nos situamos en el actual territorio argentino, estamos algo al sur del río Limay y del lago Nahuelhuapi, límite de los pehuenches, de los huilliches y de los tehuelches.

Antes de que se produzca la muerte del gobernador Valdivia, a fines de diciembre de 1553, nuestro cronista nos informa que en el momento en que partía la expedición marítima del capitán Francisco de Ulloa hacia el estrecho de Magallanes, el capitán Pedro Villagrán, que tenía a su cargo la ciudad de Imperial, “fue con veinte y cinco hombres a pasar la cordillera”, muy probablemente en busca de sal¹.

¹ *Ob. cit.*, cap. cxiv, p. 286.

En este año de 1553, el gobernador Valdivia había enviado también a Francisco de Villagrán con 60 hombres a recorrer las tierras del "lago" y a visitar la tierra (posiblemente el lago Ranco y sus alrededores, incluyendo el sector cordillerano). El cronista Lobera nos habla con detalle de esta expedición y no dice nada de la de Pedro de Villagrán. Según este cronista, Francisco de Villagrán también habría pasado al otro lado de la cordillera:

"Partió Villagrán mui a su gusto y tomó la vereda hacia la otra parte de la cordillera... y prosiguiendo este camino, vieron sus soldados en cierto lugar unos indios que estaban como descuidados a los cuales quisieron coger, para llevarlos por guías, pero al tiempo de acometer les salió una gran multitud de una emboscada los cuales mataron dos españoles, hirieron algunos otros... Viendo Villagrán las dificultades que se le ofrecían a sí de enemigos como de un grandísimo río que no pudo pasar por ninguna vía, tomó el rumbo de la ciudad de Valdivia, por un camino que nunca se había descubierto, donde había grandes poblaciones de bárbaros, entre los cuales fue caminando hasta el valle de Mague: el cual es mui poblado y fértil"¹.

Este valle, según la opinión de Horacio Zapater, estaría situado al oriente del lago Calafquén².

Es muy probable que los aborígenes que conoció la expedición de Francisco de Villagrán hayan sido los "puelches". Así por lo menos los identifica el cronista Alonso de Góngora y Marmolejo:

"Mandó Valdivia ansi mesmo en este tiempo a Villagra, porque no le quedase cosa alguna por hacer, que con ochenta soldados a caballo fuese a la otra parte de la Cordillera Nevada y le descubriese la mar de el Norte; porque si Francisco de Ulloa, a quien había enviado por la mar, no acertase por aquella vía o por estotra, tuviese razón de ella, y que fuese por la ciudad Rica que era la mejor entrada que la cordillera tenía... Yendo Villagra su camino que no osaba desgustar en cosa alguna a Valdivia, pasó la Cordillera por buen camino. Siguiendo su viaje, llegó a un río grande que hacía unos despeñaderos grandes e iba hondo de tal condición que, siguiendo sus riberas muchas jornadas, y no hallano por donde podello pasar, topó con un fuerte donde estaban recogidos hasta veinte puelches"³.

¹*Crónica del reino de Chile*, cap. XL, p. 145, CHCh, tomo VI, Santiago, 1865.

²*Los aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros*, p. 80, Ed. Andrés Bello, Santiago, 1973.

³*Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado*.

Después de luchar contra éstos y otros más, Villagra se volvió y así “llegó a un valle bien poblado de indios veinte leguas de Valdivia, llamado Maguey”. Este último estaba allende los Andes, entre los lagos y la cordillera nevada.

Como es fácil de concluir, los tres cronistas del siglo XVI sólo coinciden parcialmente en sus informaciones. Hay diferencias de detalle, acuerdos importantes y omisiones por parte de dos de ellos del viaje de Pedro de Villagrán. Sin embargo sabemos, por declaraciones de un testigo, que este capitán volvió de su viaje con “muchas sal”, todo lo cual verifica la información de Bibar¹.

El ya citado capitán Pedro Mariño de Lobera, relatando el gobierno de Francisco de Villagrán (Villagra), nos reseña el viaje del capitán Pedro de Leiva, desde Angol (Los Infantes) hasta el territorio oriental de los pehuenches, en 1563, es decir, diez años después de los viajes de los Villagrán. El valor de este texto es muy grande y vale la pena transcribirlo casi íntegramente²:

“Viendo el gobernador lo que se tramaba trató de formar ejército nombrando para ello oficiales de guerra entre los cuales salió por su lugar teniente el capitán Pedro de Leiva, natural de la Rioja con cuarenta hombres de a caballo... Pero como los indios rebelados aun no habían acometido declaradamente, parecióle a Villagrán que se podía emplear por entonces aquella jente en ir descubriendo nuevas tierras... Habiendo, pues, caminado veinte leguas hacia la parte de la sierra vinieron a subir a lo mas alto de la cordillera nevada de donde descubrieron unas llanadas mui extensas que van a dar a la mar del norte, de suerte que mirando al sur vían a la mano derecha las tierras y costa del mar llamado del sur, y a la mano izquierda vían los confines de la mar del norte. Y para ver todo esto más de cerca se fueron bajando hacia el mar del norte por la tierra llana; donde hallaron muchas poblaciones de indios de diferentes talles y aspecto que los demás de Chile, porque todos sin excepción son delgados y sueltos, aunque no menos bien dispuestos. Y hermosos, por tener los ojos grandes y rasgados, y los cuerpos mui bien hechos y altos. El mantenimiento desta jente casi de ordinario es piñones sacados de unas piñas de diferente hechura, y calidad así ellas como sus árboles. Porque ellas son tan grandes que viene a ser cada piñon después de

Alonso de Góngora y Marmolejo, cap.xiv, pp. 108-109, Ed. de la Universidad de Chile, Santiago, 1990.

¹CDIHCh., tomo XIII.

²*Ob. cit.*, cap. xvi, pp. 267-268.

mondado del tamaño de una bellota de las mayores de España. Y es tan grande el número que hai de estos árboles en todos aquellos sotos y bosques que bastan a dar suficiente provision a toda aquella jente, que es innumerable, tanto que de ellos hacen el pan, el vino y los guisados. Y por ser la principal cosecha a cierto tiempo del año, tienen grandes silos hechos debajo de tierra, donde guardan los piñones haciendo encima de la tierra en que están escondidos mui anchas acequias de agua, para que ellos no puedan enjendrar, porque a no haber agua encima, luego brotaran, haciendo nueva cementera, y quedando ellos corrompidos. Y no para la utilidad de estos árboles en dar fruto, mas tambien se destila dellos grande abundancia de resina blanca mui medicinal para diversas enfermedades especialmente para sacar frio y hacer vilmas, y es tanta la altura destos árboles que viendo los españoles tal grandeza les pusieron por nombre líbanos, por ser tan altos que viniendo a medir algunos que estaban caidos en el suelo hallaron de doscientos y setenta pies de largo. Esta tierra corrieron los españoles algun trecho, y aunque habia en ellas algunos prenuncios de oro, les pareció dejarla por entónces por estar mui léjos de los demas españoles, teniendo en medio la gran cordillera nevada. Y asi dieron la vuelta a la ciudad de los Infantes donde el gobernador estaba guardando el suceso de su viaje”.

Es probable que la ruta tomada por el capitán Pedro de Leiva fuese por el alto Biobío y cruzando los Andes. Así, la descripción que hace el cronista de los aborígenes pehuenches es de gran importancia, no sólo por ser la primera, sino porque permite sostener que sus características antropológicas físicas son diferentes a las de los mapuches de los llanos o araucanos.

Igualmente su información sobre los silos y la conservación de los piñones mediante las acequias de agua es muy importante, puesto que en la actualidad, de acuerdo a la información etnográfica, se encuentra un sistema parecido de preservación de los piñones¹.

En general el cronista, capitán Mariño de Lobera, se refiere en su obra histórica a los indios puelches, a sus luchas con los españoles, y a sus alianzas y combates con los naturales que vivían en los sectores entre Osorno, La Imperial y la “ciudad Rica”. Así por ejemplo, en 1575, en tiempos del gobernador Rodrigo de Quiroga y al relatar el alzamiento de los aborígenes circunvecinos a estas ciudades, escribe que éstos “convocaron a unos indios llamados puelches, que es jente mui apartada de los demas del reino y vive

¹*Recolección y consumo del piñón*, de H. González y R. Valenzuela; Actas del VIII Congreso de Arqueología chilena, Valdivia, 1979.

en unas sierras nevadas con gran pobreza sin traza en pueblos ni orden en su gobierno sino como cabras monteses, que donde les toma la noche allí se quedan y por esta jente mui diestra en el arco y la flecha y deseosa de tener dinero; los convidaron estos rebelados prometiendoles estipendio por-que les ayudasen en la guerra". Un poco más adelante nuestro cronista agrega a las armas ofensivas de los puelches las hondas, y aunque afirma que estos aborígenes fueron derrotados por los españoles y prometieron no volver a "trabarse mas con los españoles en los días de su vida", una y otra vez nos informa de nuevos combates entre españoles y puelches¹. Cuando nos hace relación de las acciones del capitán Salvador Martín, en la provincia de Mangué o Mague, escribe:

"Empleose siempre este caudillo en correr el campo que a la sazón estaba mal seguro por andar en él los indios puelches haciendo suertes en los naturales dándoles su merecido por haberlos ellos convocados contra los españoles cuando se rebelaron... Diose este capitán tan buena maña que venció dos veces a los puelches en batallas que con ellos tuvo y limpió el distrito de estas sabandijas, que andaban robando a los naturales de él no solamente las haciendas y ganados, sino tambien los hijos y mujeres".

Igualmente al referirse a los capitanes Juan de Matienzo y Hernando de Aranda escribe:

"Y por no volver con las manos vacias se fue el capitán Matienzo entrando por la sierra nevada en busca de los indios puelches, teniendo noticia de que se iban congregando en un lugar de aquella cerranía para bajar con grandes huestes a trabar guerra con las ciudades de Valdivia, Osorno y las demás comarcas".

Luego de atacarlos junto al capitán Aranda, entraron en conversaciones con estos aborígenes, a través de su jefe Irpantue, quien aseguró "que ellos no tenían intención de meterse en guerras, y así lo mostrarían desde luego sujetandose a los cristianos si les daban palabra de seguro".

Esta situación narrada por el capitán Lobera y ocurrida bajo el gobierno de Rodrigo de Quiroga (1575-1580), se repetirá muchas veces, mostrando un estilo de comportamiento de los aborígenes serranos diferente al de los indios de los llanos o araucanos. Los pehuenches, a través de los siglos XVII,

¹Véase la *Crónica del reino de Chile* de Pedro Mariño de Lobera, *ob. cit.*, pp. 343, 344, 351, 356, 357, 364 y 365.

XVIII y XIX se entendieron muchas veces con los españoles y chilenos, luchando contra los huilliches y a veces contra los araucanos.

Por otra parte estas continuas menciones a los “indios puelches”, situados hacia el oriente de Villarrica, nos plantean una pregunta sobre su identidad. Sabemos que el término “puelche” es usado por los españoles de los siglos XVI y XVII como sinónimo de indios cordilleranos situados al este de las tierras habitadas por los españoles y por los aborígenes mapuches. El propio Bibar nos describe a los “puelches” y cuando lo hace se está refiriendo a unos aborígenes montañoses, situados al oriente de los que vivían en el sector centro-sur. La descripción de estos “puelches” se hace en la crónica después de describir a los mapochinos y antes de entrar a la especificación de los “pormocoes”. A partir de este dato pensamos que Bibar no está exactamente describiendo a los pehuenches, aunque algunos de sus rasgos culturales sean coincidentes con los que entregan otros cronistas sobre los aborígenes pehuenches.

Vicente Carvallo y Goyeneche, cuando nos informa, a fines del siglo XVIII, sobre la fundación de la ciudad de Chillán en 1580, efectuada por el mariscal y gobernador interino Martín Ruiz de Gamboa, hace expresa referencia a los indios pehuenches:

“Luego que llegó el capitán Juan de Losada con la tropa de su mando, salió el gobernador para la Concepción. No pudo descansar en ella, porque los pehuenches infestaban la provincia de Chillán, i tuvo que mover el ejército hacia la cordillera. Batió todas aquellas llanuras, i las limpió de los bárbaros que los hostilizaban, i fundó la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, que el año anterior había determinado establecer su antecesor”¹.

Los pehuenches, aliados con los mapuches de los llanos, entraban y salían de las tierras situadas al norte del río Laja, a través de los boquetes y pasos cordilleranos que existían a lo largo de toda la isla de la Laja.

El propio gobernador Martín Ruiz de Gamboa, ante los ataques de los indios cordilleranos, debió luchar contra ellos y por estos encuentros bélicos se explica la fundación de la ciudad de Chillán como baluarte contra los indios de los llanos y de las sierras², a partir de un fuerte levantado en 1579.

¹*Descripción histórica-jeográfica del reino de Chile, ob.cit.*, vol. VIII, tomo I, cap. LXV, pp. 183-184.

²CDIHCh, Segunda Serie, tomo IV, pp. 164-185 (carta a Su Majestad de 27-II-1592).

Una nueva mención de los pehuenches hizo en su *Historia militar, civil y sagrada de Chile* el padre jesuita Miguel de Olivares, quien escribe:

“Por este tiempo el presidente Rodrigo de Quiroga, dió órdenes y poderes a su yerno el mariscal Martín Ruiz de Gamboa para fundar ciudad y fortaleza que sirviese de frontera contra las avenidas de los pehuenches y fundó la ciudad de San Bartolomé de Chillán...”¹.

Este mismo cronista nos relata que los indios pehuenches y puelches estaban mal contentos con la recién fundada ciudad de San Bartolomé de Chillán “y comenzaron a infestar su territorio con continuas correrías: lo cual sabido por el gobernador mandó que lo aguardasen en dicha ciudad las dos compañías de jente pagada de su guarnición y las milicias de indios auxiliares que pudiesen juntarse. Con estas fuerzas salió contra los enemigos, los domó con las armas...”².

De acuerdo con los historiadores del siglo XVIII tenemos una actividad intensa de los aborígenes serranos, especialmente pehuenches, en la segunda mitad del siglo XVI, en la región situada al norte del río Laja, sobre todo en la región oriental del río Itata, alrededor de la recién fundada ciudad de Chillán. Pero no solamente los aborígenes de la cordillera atacaban a los españoles, sus tierras, sus ganados y a los indios de paz, sino que también los araucanos, a veces aliados con aquéllos y otras veces solos. El capitán y encomendero Pedro Mariño de Lobera, tantas veces citado por nosotros, escribe:

“Así mismo en la ciudad de San Bartolomé de Chillán andaban todos de revuelta por haber dado sobre ellos una noche al cuarto de la modorra trescientos indios araucanos que andaban siempre capitaneados de un mulato que gustaba de pasar su vida entre esta jente. Y traía otra escuadra de a pié de otros tantos indios flecheros; todos los cuales mataron muchos indios de servicio y quemaron el pueblo haciendo todo el daño que pudieron mientras los que estaban en la fortaleza se despavilaban los ojos y rebullían para salir en su defensa...”³.

Muchas veces estos araucanos se aliaban con los pehuenches y hacían uso de los pasos serranos. Así, en vez de cruzar la isla de la Laja, sea cuando avanzaban o cuando se retiraban, lo hacían por los sectores altos con la complicidad de los indios serranos. Buen ejemplo de estos acuerdos son las

¹En CHCh, tomo IV, Santiago, 1864, pp. 253-254.

²*Ob. cit.*, p. 258.

³*Ob. cit.*, Parte 2a. del Tercer Libro, cap. xxv, pp. 402-403.

correrías que hace el lonco Lientur, en las primeras décadas del siglo XVII, quien ataca la región de Chillán, atravesando la cordillera con la ayuda de los pehuenches.

Cuando se menciona a los puelches, en las expediciones efectuadas al sur de Villarrica y en todo el sector oriental de los lagos, es muy probable que ellos correspondan a los tehuelches del norte o a algunos grupos de huilliches que traspasaron la cordillera nevada. En cambio, todo el territorio oriental situado al norte del lago Villarrica, hasta la altura de la ciudad de Chillán, estaba ocupado por los pehuenches, quienes a su vez deslindaban por el norte con los chiquillanes, los mismos aborígenes que posiblemente describió el cronista Bibar, aunque él los denominó "puelches".

Ahora bien, según Rodolfo Casamiquela¹, el concepto de pehuenches ('gente de las araucarias'), si ha de entenderse en un sentido lato —puesto que la dispersión de los bosques de araucarias va desde los 37° 30' hasta los 40°— ello implicaría una realidad "social y cultural compleja; un mosaico humano temporalmente variable de manera diversa y por eso asimilable a un verdadero caleidoscopio".

También nos dice este autor que la denominación puelches ('gentes del este') implica dos salvedades; "la primera, que en el sentido dicho, es decir en la visión de los españoles desde Chile en los primeros tiempos de la conquista, estos puelches rodeaban por el sur y por el este y aún norte, a los pehuenches propiamente dichos, restringidos a los valles de la cordillera". Pero al sur del paralelo 38° 30' los puelches australes eran denominados pehuenches en numerosos documentos del siglo pasado. Se trata entonces, según Casamiquela, de tehuelches septentrionales, los mismos que conoció Rosales en 1653 y que el historiador jesuita denomina puelches.

Para terminar la referencia que estamos haciendo de los aborígenes serranos que vivían en el sector oriental en el siglo XVI, y que muchas veces cruzaban el sector este de la isla de la Laja para atacar las tierras y haciendas de los españoles al norte de los ríos Itata y Laja, nos detendremos en la información que nos da Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán acerca de ellos. El hallazgo de un texto nuevo de Pineda, hecho a comienzos de la década de 1980 por Robert A. McNeil, titulado *Suma y epílogo de lo más esencial que contiene el libro intitulado "Cautiverio Feliz y Guerras Dilatadas del Reino de Chile"*², nos permite precisar las características principales de los pehuenches llamados también puelches.

¹Notas sobre sitios y piedras rituales del ambiente pehuenche austral, pp. 487-488. Actas del VI Congreso de Arqueología chilena (octubre, 1971); Boletín de Prehistoria, número especial. Santiago, 1972-1973.

²Publicado por la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y Ediciones Universidad

Esta obra de Núñez de Pineda, maestre de campo general del reino de Chile y gobernador de las fortificaciones del puerto de Valdivia, contiene “una descripción manifiestativa de las calidades de la tierra del reino de Chile, de su costa y puertos, sucinta y breve”. En esta introducción geográfica, nuestro autor se refiere en especial a algunos habitantes de la cordillera nevada¹:

“Hay entre estas cordilleras nevadas unos indios que llaman puelches, y otros pegüenches, que de pocos años a esta parte se han declarado por enemigos nuestros, cuando han sido y son forzados de los indios de guerra, a quienes suelen acudir con algunos soldados, aunque son para poco, y nuestras armas pocas veces han entrado a sus habitaciones, porque son los caminos trabajosos, de riscos y peñascos, y también porque la gente no es de cudicia, porque es floja, sucia y asquerosa. porque andan toda la vida enbijados con untos de caballos y otros animales inmundos, de que se sustentan por la casa, y con los piñones que producen aquellas nevadas cierras; son corpulentos y enjutos, y se visten de pieles de animales que cazan con flechas, que son las armas que usan y manijan; son tan diestros en ellas, que volando el más pequeño pájaro lo derriban”.

Para mostrar la precisión de los tiros de flechas de estos aborígenes, Francisco Pineda y Bascuñán (así se firmaba a veces, eliminando el apellido Núñez) recuerda una competencia que ocurrió, cuando él era niño, entre un aborígen puelche y un soldado español: “En tiempos antiguos, siendo yo bien niño, continuaban estos puelches a venir a nuestras tierras a sus conchabos de piedras bezares que traían, pellones y pellejos de tigres pintados, piñones, avellanas y otras cosas. Llegaron algunos de los referidos al estado de Arauco, precidio antiguo y de grande nombre, adonde con libertad para sus tratos y granjerías lo corrían todo”. Así un aborígen hace apuestas sobre su habilidad para usar un arco, provocando revuelo en el campo español. Parece ser que el padre de nuestro autor incitó “a un soldado de la ciudad de Quito” a competir y defender la reputación del ejército español. Luego del tiro certero del soldado “los indios quedaron corridos y avengonzados”.

Estos puelches traían para sus conchabos “una yerbas ponzoñosas con que untaban sus flechas quando tenían guerras unos con otros, y éstos las

Católica de Chile, Santiago, 1984. Estudio preliminar de José Anadon; prólogo y transcripción de Robert A. Mc.Neil.

¹Ob. cit., pp. 73, 74, 75, 76.

vendían a nuestros indios amigos, para refregar sus lanzas en contra de los enemigos”.

Luego de darnos esta información, que coincide con la de Mariño de Lobera, “llovía gran fuerza de flechas envenenadas enarboladas con una yerba tan ponzoñosa que mataba dentro de 24 horas irremediablemente”¹, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán nos entrega estas características culturales de estos aborígenes cordilleranos orientales:

“Sus vestiduras son tan solamente un pellón grande de pieles de animales, que les cubre todo el cuerpo, sin calzones ni camizetas, de que usan los demás. Desde que nacen andan embijados, como queda dicho, con unos unguentos de animales y caballos, hediondos. Los más se pintan los rostros y los brazos, sajándose con pedernales y refregando las sajaduras con tinta verde o azul, que quedan las señales para siempre.

“Traen el cabello largo y trenzado, y revuelto en la cabeza con madejas de hilos de lana de diferentes colores, con muchas flechas entreveradas en la rozca que hacen sobre la cabeza. No sueltan de la mano el arco y el carcaj... Es gente floja, tímida y para poco; mal inclinada y naturalmente ladrones, que cuando ven codician, y si pueden usar de su oficio, hurtan cuanto topan. No siembran ni tienen casas ni asistencia conocida, porque hoy están en una parte, y mañana en otra. Usan algunos o los más graves y de autoridad de unos toldillos de pieles de yeguas blandos y zobados, que con dos horconsillos y cuatro estacas le arman dondequiera que van, y otros se guarnecen en cuevas o en cóncavos de las peñas...”.

En general toda esta larga descripción nos recuerda la del cronista Bibar, a mediados del siglo XVI. Hay coincidencias interesantes que mostrarían, por lo menos, que estos dos conocedores de los puelches vieron prácticamente lo mismo. No parece improbable, además, que Núñez de Pineda y Bascuñán, a mediados del siglo XVII, haya conocido la crónica de Bibar, de la misma manera como la conoció el Padre Rosales². Estas descripciones tan parecidas mostrarían también que están describiendo a los mismos aborígenes. Así puelches o pehuenches de Núñez de Pineda, y sus rasgos culturales probarían que los puelches de Bibar son también pehuenches (o chiquillanes muy asimilados a los pehuenches). Como el problema es difícil de dilucidar en

¹ *Ob. cit.*, cap. IX, de la “Parte 2ª de este Segundo Libro”.

² Consúltese nuestro libro *La Crónica de Gerónimo de Bibar y la conquista de Chile*, *ob. cit.*, cap. VI, pp. 89-106, en donde se prueba el conocimiento que Rosales tuvo de Bibar.

sus mínimos detalles étnicos, levantamos la hipótesis de que se trata de aborígenes orientales o puelches, que traspasan sin dificultad los pasos cordilleranos de la Sierra o Silla Velluda, de Villarrica, aproximadamente entre los grados 37 y 40, y que recorren los diferentes sectores cordilleranos, especialmente allí donde abundan los bosques de araucarias y sus frutos (pehuén o piñón).

Estos aborígenes dependen no sólo de sus frutos, sino también de los animales que habitan el medio ambiente cordillerano y sus faldas orientales. Según escribe Casamiquela: “estos indígenas son racialmente patagónidos, culturalmente cazadores y étnicamente parte del gran grupo de los tehuelches septentrionales”¹. En este contexto cultural adquiere significado el dato que nos entrega Núñez de Pineda: “hablan diferente lengua que la chilena”. Ya el cronista Bibar nos había relatado que ellos comerciaban con la gente de los llanos, del lado occidental, los cuales les temían porque “antes que viniesen españoles, solían abajar ciento y cincuenta de ellos y los robaban y se volvían a sus tierras libres”².

A su vez el maestro de campo Núñez de Pineda comenta que “antes, cuando la tierra estuvo de paz en sus principios, eran amigos nuestros y entraban y salían en nuestras tierras a sus conchabos, que los géneros que traían los ferriaban a trueque de lleguas y potrancas para comer...”. Cien años antes de Bibar relataba que traían para intercambiar “aquellas mantas que llaman ‘llunques’ y también traen plumas de avestruces”.

Uno de los pasos cordilleranos más frecuentados por los pehuenches o puelches, era el que se encontraba en el sector del volcán Antuco y “Silla Velluda”. Hacia 1580, cuando los pehuenches estaban de acuerdo con los mapuches de los llanos, éstos usaban otros pasos, como ya lo hemos decrito más arriba. El cronista y maestro de campo Pedro de Córdoba y Figueroa, que escribió una *Historia de Chile* llegando hasta al año de 1717, señala que en 1584 los pehuenches “tenían en continuo desasosiego a todo el vecindario” de la ciudad de San Bartolomé. Nos relata las incursiones del jefe araucano Lientur, quien entraba y se retiraba por la “Silla Velluda”, la cual era “senda bien notoria de la cordillera”³.

Deseamos recordar que en las primeras décadas del siglo XVIII (1729), la relación de Gerónimo Pietas, titulada *Noticias sobre las costumbres de los Araucanos*, sostiene que los pehuenches se referían a los puelches llamándolos “Quimnolucho” (“gente que no sabe”). Así tendríamos a un estudioso de estos aborígenes que estaría insistiendo en que estaban bien diferenciados

¹*Ob. cit.*, p. 488.

²Bibar, *ob. cit.*, p. 239.

³En CHCh, tomo II, p. 202, Santiago, 1862.

estos dos grupos. Sin embargo es necesario recordar, como lo informa Pietas, que en el siglo XVIII los pehuenches ya estaban araucanizados en lengua y otros rasgos culturales y que, por lo tanto, este rechazo que hacen los puelches expresa la opinión de un grupo aborigen aculturizado¹.

Para finalizar intentemos dilucidar cuándo aparece diferenciado el nombre "pehuenche" del de "puelche".

Hemos citado a varios cronistas del siglo XVI (Bibar, Góngora Marmolejo y Mariño de Lobera), quienes sólo hacen uso del nombre puelche. Sin embargo, al caracterizarlos, mencionan rasgos culturales que coinciden con descripciones futuras referidas a aborígenes que son llamados pehuenches.

Además de los cronistas contamos con los documentos de los capitanes Juan Matienzo, Miguel de Olaverría y de los gobernadores Martín Ruiz de Gamboa y Martín García de Oñez y Loyola, quienes entre 1580 y 1594 se refieren una y otra vez a los puelches, sin mencionar nunca a los pehuenches. Es interesante recordar que el capitán y sargento mayor del reino de Chile, Miguel de Olaverría, es autor de varios informes redactados entre 1593 y 1594 por orden del gobernador García de Oñez y Loyola². Cuando Olaverría se refiere a los indios que atacan a la ciudad de San Bartolomé de Gamboa, fundada al norte de la región de la isla de la Laja, y que por el sur incursionan sobre Ciudadrica o Villarrica y sus alrededores, siempre los denomina puelches y asegura que estos aborígenes serranos no son tan valerosos como los de la costa y los llanos (araucanos).

Para Olaverría "es cosa notable la agilidad y ligereza que tienen en sus personas estos indios los cuales tratan y se comunican con los primeros indios que viven en la otra parte de la dicha cordillera y dan noticias de su multitud. Las vistas, y comunicación, y entrada destos indios puelches es por las abras y aberturas que haze la cordillera..."³.

A mediados del siglo XVII, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán —tal como ha sido citado ya más arriba— y el padre Diego Rosales, describen a los aborígenes cordilleranos llamándolos puelches⁴. Sin embargo, Pineda y Bascuñán, como lo hemos escrito, también los llama pehuenches: "hay entre estas cordilleras nevadas unos indios que llaman Puelches, y otros

¹ Claudio Gay, *Historia Física y Política de Chile*, Documentos, tomo I, p. 500, París, 1846.

² Todos aparecen en CDHCH, Segunda Serie, tomo IV, pp. 273-283; 390-422, FHBJTM, Santiago de Chile, 1960.

³ Claudio Gay, *Documentos sobre la historia, la estadística i la geografía*, tomo II, p. 15, París, 1852.

⁴ Rosales menciona también a los Pegüenches "que habitan en medio de la cordillera" en su *Historia General de el Reyno de Chile*, tomo II, pp. 206 y 210 y tomo III, pp. 55-58.

Pegüenches". Sus descripciones nos recuerdan también en parte las descripciones de Bibar y de Mariño de Lobera referidas a los puelches, agregando que hablan una lengua diferente a los de Chile.

Igualmente Santiago Tesillo en su *Restauración del Estado de Arauco*¹, en 1665, menciona a los "indios Puelches i Pehuenches de esta i de aquella parte de la cordillera".

En el siglo XVIII los cronistas usan sin problemas el nombre de pehuenches cuando se refieren a sucesos de fines del siglo XVI, especialmente a la fundación de la ciudad de Chillán. Tanto Pedro Córdoba y Figueroa, como Miguel de Olivares y Vicente Carvallo y Goyeneche relacionan las entradas de aborígenes por las abras cordilleranas de la isla de la Laja, camino a las comarcas de Chillán, con los pehuenches.

Igualmente a comienzos del siglo XVIII, Gerónimo Pietas diferencia a los pehuenches de los puelches, tal como lo hemos adelantado, señalando que los pehuenches se reconocen como diferentes a los puelches y que hablan la misma lengua de los fronterizos indios de Chile (los araucanos). Él nos da la cifra de 2.780 indios entre el volcán de la Laja y Nahuelhuapi; es decir, aproximadamente unos 11.000 aborígenes.

Parece prudente concluir, a partir de los datos estudiados, que en el siglo XVI el nombre pehuenche no se usa y sólo se hace referencia a los indios serranos o de la cordillera²; incluso que todos sus rasgos culturales corresponden a unos aborígenes cazadores y recolectores que no tienen habitaciones permanentes, es decir, que vagan de un lugar a otro de acuerdo a las estaciones y a las posibilidades de alcanzar éxito en su subsistencia.

Entre los que aparecen usando el nombre de pehuenches está el autor del *Cautiverio Feliz y de Suma y Epílogo*, en la segunda mitad del siglo XVII, un poco después de 1660. Sin embargo, la lengua de éstos sería diferente a la lengua de la tierra (mapudungo) y posiblemente correspondería a la de los aborígenes pampeanos. Rosales, por estos mismos años, nos dice que cuando pasó al lado oriental por Villarrica, conversó con los indios puelches y que por lo menos su jefe conocía la lengua de Chile. Malopara "de grande estatura y bien dispuesto; venía vestido con un pellón de tigre; su rostro y cuerpo muy pintados, con arcos y flechas en la mano; su carcaj al hombro, en la cabeza un tocado de una red, y al rollete entretejidas muchas flechas, con puntas de pedernal blanco. Y plumas de colores en el otro extremo. Púsose en medio con su flecha en la mano, y habló en dos lenguas, haciendo

¹CHCH, tomo XI, pp. 5-20.

²Carta de Martín Ruiz de Gamboa a S.M. del 22 de marzo de 1582, en donde los llama "naturales de la sierra", pp. 136-138; CDHCH, segunda serie, tomo III. FHBJTM, Santiago de Chile, 1959.

su parlamento: primero en lengua de Chile, respondiéndome a mí y al cacique Catinaquel; y luego en lengua puelche, para que entendiesen lo que nosotros y él habíamos dicho los que no sabían la lengua de Chile, sino la puelche, que es en todo diferente..."¹.

Parece entonces que en la segunda mitad del siglo xvii, grupos de puelches que también se denominan pehuenches y que vivían "al borde de la Cordillera", tanto al occidente como al oriente, comenzaron a incorporar la lengua de Chile, la mapuche, que se hablaba en la costa y en los llanos, por lo menos a través de sus jefes. En cambio, ya desde las primeras décadas del siglo xviii, los aborígenes cordilleranos que comían piñones son llamados pehuenches, están asimilados parcialmente a los mapuches de la precordillera chilena y hablan su lengua. Esta asimilación cultural hace que los pehuenches se reconozcan diferentes a los puelches, es decir a los tehuelches del norte, y también a los huilliches, a quienes muchas veces combaten, incluso aliándose con los españoles criollos, en tiempos del gobernador Amat y Junient.

Para terminar esta búsqueda de la etnia pehuenche, no sólo en lo que se refiere a su hábitat sino también en lo que hace a su nominación, tratemos de retroceder y observar su probable antigüedad desde la perspectiva arqueológica, y más particularmente, a partir de la información que nos entregan las investigaciones del arte rupestre.

Los especialistas en arte prehistórico, o precolombino, identifican diferentes estilos artísticos en las pinturas y petroglifos (dibujos grabados en las piedras) entre los cuales recordaremos el estilo de *paralelas*, de *grecas* y de *pisadas*². Los hallazgos de petroglifos del estilo paralelas se encuentran en el sector cordillerano entre los grados 36 y 38, tanto en el lado chileno como en el argentino. Según algunos arqueólogos este estilo es anterior a la presencia española y podría comenzar hacia el siglo xii d.C. Este hábitat, sobre todo a partir del grado 37 al sur, corresponde al de los aborígenes conocidos con el nombre de pehuenches ya en el siglo xvii. Es posible, entonces pensar, en calidad de hipótesis, que los autores de este estilo de petroglifos sean los ancestros de estos aborígenes históricos.

¹*Historia general de el Reyno de Chile, Flandes Indiano*, tomo iii, p. 435. Valparaíso, 1877.

²Jorge Fernández: *La población prearaucana del Neuquén*. Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile, vol. ii, pp. 617-630, Santiago, 1977.

Hans Niemeyer y Lotte Weisner: *Petroglifos de la cordillera andina de Linares*. Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena, Santiago, 1972-1973.

Juan Schobinger: *Nuevos petroglifos de la provincia del Neuquén*. Anales de Arqueología y Etnología, Nos. xvii y xviii. Mendoza, 1962-63.

Igualmente el estilo de grecas, a veces mezclado con el de pisadas, se encuentra en el hábitat tradicional de los aborígenes que se alimentan del pehuén, es decir entre los grados 38 a 41. Más al sur de los bosques de araucarias y también al oriente de ellos predominan los estilos de pisadas y de grecas. Si pensamos que los estilos artísticos pueden ayudarnos a identificar grupos aborígenes, podríamos levantar la hipótesis, siguiendo al arqueólogo Fernández, que el estilo de paralelas es el que más se relaciona con la etnia pehuenche; en cambio los estilos de pisadas y de grecas podrían corresponder a grupos patagónicos (tehuelches).

Como es fácil de comprender, esta hipótesis contradeciría la de Casamiquela, que sostiene la relación antropológica de pehuenches y tehuelches septentrionales.

Es posible que uno de los productos más deseados por los diferentes grupos de aborígenes (pehuenches-huilliches-tehuelches) haya sido el fruto de las araucarias, especialmente por sus condiciones alimenticias y por constituir la base de un tipo de bebida alcohólica.

Es probable que en los bosques de araucarias se hayan mezclado diferentes grupos humanos, y los estilos artísticos encontrados por los arqueólogos, especialmente en el Neuquén argentino, muchas veces mezclados, sean la prueba de estos contactos y cruces biológicos y culturales.

Apoyando una antigüedad prehispana tenemos también algunas excavaciones hechas en la década de 1960, en el yacimiento de Alto de Vilches, al oriente de Talca, a 1.200 m s.n.m.¹. Los estratos superiores de las excavaciones contendrían evidencias culturales de la presencia esporádica de los pehuenches: fragmentos de cerámica, punta de flechas triangulares, hechas en obsidiana, restos de colorantes, cuentas de piedras, todos asociados a piedras tacitas.

Así parece prudente postular una presencia pehuenche precolombina, pero sin retroceder demasiado en el tiempo como lo hacen otros autores².

¹A. Medina, R. Vargas y C. Vergara: "Yacimientos arqueológicos en la cordillera de la Provincia de Talca, Chile". Actas del III Congreso Internacional de Arqueología Chilena, Santiago, 1964.

²M. Dannemann: "Las Comunidades Pehuenches y su relación con los proyectos hidroeléctricos del Alto Biobío". En este trabajo se cita al estudioso argentino Gregorio Álvarez, p. 111; Revista Chilena de Antropología, U. de Chile, N° 10, 1991.

OCUPACIÓN ESPAÑOLA DE LA ISLA DE LA LAJA: DESDE 1601 HASTA 1723

La derrota de Curalava, a fines de 1598, y la muerte del gobernador Martín García Oñez de Loyola provocaron entre los mapuches en menos de cuatro años un movimiento de rebelión generalizada que tuvo como consecuencia la destrucción de las ciudades y fuertes "de arriba", todas fundadas al sur del río Biobío. Como efecto de este alzamiento general se revisaron los planes de conquista, aceptándose, a pesar de la resistencia de muchos militares, que el Biobío constituiría la barrera natural que debería detener en sus entradas al norte a los mapuches de la costa, de los llanos y de las faldas de la cordillera, como igualmente a los aborígenes del sector alto cordillerano. La formación de un ejército profesional, financiado por el "real situado", permitiría detener en primer lugar el avance aborigen hacia Concepción, San Bartolomé de Gamboa (Chillán) e incluso más allá del río Maule. Además este ejército profesional, que reemplazaba al constituido por los vecinos y financiado por los encomenderos, podría en el futuro recuperar los territorios perdidos; tal era el proyecto del gobernador Alonso de Ribera¹.

Las políticas de la llamada guerra defensiva estaban también inspiradas por el pensamiento y la acción de la orden de la Sociedad de Jesús. Recordemos que éstos, encabezados por el sacerdote Luis de Valdivia, habían llegado a Chile en 1593, iniciando inmediatamente una política evangelizadora que había superado rápidamente a las que hacían otras órdenes, como los franciscanos. Como estos últimos a su vez lo han escrito, los jesuitas habían "extendido sus misiones antes de nuestra entrada en el reino por los tres vuthamapus o cantones que llaman de la Costa, Llanos e Inapire o pie

¹S. Villalobos en *Historia del pueblo chileno*, tomo III, p. 199, escribe "Un paso adelante en la formación del concepto de frontera se debió a los planes del gobernador Rivera al procurar que en la recuperación del territorio no quedasen otros espacios mal dominados. Actuando de esta manera, aseguró primero la región del norte del Bío-Bío y solo entonces procuró sujetar las comarcas del sur... Su esquema equivalía a un frente de avance".



Mapa de las ciudades y fuertes al norte y sur del Biobío (comienzos del siglo XVII; tomado de S. Villalobos, 1986).

de la cordillera”¹. Por esta razón los franciscanos pidieron que se les adjudicase el Pire-vutha-mapu, “terreno que ocupa la nación llamada comúnmente Pehuenches”. Lo lograron en el Parlamento general que en el Salto del río Laja celebró el gobernador Manuel Amat y Junient, quien, a instancias de los mismos indios entregó “la expresa nación” a los franciscanos. Esto ocurrió en 1756.

Pero mucho antes de la importante política misional de la orden de los franciscanos y de la guerra defensiva y de la acción evangelizadora de los jesuitas del padre Valdivia, incluso antes de la derrota de Curalava, los españoles estaban profundamente preocupados por los intentos de los mapuches de los llanos y del Inapire, a veces apoyados por los indios de la cordillera (puelches, según los textos españoles), de incursionar más allá del río Biobío, cruzando la isla de la Laja, camino hacia el río Maule. Un buen ejemplo de esta preocupación es la carta de Martín Ruiz de Gamboa a Su Majestad, el rey de España Felipe II, fechada el 27 de febrero de 1592: “Vine a las provincias de Chillán donde yo había hecho un muy buen fuerte y porque aquella comarca era y es frontera de la de Santiago y guarda de que los enemigos no pasen a sus términos y reparo y sustento de la Concepción y al principio de los indios de guerra y en medio de todo el reino, de donde se sustenta la Concepción y quité los gastos que Su Magestad tan excesivos que allí hacía para sustentarla y reparo que a sus términos no corran ni puedan los enemigos, porque en saliendo luego desde Chillán les toman las espaldas y son perdidos... allí determiné de poblar un pueblo y poble llamado San Bartolomé de Gamboa”².

Esta ciudad de “tierra blanca y de muy buen sitio y buenos ríos y de mucho pescado y muchas tierras de pan y vino y frutas y carne, por muchos y muy buenos pastos”, se constituyó en un baluarte que supo resistir muchos ataques de indios de los llanos y de la cordillera hasta 1655, cuando se produjo quizá la mayor sublevación de los mapuches de los llanos.

Cuando el gobernador Alonso de Sotomayor estaba en Concepción, en 1585, fue informado que “los indios de la Laja devastaban el partido de Chillán, i tenían en mucho riesgo la ciudad de San Bartolomé de Gamboa. Salió acompañado del maestro de campo Alonso García Ramón i de los principales capitanes, al frente de dos compañías con la aceleración que pedía la necesidad en que se hallaba aquella ciudad i su comarca”.

“No le aguardaban los indios, i viéndole llegar, se entraron en la sierra. Mandó ejecutar severos castigos en los que se tomaron estraviados, para

¹Claudio Gay, *Historia física y política de Chile, Documento sobre la historia, la estadística i la geografía*, tomo I, p. 304, *ob. cit.*

²CDIHCh, Segunda Serie, tomo IV, pp. 164-185.

escarmentar a los demás. Reforzada la guarnición de la ciudad, i levantado el fortin de San Fabian, cerca de Canucu, en el paraje llamado los Maquis, no le dio cuidado aquella partida de ladrones...”¹.

La situación en la región de los llanos y sobre todo en el vértice occidental de la isla de la Laja era conflictiva; por esta razón el gobernador Sotomayor fundó al norte del Biobío, cerca de Yumbel, el fuerte La Trinidad y al suroeste de Talcamávida, en la orilla sur del Biobío, el fuerte Espíritu Santo.

A fines del siglo XVI el gobernador Martín García de Loyola, hacia enero de 1593 (cinco años antes de su muerte), daba instrucciones al capitán Miguel de Olaverria sobre la “guerra de fuera”, es decir, aquella que era promovida por los aborígenes que vivían a los pies de la cordillera y dentro de ésta, e incluso en el sector oriental. Eran cuatro las ciudades que defendían los derechos de los españoles: Chillán, Angol, Villarrica y La Imperial y, según el gobernador, “estas cuatro ciudades han estado más de veinte años opuestas a la guerra de la cordillera nevada con más de doscientos y cincuenta españoles”. Agregaba que “los indios de la dicha cordillera eran cuatro o cinco mil”².

Pues bien, luego de la derrota de Curalava en los primeros decenios del siglo XVII, los aborígenes cordilleranos asaltaron varias veces las haciendas de los alrededores de Chillán y también colaboraron con los mapuches de los llanos en sus correrías por esta región, hacia 1629-1630. De resultas de estas entradas y escaramuzas, los españoles sufrieron algunas derrotas, siendo una de las conocidas la de las Cangrejeras. Como consecuencia de este combate un joven capitán, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, fue capturado y vivió alrededor de siete meses entre los aborígenes de los llanos. En su ya citado *Cautiverio Feliz*, describió los contactos y las rivalidades entre estos aborígenes y los de la cordillera, sin darle nombre a esos últimos. Sin embargo sólo en su obra, *Suma y Epílogo*, los denominó puelches o pehuenches.

También el cronista Rosales³ describe detalladamente los múltiples ataques y malones, que los cordilleranos (pehuenches y puelches) hacían en contra de Chillán y sus alrededores; como también los acuerdos de paz y los continuados quebrantos de ella.

El jesuita relata diferentes acciones bélicas en tiempos del gobernador marqués de Baidés (1639-1646), en que generalmente el español era burlado

¹Vincente Carvallo y Goyeneche, *ob. cit.*, tomo VIII, cap. LXVIII, p. 190.

²*Ob. cit.*, CDIHCh, Segunda Serie, tomo IV, pp. 292, 293 y 296.

³Diego Rosales, *Historia general del reyno de Chile. Flandes Indiano*, 3 tomos; Valparaíso, 1877, tomo II, p. 664; tomo III, p. 174.

y el cordillerano se iba a sus tierras, "muy contento y jactancioso... cargado de despojos y de captivos".

Cuando estalló la rebelión de 1655, en tiempos del gobernador Antonio Acuña y Cabrera, los ataques de los pehuenches-puelches y araucanos se hicieron frecuentes entre los ríos Itata, Ñuble y hasta las proximidades del Maule. Sin embargo, los informes de los españoles son contradictorios o, por lo menos, nos muestran cambios en la actitud de estos aborígenes cordilleranos, en cuanto a veces favorecían a los españoles y en otras ocasiones a sus hermanos aborígenes, los mapuches de los llanos. El cronista Jerónimo de Quiroga¹ escribe que los pehuenches acompañaron a los españoles en su lucha contra los indios de la costa del sur de Valdivia. Por otra parte, otro español, el fiscal de la Audiencia de Chile Alonso de Solórzano y Velasco, en 1657², recuerda que los aborígenes cordilleranos maloquearon una importante cantidad de estancias al sur del río Maule, haciendo prisioneros y robando ganado, yeguas y caballos. Esta situación, desastrosa para los pocos cientos españoles capaces de enfrentarse a los indios, se ponía más peligrosa con la intervención de un jefe mestizo llamado Alejo, quien derrotó a grupos de españoles cerca del fuerte de Conuco, a la altura de Tomé. Como resultado de estos contratiempos provocados por las acciones de los mapuches de los llanos y de los aborígenes de la cordillera, el fiscal Alonso de Solórzano pidió trasladar la frontera al río Maule y volver a la política defensiva de los primeros años del siglo XVII. La acogida de esta política habría significado la pérdida de todo el sur de Chile para los españoles.

Una vez muerto el mestizo Alejo, el nuevo toqui mapuche Misgui se enfrentó a los españoles al sur del río Laja, siendo derrotado por las tropas del gobernador Pedro Porter Casanate, en Curanilahue, en 1661. Con la llegada a Chile, en 1662, del nuevo gobernador, Ángel Peredo, se reforzaron los fuertes de Conuco (San Fabián) y se restauró el antiguo fuerte de San Felipe de Austria, cerca de Yumbel. Le interesó preferentemente la defensa del río Laja, construyendo varios fortines, "casas-fuertes", entre los cuales debemos mencionar los establecidos en los vados de Tarpellanca y el del Salto.

Este mismo gobernador repobló Chillán en septiembre de 1663. El capitán y cronista José Basilio de Rojas y Fuentes³ condujo la operación apoyado en un destacamento de 200 soldados. Comenzó así, lentamente, de nuevo el proceso de construcción de casas, graneros, molinos; las plan-

¹Memoria de los sucesos de la guerra de Chile, p. 388, Ed. Andrés Bello, Santiago, 1979.

²Claudio Gay, *ob. cit.*, Documentos, tomo II, Informe sobre las cosas de Chile.

³CHCH, tomo XI, Santiago, 1878, pp. 153-184. *Apuntes de lo acaecido en la conquista de Chile desde su principio hasta el año de 1672...*

taciones de trigo, cebada y otros productos de las huertas y chacras. Habían muerto alrededor de 900 soldados desde que se inició el levantamiento hasta el triunfo de las armas españolas y se habían destruido varios centenares de estancias entre el Maule y el Biobío.

A fines del siglo XVII tenemos dos situaciones interesantes, amparadas por la relativa paz que existía.

En 1680 se inician las peticiones del capitán español José Núñez de la Cantera, vecino de la Concepción, para pedir una merced de tierras situadas en la isla de la Laja, exactamente en lo que hoy se conoce con el nombre de las Canteras. Este fue el comienzo de la posteriormente famosa hacienda de las Canteras, adquirida por don Ambrosio O'Higgins alrededor de cien años después.

Por otra parte, entre 1692 y 1700 gobernó el reino de Chile Tomás Marín de Poveda, quien impulsó las políticas de evangelización en el territorio de los mapuches y de los pehuenches. El propio gobernador, en carta de abril de 1695, señala al rey Felipe V que fueron especialmente los religiosos de la Compañía de Jesús y los de la orden de San Francisco los que se dedicaron a este ministerio. Se erigieron nueve misiones nuevas. El gobernador menciona las de Imperial, Boroa, Tucapel, Repocura, Virquén, Mulchén, Renaico, Quecheregua y Maquegua.

Igualmente este gobernador dispuso el envío de misioneros entre los pehuenches y puelches. El padre Nicolás Kleffer inició estas misiones para "introducir la luz del Santo Evangelio entre los puelches y otros innumerables indios". Ya a fines del siglo XVII, o comienzos del siglo siguiente, es probable que fundaran una misión en Rucalhue, según escriben los padres franciscanos en un informe que redactaron en el siglo XVIII acerca de las misiones en el reino de Chile¹. Debemos recordar que Rucalhue está situado al sur de Santa Bárbara, pueblo y fortaleza importante del siglo XVIII para la defensa de la isla de la Laja. Como veremos, este sector del río Biobío, frente a Santa Bárbara, contó siempre con una misión, cuya actividad sufrió interrupciones, a veces, debido a las sublevaciones de los aborígenes de la cordillera o de los llanos.

A pesar de estas penetraciones esporádicas, todo el territorio situado entre el sur de Chillán y el Biobío estaba prácticamente abandonado y sólo sus territorios limítrofes, especialmente el occidente, en el territorio de los llanos, tenían fuertes y misiones, cercanos a la confluencia del Laja con el Biobío. Por ejemplo al noroeste del río Laja, junto al tercio de Yumbel, se fundó la misión de San Cristóbal, en 1646. En todo el siglo XVII los jesuitas

¹Claudio Gay, *ob. cit.*, Documentos, tomo I, p. 305.

extendieron sus misiones por el territorio de la costa y de los llanos, y algo incursionaron hacia el territorio de la cordillera a fines del siglo. Luego, en el siglo XVIII, la orden de los franciscanos adquiriría fuerza en la acción apostólica misional con los aborígenes cordilleranos de la isla de la Laja, e incluso de más al sur. La expulsión de los jesuitas los dejó como señores de casi todas las misiones del sur de Chile.

Antes de abandonar el siglo XVII nos interesa exponer y criticar una información que nos entrega el cronista Carvallo y Goyeneche, tantas veces citado por nosotros. De acuerdo a este estudioso, el gobernador Francisco Meneses "en la union de los rios Tolpan i Vergara fundó una plaza, i desde allí envió a establecer otra colonia en Virquenco, jurisdicción del territorio de Quilaco, en las faldas de los Andes, i se dedicó a San Carlos en memoria del príncipe. Puso en ella sesenta soldados con su comandante, el capitán Pedro Paredes. Repasó el Biobio, i reedificó la del Nacimiento, i estableció otra en el distrito de Santa Fe con el nombre de San Carlos de Austria, para dejar en resguardo la isla de la Laja, i sostenidas las colonias de Puren, Tolpan i San Carlos de Virquenco..."¹. Un poco más adelante nos relata que "Aguelipi, cacique de Quilaco, se dio por amigo del capitán Paredes, comandante de la plaza de San Carlos de Virquenco. Asegurado de que Paredes estaba satisfecho de su amistad, dispuso una traicion i destruyo aquella colonia con muerte de todos sus habitantes"².

A su vez, el cronista y capitán José Basilio de Rojas y Fuentes informa ampliamente sobre varios sucesos ocurridos en este siglo, en relación con el asunto que nos interesa, no coincidiendo con Carvallo y Goyeneche en el nombre de la colonia y fuerte de San Carlos de Virquenco. En primer lugar escribe que el presidente Cristóbal de la Cerda Sotomayor fundó en 1621 el fuerte de San Cristóbal "una legua del rio de la Laja y redificó el fuerte quemado de Yumbel".

Cuando se refiere al presidente Martín de Mujica recuerda que en 1647 "resolvió adelantar los tercios a las fronteras: el de Yumbel lo situó adelante de Nacimiento, seis leguas mas avanzado, en la opuesta ribera del gran Bio-Bio".

También escribe que bajo el gobierno del almirante Pedro Porter Casanate, el maestro de campo general Francisco de Pineda Bascuñán, con 700 infantes españoles, derrotó a los indios de los llanos "en el paso del rio de la Laja". En noviembre de 1661 volvió a derrotar a estos aborígenes a orillas del río Laja.

¹CHCh., tomo IX, Carvallo y Goyeneche, *ob. cit.*, Primera parte, tomo II, cap. XLIV, pp. 140-141.

²Carvallo y Goyeneche, *ob. cit.*, p. 142.

Igualmente cuando recuerda las acciones militares del gobernador Ángel de Peredo en los años de 1662 y 1663, entrega abundante información sobre cómo el sector occidental del río de la Laja era entonces una encrucijada importante de las acciones bélicas: trasladó Conuco a San Felipe de Yumbel; pobló los fuertes de Colcura, Molino del Ciego, Ornillos, Tarpellanca, San Cristóbal y Salto de la Laja.

No puede dejar de mencionar su presencia en el repoblamiento de la ciudad de Chillán: “en cuya población como en las referidas, me hallé yo de capitán de caballos”.

Por último, al mencionar a Francisco de Meneses leemos en sus *Apuntes históricos*: “En la guerra tuvo varios sucesos, muchos prósperos i algunos adversos. Pasó el tercio de adentro del puerto de Lota, al antiguo de San Ildefonso de Arauco, donde hoi está. Pobló los fuertes del Nacimiento, Santa Fe, Puren, Imperial i Virquen: este último invadieron los indios con fraude i engaño el día 20 de mayo de 1667, degollando mas de 60 españoles. Pasó el tercio de Yumbel a la otra parte del Bio-Bio, al puerto de Tolpan, que por la mala elección del sitio i otras circunstancias, permaneció poco”¹.

También otro escritor del siglo XVII, fray Juan de Jesús María, autor de *Memorias del Reino de Chile i de don Francisco Meneses*², aunque presenta el gobierno de Meneses con bastantes detalles, sobre todo para criticarlo severamente y a su vez ensalzar el gobierno de su antecesor Peredo, no nos entrega información suficiente sobre los temas militares que interesan, es decir sobre la muerte del capitán Paredes con 60 soldados en el fuerte de Virquén o de Virquenco.

En la búsqueda de la contrastación de los informes dados por Carvallo y Goyeneche, leemos a Barros Arana, quien en su *Historia jeneral de Chile*³ confirma que Meneses en 1667 echó los cimientos de una plaza militar en el río Tolpán con el río Vergara, a la que llamó San Carlos de Austria y que fue prontamente abandonada, debiéndose trasladar su contingente a Yumbel, pero conservando su nuevo nombre. Luego escribe: “dejó encargo de que se fundasen dos nuevos fuertes algunas leguas más al sur, uno en el territorio de Repocura, casi en las faldas de la gran cordillera, i el otro en las inmediaciones de donde existió la ciudad de la Imperial... en el mes de abril quedó establecido el fuerte de San Carlos de Virquen con una guarnición de sesenta soldados bajo el mando del capitán don Pedro Paredes”⁴.

¹ José Basilio de Rojas y Fuentes, *Apuntes históricos* en CHCh, tomo XI, pp. 167, 168, 175, 176, 177, 178, 179, 180.

² En CHCh, tomo XI, pp. 21-98.

³ D. Barros Arana, *Historia jeneral de Chile*, tomo V. Rafael Jover Editor, Santiago, 1885.

⁴ *Ob. cit.*, cap. XVII, pp. 84-85.

La información de Carvallo y Goyeneche, que había hecho pensar que el gobernador Meneses había iniciado la ocupación del territorio de la isla de la Laja, no encuentra confirmación en otros autores contemporáneos ni tampoco en los historiadores más recientes. Podemos sumar a Barros Arana la opinión de Encina, que también menciona el fuerte Repocura o Virquén, en donde encontró la muerte un número importante de soldados españoles.

Entonces, sólo es posible afirmar que fue el español José Núñez de la Cantera, quien con su familia inició la ocupación de un lugar importante de la isla de la Laja. En 1685 eran dueña de la estancia doña Ana Núñez de la Cantera "y otras señoras del mismo apellido, de cuya circunstancia proviene su nombre"¹.

¹ Juan A. Valderrama, *Diccionario Histórico-Geográfico de la Araucanía*, p. 54, 2ª Edición, Santiago de Chile, 1928.

LA SUBLEVACIÓN DE 1723 Y EL TRASLADO DE LOS FUERTES A LA ORILLA NORTE DEL RÍO BIOBÍO

Cuando se desea conocer la historia de la construcción de los fuertes situados al norte del Biobío, prácticamente a las orillas de este histórico río, la relación inmediata que se hace es con la sublevación de los mapuches ocurrida en 1723, después de más de 40 años de vida relativamente pacífica.

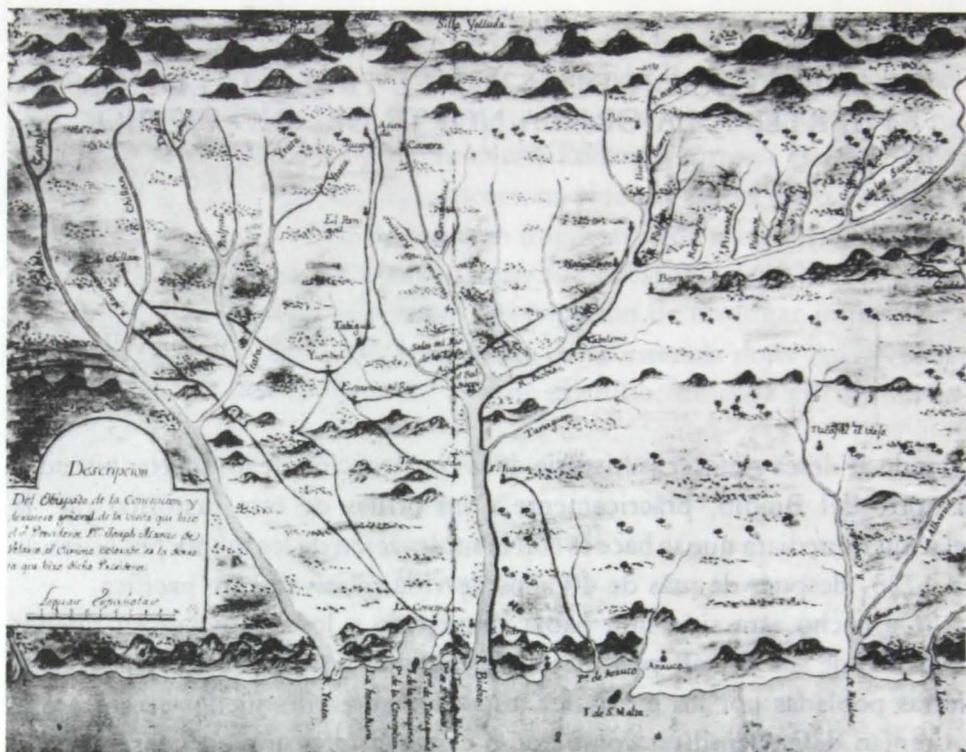
De hecho esta situación había convertido a los mapuches en dueños absolutos de sus tierras, permitiéndoles algunas hostilidades aisladas en las tierras pobladas por los españoles, especialmente en aquellos sectores que no tenían defensa militar como era el caso del territorio situado entre los ríos Laja y Biobío. Además esta especie de tregua había hecho disminuir el ejército de la frontera, que apenas pasaba de 1.000 hombres, como también las sumas del situado o presupuesto para pagar y mantener el ejército de Concepción.

Según la interpretación de Barros Arana, "la vecindad había creado relaciones entre los indios i los españoles; i esas relaciones, estimuladas por las necesidades de un orden económico habían fomentado el comercio recíproco". Este comercio "si hubiese sido ejercido con lealtad, habría domesticado con el transcurso de los años a aquellos bárbaros acercándolos más i más a los españoles, i haciéndoles comprender las ventajas de una vida más regular i de las comodidades que proporciona la civilización"¹.

La sublevación que ocurrió bajo el gobierno de Gabriel Cano de Aponte (1717-1733) ha sido estudiada por diferentes historiadores y especialistas, los que escribieron en el propio siglo XVIII, tales como Gerónimo Pietas, Miguel de Olivares, Joaquín de Villarreal y Vicente Carvallo y Goyeneche. En el siglo XIX, tenemos a José Pérez García, Claudio Gay, Diego Barros Arana, José Toribio Medina, Miguel Luis Amunátegui. En el presente siglo están, entre otros, Francisco Antonio Encina, Sergio Villalobos² y Holdenis

¹*Ob. cit.*, tomo VI, pp. 26 y 27.

²S. Villalobos, *Guerra y Paz en la Araucanía: Periodificación en Araucanía, Temas de Historia Fronteriza*. Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, 1985.



El Obispado de Concepción en tiempos del gobernador José Manso de Velasco (1740). Aparecen la hacienda Las Canteras y los fuertes de Purén y de Tucapel.

Casanova¹. Todos ellos han aportado documentos, información histórica bien controlada y hechos. También han interpretado los acontecimientos, no coincidiendo siempre sus ideas explicativas.

Quien ha expuesto en la forma más completa los hechos históricos ha sido Diego Barros Arana y por esta razón ha sido citado, comentado y discutido una y otra vez. Por ejemplo, el historiador Francisco Antonio Encina ha escrito sobre esta sublevación sin agregar nada nuevo a lo expuesto por Barros Arana, pero explicó la sublevación desde otro punto de vista, restándole importancia a la situación guerrera de 1723, oponiéndose a las conclusiones que condenaban el comportamiento del maestro de campo general Manuel de Salamanca y de los "capitanes de amigos" y concluyendo que la decadencia de la raza araucana, sumamente mezclada, explicaba el rápido término de la sublevación.

Muy recientemente, Holdenis Casanova, dentro del marco interpretativo de las relaciones fronterizas, ha insistido por una parte en una postura

¹Holdenis Casanova, *Las sublevaciones araucanas del siglo XVIII*. Ediciones Universidad de la Frontera, Temuco, 1987.

más documentada y por otra ha explicado la rebelión de 1723 como una situación ocurrida dentro del complejo mundo de la vida fronteriza. Su postura más equilibrada le debe mucho a Villalobos, como también a Barros Arana¹.

Ahora bien, de acuerdo a nuestra temática histórica nos interesa preguntarnos: ¿Cuál fue la verdadera razón del traslado de los fuertes al norte del río Biobío? ¿Fue sólo una consecuencia directa de la sublevación mapuche? ¿O fue expresión de una política defensiva bien delineada por los autores de ella?

Primero dos palabras sobre los acontecimientos de 1723 seleccionados por los historiadores y en donde hay acuerdo entre ellos:

- La sublevación se inició en forma específica para vengar afrentas e injusticias cometidas por algunos "capitanes de amigos"² en contra de los mapuches de los alrededores de Purén (Quechereguas);
- Los mapuches, dirigidos por el lonco Vilumilla no lograron generalizar la sublevación y no tuvieron éxito en sus asedios a los fuertes y en los escasos enfrentamientos con los españoles. Tampoco pretendieron destruir las misiones o atacar a los sacerdotes;
- Fuera del temor generalizado, de los rumores, de las noticias falsas, los españoles no tuvieron problemas serios de carácter guerrero, aunque sí abandonaron las misiones situadas al sur del Biobío y vieron algunas estancias asaltadas;
- Los mapuches dieron a conocer, ya en 1724, sus deseos de hacer las paces;
- Los españoles demoraron los acuerdos hasta comienzos de 1726, cuando se realizó el parlamento de Negrete;

¹S. Villalobos (*ob. cit.*, pp. 22 y 23) defiende la explicación de que la rebelión de 1723-1724 fue consecuencia de las relaciones fronterizas. Sostiene que fue un suceso realzado de manera exagerada por los contemporáneos y que a su juicio, tiene una doble explicación: lo sorprendente que resultó después de 40 años de paz y la vigencia del mito épico creado por Ercilla, repetido por los cronistas y subyacente en la mentalidad general.

²La institución de "capitanes de amigos", según el cronista Pedro de Córdova y Figueroa, *Historia de Chile*, en CHCH, tomo II, fue instituida en tiempos del teniente general Alonso de Córdoba, en el gobierno de Juan Henríquez (1670-1682). Como dice S. Villalobos, en *Relaciones Fronterizas en la Araucanía*, pp. 187-195, es muy posible que estos personajes derivasen de los intérpretes, dada cierta similitud en sus funciones y porque debían conocer la lengua de los indios. Los capitanes de amigos, según Pedro de Córdova y Figueroa, eran "ciertos españoles prácticos en sus costumbres y con ellos congeniados, y les administran justicia" (*ob. cit.*, p. 296).

- De acuerdo a lo convenido en el parlamento, interesaba a las partes reanudar principalmente el comercio. A su vez, los españoles exigieron que los mapuches declararan una vez más su lealtad al Rey, aceptaran la evangelización y ayudaran a las obras públicas de los españoles.

Por su parte, los mapuches insistieron en que hubiese un trato más justo por parte de los capitanes de amigos y de los españoles en general, les permitiesen trabajar libremente, y pedir y tener justicia ante las autoridades españolas.

El cronista Carvallo y Goyeneche ha insistido en que el maestre de campo general Manuel de Salamanca, pariente del gobernador Cano de Aponte, fue el principal causante de la sublevación, en cuanto realizaba negocios usando a los capitanes de amigos, los que causaban grandes injusticias a los mapuches. Apoyado en esta información y en otros documentos, Barros Arana interpretó los hechos exagerando la importancia de la rebelión.

En primer lugar, escribe: “en 1723 estalló una formidable insurrección de los indios araucanos que ocasionó grandes daños i que estuvo a punto de producir la ruina total de las ciudades y de las estancias del sur”¹.

Sin embargo, el relato que hace este historiador acerca de los acontecimientos contradice su valorización. Los aborígenes, excepto asaltar algunas estancias y matar a unos cuantos españoles, no lograron tomarse ningún fuerte ni impedir la llegada de refuerzos, que incluso en un primer momento no fueron numerosos. Tampoco pudieron impedir el abandono de los fuertes que eran, al decir del sacerdote jesuita Joaquín de Villarreal, “unos ranchos cubiertos de pajas i cercados de una mala estacada”. Los indios se limitaron sólo a insultar de lejos a los españoles, cuando éstos abandonaron los fuertes, sin poder atacar ni tomar nada.

Una vez producido, a fines de diciembre de 1723, el traslado de todos los hispano-criollos al norte del Biobío, los mapuches comenzaron de nuevo, según Barros Arana, sus “enredos y discordias”, no pudiendo renovar sus agresiones y volviendo a “hacer el comercio que antes mantenían con las poblaciones vecinas a los fuertes”².

Así, desde mediados de 1725 “hicieron llegar a Concepción sus proposiciones de paz”³.

Como sabemos, la paz se concertó en febrero de 1726.

El propio Barros Arana escribe —siguiendo al historiador Olivares— que el gobernador Cano de Aponte logró reunir un número importante de

¹Barros Arana, *ob. cit.*, tomo vi, p. 25.

²Barros Arana, *ob. cit.*, tomo vi, p. 46.

³Barros Arana, *ob. cit.*, tomo vi, pp. 47-48.

soldados (casi 4.000 hombres), la mayoría muy inexpertos. Se esperaba, entonces, una acción vigorosa contra los aborígenes. Sin embargo, el gobernador adoptó una conducta diametralmente opuesta, recomendó trasladar los fuertes situados al sur del Biobío a la orilla norte de él.

El padre jesuita Olivares y el coronel Carvallo y Goyeneche nos han entregado una detallada información de las razones que tuvo el gobernador para imponer su política defensiva. Los dos, sin embargo, no fueron partidarios de las medidas propuestas por Cano de Aponte.

Los argumentos del gobernador fueron:

- Los fuertes situados al sur del Biobío, causaban gastos enormes y éstos no se relacionaban con los beneficios que producían, es decir, no lograban ni la pacificación ni la civilización de los mapuches;
- Los fuertes, por el contrario, eran causa de conflictos con los aborígenes. Éstos veían en ellos la presencia invasora;
- Los fuertes no impedían los ataques de los mapuches a las estancias de los españoles situadas al norte del Biobío;
- En cambio, los fuertes reconstruidos al norte del Biobío eran fáciles de socorrer y podían ser defendidos con éxito.

Como resultado de estos argumentos, el gobernador impuso, a pesar de la fuerte oposición de los militares:

- que los fuertes situados en territorio mapuche fueran desalojados y destruidos;
- que se construyesen otros en la ribera norte del Biobío y del Laja, para impedir el paso hipotético de los aborígenes hacia el norte, es decir, hacia Concepción, Chillán e incluso más allá, hacia el Maule y el Cachapoal.

Carvallo y Goyeneche escribe¹ que “el público graduó de impremeditada i de acelerada la resolución del gobernador que de nada mas pudo servir que de impender nuevos gastos en su reedificación, i conoció que ella no tuvo otro objeto ni mas designio que contar la insurrección a toda costa, como causada inmediatamente por la codicia de su sobrino i en una gran parte por él mismo en su deliciente tolerancia i disimulo”.

A su vez el historiador Encina² señala que:

¹ *Ob. cit.*, p. 245.

² *Historia de Chile*, Ed. Ercilla, tomo VII, pp. 159-160.

no sólo había pocos deseos de guerrear entre los mapuches, sino también entre los españoles y criollos;

- además el ejército español, organizado con tantas dificultades, estaba mal armado, no tenía disciplina ni menos quería luchar.

Por estas razones, el gobernador “tomo el partido de utilizar su aparatosa presencia para imponer al enemigo y traerlo de paz”.

Cano de Aponte—comenta Encina— “comprendió que el gobierno español no tenía fuerzas, recursos ni voluntad para proseguir la pacificación”. Por esta razón, había decidido desalojar y destruir los numerosos fuertes aislados, situados en las tierras mapuches desde el siglo XVI. Además los ayudó a tomar esta decisión el hecho de que en Arauco no quedaba un solo misionero, puesto que los jesuitas habían abandonado rápidamente las misiones, al conocer “el conato de sublevación” iniciado en el mes de marzo de 1723.

Encina termina su explicación escribiendo: “la concepción de Cano y Aponte se apartaba fundamentalmente de las dos tradicionales. Difería de la de Alonso de Ribera en cuanto importaba la renuncia definitiva a la conquista de Arauco, al paso que en la de este hábil estratega sólo se retrocedía para recomenzarla gradualmente, sin dejar enemigos a la espalda. Coincidió con la del padre Valdivia en la defensa de la línea del Biobío. Pero la del jesuita tenía dos agregados: la prohibición de perseguir más allá de la raya al enemigo y la conquista espiritual de Arauco”.

Holdenis Casanova¹ hace suya la idea de Encina de que el traslado de los fuertes impedía una importante posibilidad de contacto civilizador en tierras araucanas y termina precisando “que no fue la rebelión indígena lo que obligó a dismantelar los fuertes. Parece claro que en el pensamiento del Gobernador éstos resultaban inútiles para realizar la conquista definitiva del territorio araucano”.

Según Barros Arana², “a fines de enero de 1724 quedaban despoblados todos aquellos fuertes i retiradas sus guarniciones al norte del Biobío. Dióse entonces principio a la construcción de nuevos fuertes, todos los cuales recibieron los mismos nombres de los que acababan de ser abandonados”.

Estos fuertes serían construidos en 1724 y principalmente dominarían los pasos más usados por los mapuches de la costa, como de los llanos, y que permitían el cruce del río Biobío. Igualmente, en la ribera norte del río Laja se construyó el fuerte de Tucapel para intentar detener el paso de los mapuches de la precordillera y de los pehuenches de la cordillera; con los años se comprobó que no cumplió este propósito.

¹Ob. cit., pp. 31-32.

²Ob. cit., p. 42.

El gobernador pensaba, según escribió a Felipe V el 21 de abril de 1726, que al no tener la fuerza militar necesaria para hacer la guerra a los mapuches (le bastarían 2.000 soldados para vencer a los aborígenes), el retroceso de la línea de la frontera de nuevo a la ribera norte del Biobío era una medida necesaria. Así lo entendió más tarde uno de los mejores conocedores de la frontera, el coronel Juan Ojeda, que informó varias veces sobre la frontera de Chile. En un escrito hecho en 1803 señaló: "El señor don Gabriel Cano, gobernador i capitán jeneral de este reino, meditando con la más fina atención sobre la gran dificultad de sostener estas fortalezas (las de Puren, etc.) tan lejanas dentro del país enemigo, que cada provisión de auxilios era una guerra, i cada destacamento o refuerzo de tropas costaba mucho i repetidos ataques, i que su permanencia no ofrecía mas que inquietudes de los indios, determino con mayor acuerdo abandonar este puesto...". Según Ojeda, con esta medida "i otros gratos i amistosos alicientes, logró su pronta pacificación"¹.

Que el gobernador quiso desde el primer momento la paz con los mapuches y con el toqui Vilumilla, es un hecho que surge de una información entregada por Gerónimo Pietas en 1729² y que no ha sido muy tomada en cuenta. Cuando en diciembre de 1723 el gobernador avanzó a Purén Viejo con el fin de desmantelarlo, convocó a los caciques, "vinieron luego algunos; reprehendióles mucho... y les mandó fuesen a decir al pertinaz rebelde Vilumilla, que era la cabeza de la conspiración, y a los demás caciques viniesen a pedir perdon de sus yerros... El gobernador los miraría con conmiseración y los perdonaría". Hubo una segunda reunión con los loncos, pero Vilumilla no participó por "hallarse enfermo".

Este deseo de terminar la sublevación fue reforzado por dos situaciones que hay que equilibrar adecuadamente. Una de ellas hacía referencia a los negocios que su pariente, el maestro de campo general Salamanca, tenía con algunos capitanes de amigos, lo que se comentaba y criticaba. Había entonces que terminar pronto con el levantamiento que se había originado en Quechereguas al ser muertos tres capitanes de amigos por los maltratados mapuches. La otra situación se produjo con la intervención del Rey y del Consejo de Indias, quienes en abril de 1724 recomendaron que los indios fuesen tratados "con la mayor suavidad" y en caso de injusticias provocadas por algunos españoles se procediese a castigarlos con toda severidad, "no permitiendo que a los indios en sus tratos de ponchos i demas granjerías que tuviesen, se les hagan agravios ni vejaciones...". El 30 de diciembre de

¹"Descripción de la frontera de la Concepción de Chile por el coronel Juan Ojeda".

²Ob. cit., p. 511.

1724 el Rey insistió en “que se tratase de aquietar a los indios, impidiendo todo mal tratamiento, i que se les perdonasen los delitos que habían cometido durante la insurrección”.

En este contexto debe comprenderse que la medida más inteligente era evitar cualquier enfrentamiento con los mapuches; reforzar la línea fronteriza con el río Biobío, que históricamente tenía justificación; y asegurar mediante un tratado de paz que en el futuro se podrían volver a construir fuertes al sur del Biobío, continuando la evangelización y reanudar los “conchavos” tan necesarios para los españoles, mestizos y mapuches.

La sublevación de 1723 fue el último impulso que llevó al gobernador y a sus asesores, especialmente civiles, a volver a situar la frontera físicamente en la ribera norte del Biobío. Los fuertes reconstruidos en el sector litoral y en los llanos, estaban más cerca de Yumbel y de Concepción, podían ser defendidos con prontitud en caso de ataques indígenas; incluso los colonos que comenzaban a poblar la isla de la Laja se sentirían algo más seguros, sobre todo por el fuerte de San Carlos situado frente al territorio de los llanos.

El traslado de los fuertes fue, entonces, la consecuencia de una evaluación pensada desde comienzos del siglo, como lo demuestra el informe del jesuita Covarrubias de 1708, que tenía como razón principal el convencimiento de que era impracticable la conquista de los territorios de los mapuches situados al sur del Biobío, excepto los enclaves logrados en Valdivia y Chiloé. Esta decisión, además, correspondía mejor al esfuerzo económico de colonizar definitivamente aquellos sectores aún no poblados, como los extensos territorios situados entre los ríos Laja y Biobío.

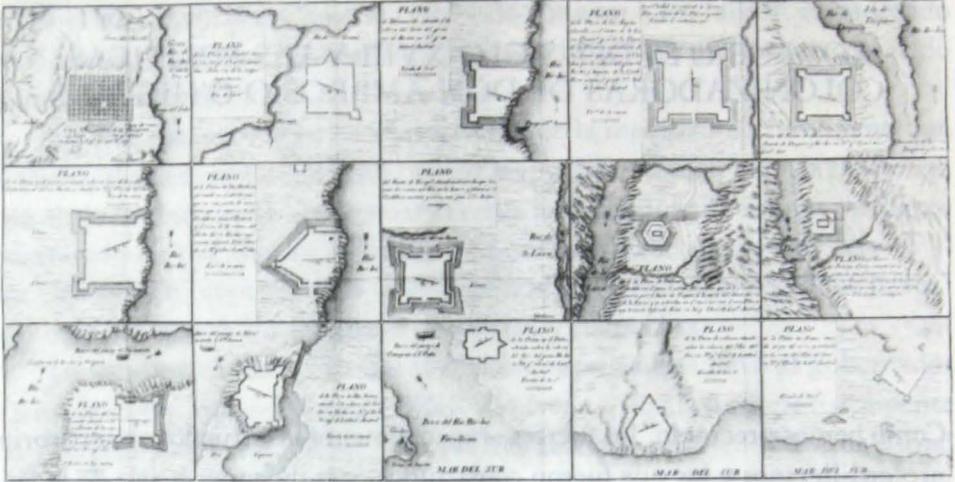
LOS FUERTES DEL SIGLO XVIII Y LAS POLÍTICAS
COLONIZADORAS DE DON AMBROSIO O'HIGGINS

Como hemos precisado, los fuertes —especialmente los situados en territorios precordilleranos y los que fueron construidos para defender la isla de la Laja de la entrada de los diferentes grupos de aborígenes— iniciaron sus actividades defensivas a comienzos de 1724. Primero fueron Purén y Tucapel. Purén fue construido en la ribera norte del Biobío, teniendo al norte el río Duqueco y frente a unos vados que permiten pasar el río sin dificultades; hoy día el camino pavimentado lo roza prácticamente antes de cruzar el Biobío por medio del gran puente construido por la ingeniería del siglo xx. El de Tucapel fue levantado al norte del río Laja y a cierta distancia de él; a su vez tiene al norte el río Huépil.

Luego, bajo el gobierno de José Manso de Velasco (1737-1745), exactamente en 1739, se buscó en el sector occidental de la isla de la Laja un sitio adecuado para concentrar la población dispersa, obviamente con su fuerte respectivo. Se confió la búsqueda y fundación de la villa al sargento mayor don Pedro de Córdova y Figueroa, también importante por ser autor de una "Historia de Chile", que hemos citado varias veces. La nueva villa, situada al norte del Biobío y a unos 24 km en línea recta, fue fundada en 1742 y se llamó Santa María de los Ángeles. Ya en 1743 la naciente población congregaba, entre colonos, soldados, comerciantes y mestizos, alrededor de 447 personas¹.

Algunos años más tarde, en 1757, el gobernador Manuel de Amat y Junient (1755-1761) ordenó levantar la villa de Santa Bárbara, en honor a la reina, con una pequeña fortaleza en el sector precordillerano del Biobío, en su orilla norte y a unos 25 km al oriente de Purén. En tiempos de este Gobernador se firmó, en el parlamento del Salto del Laja de 1756, una paz relativamente permanente con los aborígenes cordilleranos, que tuvo un corto período de excepción entre los años 1769 y 1771. Este acuerdo implicó,

¹Archivo Nacional, Capitanía General, vol. DCLXXXVIII. Véase también la *Historia de Chile* de Córdova y Figueroa, CHCh, vol. II.



Planos de las plazas y fuertes de la Frontera, Museo Histórico Nacional (1795).

entre otras cosas, la aceptación por parte de los pehuenches de la presencia de misioneros en su territorio. Se fundó en la plaza de Santa Bárbara una “hospedería de religiosos conversores del Colegio de Propaganda”, es decir, de los franciscanos, “i dos casas de conversión al cargo de los mismos religiosos, una de ellas en la parcialidad de Ruca-Alhue, i la otra en el centro de las mismas cuarenta leguas al sud este de aquella plaza en la de Lolco”¹.

Igualmente se acordó fundar una villa en el sector de Antuco. Recordemos que fray Ángel Espiñeira, en su viaje al país de los pehuenches, recorrió en enero de 1758 esta región, a petición de los propios jefes de los aborígenes cordilleranos, quienes deseaban ser evangelizados por los franciscanos. Luego de pasar por el “castillo de Tucapel” y conseguir intérpretes, pasó “con felicidad la Laja dividida en nueve caudalosos brazos y muchas ramas” y llegó “bien azotado de las malezas que cubren el camino y fatigado del calor y mosquitos a alojar a esta estancia de don Francisco Jara llamada Antuco, hasta donde desde Tucapel habrá ocho leguas”².

En el parlamento de Nacimiento, en diciembre de 1764, bajo el gobierno de Guill y Gonzaga (1761-1768), la idea central expuesta por los españoles fue el plan de reducir a los aborígenes a pueblos al sur del río Biobío; idea ésta tradicional de la monarquía, que encontramos ya en el siglo XVI y que contaba con el entusiasta apoyo de la mayoría de los jesuitas. Para mencionar uno de los textos de comienzos del siglo XVIII, bástenos citar al procurador general de la Compañía de Jesús, Antonio Covarrubias, quien en un me-

¹Carvallo y Goyeneche, *ob. cit.*, CHCH, tomo IX, pp. 295-296.

²Carvallo y Goyeneche, *ob. cit.*, pp. 234-235.

morial que envió a la Real Junta, con fecha 24 de septiembre de 1708, se refiere expresamente a la reducción de los indios a pueblos. En este importante escrito el jesuita da las razones que tienen los españoles para insistir en que los indios vivan en pueblos; las repugnancias, a su vez, que se observa en éstos para hacerlo, y los medios que habría que usar para convencer a los aborígenes que acepten esta política. Veamos los argumentos de Covarrubias:

“Manda S. M. que los indios se reduzcan a pueblos en la tierra adentro. Punto es este el principal para conseguir la conversión de estos infieles... porque las utilidades que trae consigo la vida sociable son muy poderosas, así para los efectos del gobierno político como del espiritual; pues todo ayuda, la frecuencia de la doctrina, el ejemplo de unos a otros, observancia de las leyes, el premio de los buenos, castigo de los malos, y la permanencia y continua asistencia del doctrinero que con gran facilidad, comodidad y utilidad puede dar gasto a sus feligreses...”.

Sin embargo los aborígenes tienen gran repugnancia en vivir en reducciones, “porque juzgan que estando en pueblos los han de dominar y avasallar los españoles, y temen mas este yugo que la muerte, por tener a los españoles odio mortal, acordándose de los agravios que les han hecho desde la conquista de este reino”. Además los aborígenes confirman su opinión “viendo que los primeros que se redujeron á pueblos están oprimidos, disipados y tratados peor que los israelitas en Egipto”.

Antes de discurrir una solución, el sacerdote jesuita suplica que “en nombre de los misioneros que doctrinan a estos indios reducidos” se ponga remedio oportuno y se mande “respeto a los misioneros, que aunque se oponen defendiendo a sus feligreses, no son atendidos, sino atropellado su respeto del poder secular”.

“Por último, el único medio que han discurrido algunos para facilitar se reduzcan los indios á pueblos, es que mande S. M. que los españoles y soldados que están en los presidios de Purén, Arauco y Tucapel, que es el riñon de la tierra de estos indios, y de donde reciben los mayores agravios, salgan y se muden a la raya de dicha tierra, que son las marjenes del Biobio, de esta parte donde hay tres fuertes que son San Pedro, Talcamavida y Nacimiento... y esto es más fácil estando hoy dichas plazas de adentro (es decir Puren, Arauco, Tucapel) casi arruinadas y faltas de armas y soldados”. Así la monarquía ahorrará “muchos sueldos que se gastan sin provecho; y quedando toda la tierra adentro en poder de los misioneros, que al presente sin armas se mantienen en

paz, y cesando los malos ejemplos de la milicia y los agravios que reciben los indios, podrán dichos misioneros con amor y suavidad reducirlos a vivir en pueblos”¹.

En esta argumentación de Covarrubias hay varias ideas interesantes. Primero que nada, el conjunto de sus conceptos se hermana con la que los jesuitas de comienzos del siglo XVII usaban: línea de la frontera en el Biobío, territorio libre hacia el sur, sólo los misioneros podrán recorrerlo para atraer a los infieles al cristianismo, ningún soldado o comerciante deberá pasar más allá del Biobío. En segundo lugar, las plazas militares y los presidios deberán estar al norte del Biobío, entre otras cosas porque su estado de conservación es deficiente y, por lo tanto, poco sirven a la defensa del reino y menos para el avance de la colonización. Por último, si se logra tranquilizar a los aborígenes, impidiendo que los españoles los dañen, aquéllos podrán aceptar ser reducidos a pueblos dentro de su tierra libre.

Teniendo presente lo anterior se entiende mejor las decisiones de Cano de Aponte en 1724 y de Guill y Gonzaga en 1764.

Pues bien, como consecuencia de la aprobación del proyecto defendido por el gobernador Guill y Gonzaga, se tomaron las precauciones necesarias para hacerlo posible. En primer lugar, se trasladó la plaza de Purén a la parte meridional del Biobío, prácticamente al frente de donde había estado situada en los años anteriores; igualmente se dio orden al comandante de Los Ángeles “para que desalojase de sus estancias a los españoles que las tenían sobre las riberas del Bío-Bío, i que entregase al fuego las casas, que dentro de un pequeño número de días debían estar desembarazadas para obrar... la intervención de españoles a la parte sur del Bío-Bío”².

El plan proyectaba fundar, según el cronista Carvallo y Goyeneche, más de cincuenta pueblos; cifra que prácticamente ha sido probada por el estudio ya citado de Holdenis Casanova. Ya en noviembre de 1776 el maestre de campo general Cabrito iniciaba los trabajos, apoyado por los capitanes de amigos y varios sacerdotes jesuitas. De los primeros informes favorables a la iniciativa se pasó rápidamente a la cruda realidad: el 25 de diciembre del mismo año los aborígenes del litoral y de los llanos, dirigidos por el toqui Curiñamcu, redujeron a cenizas todos los pueblos que comenzaban a levantarse.

Ante el ataque, previsible por cualquiera que conociese en algo al pueblo mapuche, sus instituciones y valores sociales y culturales, otro grupo de aborígenes, los pehuenches, aunque estaban fuertemente aculturizados con

¹Claudio Gay, Documentos, tomo I, pp. 282-285.

²Carvallo y Goyeneche, *ob. cit.*, CHCH, tomo IX, p. 321.

los mapuches, se acercó a los españoles para prestarle su colaboración. Así el cronista testigo de estos hechos, Carvallo y Goyeneche, nos relata que los caciques Pequeipill, Coliguir y Lebian se presentaron con trescientos guerreros pehuenches para participar en el castigo de los sublevados, es decir de los mapuches. Con esta acción los cordilleranos mostraban una clara independencia cultural y económica frente a los llanistas, como también lealtad a sus acuerdos con los españoles.

Como resultado de los combates producidos entre cordilleranos y llanistas murió el toqui Coliguir, y cientos de aborígenes de uno y otro bando murieron o quedaron heridos.

A raíz de estas luchas, que disgustaban al obispo de Concepción, el franciscano Espiñeira, que había sido contrario a la política de "reducción de los aborígenes a pueblos", y con el fin de terminar con la sublevación mapuche, la Junta de Guerra de Concepción, a petición del señor obispo, acordó alejar a los pehuenches de los llanistas e incluso expulsarlos de los campos y bosques de Villucura, en el sector precordillerano del Duqueco, afluente del Biobío.

Esta decisión de los españoles fue considerada una traición por los pehuenches, quienes respondieron aliándose con los llanistas, con ataques a las haciendas de los españoles. Lebian con sus pehuenches atacó, a comienzos de diciembre de 1769, la plaza de Santa Bárbara, y Pilmigeremantu (más conocido como Pilmi) derrotó a los españoles en los cerros de la hacienda de las Canteras, cuyo dueño era don Ramón Zañartu.

El 12 de diciembre del mismo año, el toqui Ayllapagui atacó la plaza de San Juan Bautista de Purén. La guarnición quedó sin víveres, puesto que los mapuches se llevaron el ganado; su capitán Bernardo Recalde pidió auxilio y avisó del mal estado de su fortificación.

Nuevamente, el 23 de diciembre, Lebian atacó Santa Bárbara, resistiendo el fuerte con dificultad y pidiendo auxilio. Sin embargo, como dice Encina, el mal manejo de la guerra tanto por parte del gobernador, como del maestro general y del obispo, y sus contradicciones, impedían el triunfo de los españoles.

En este mes tan caótico para los intereses de los españoles, se le ordena a Ambrosio O'Higgins, recién nombrado por el gobernador interino Balmaceda capitán de Dragones, construir un fortín cerca del paso de Antuco para impedir los ataques de los cordilleranos en la isla de la Laja y hasta las haciendas de Chillán.

Esta empresa se convirtió en una experiencia realmente difícil para O'Higgins, quien no tenía conocimientos militares. Los pehuenches no respetaron la fuerza militar española y prácticamente la cercaron en el

Trubunleo, en el mes de enero de 1770, dificultando la edificación del fortín.

Ambrosio O'Higgins tenía en esos momentos 49 años. Había nacido en 1720, en la villa de Ballenary (Irlanda). De religión católica, con educación en matemáticas y lenguas (entre otras, conocía el griego, el francés, el español y, por supuesto, el inglés), no tuvo dificultad en radicarse en España, en Cádiz, y dedicarse a los negocios. Éstos lo trajeron a Buenos Aires, Santiago y Lima. Una vez en Chile, en 1763, trabajó con el ingeniero irlandés Juan Garland en Valdivia y sus alrededores; luego en el camino de Uspallata, de acuerdo al proyecto que presentó de hacer refugios cordilleranos. Se le dio el nombramiento de "ingeniero delineador". Después de buscar con afán mejorar su situación, ofreciéndose en diferentes trabajos y países, comenzó a hacer carrera administrativa y militar, especialmente en la región de la frontera. Ya en 1771 era "capitán efectivo de caballería"; en 1773, teniente coronel y comandante de caballería; y en 1776 fue nombrado por el gobernador Agustín de Jáuregui maestro de campo interino en reemplazo de Baltasar de Setmanat, el que, a su vez, había reemplazado a Salvador Cabrito.

En general, toda la política decidida por O'Higgins para afrontar las diferentes situaciones fronterizas, fue acogida por el gobernador Jáuregui. El conocimiento que había obtenido de los pehuenches y mapuches le permitió aprovecharse, por ejemplo, de las constantes rivalidades que se presentaban entre los jefes aborígenes. Así logró ahorcar al mestizo Mateo Pérez, debilitó el poder del gran jefe Lebian, e incluso cuando éste fue asesinado por algunos españoles consiguió que no se produjeran reacciones beligerantes entre los nativos. Igualmente se deshizo de Aillapangui.

En 1776, una vez más, inició el traslado del fuerte de San Juan Bautista de Purén, al lado norte del río Biobío. En las márgenes norte del río Duqueco, cerca de su confluencia con el Biobío, levantó el fuerte de Mesamávida, pretendiendo así cerrar la entrada de los llanistas a la isla de la Laja.

La paz ya se había logrado años atrás (febrero de 1771), en el parlamento de Negrete. Luego se había confirmado en una reunión celebrada en Santiago, el 13 de febrero de 1772, en donde asistieron importantes toquis y caudillos mapuches y pehuenches, incluyendo a Lebian. Estas asambleas o reuniones sociales, que tenían por objetivo principal tranquilizar a los indígenas con regalos y agasajos y lograr declaraciones de fidelidad al monarca de España por parte de éstos, fueron organizadas por el brigadier Francisco Javier Morales Castejón, quien gobernaba el país en forma interina desde 1770. Éste señalaba al conde de Aranda, en una carta del 31 de marzo de 1771, que la falta de recursos para proseguir las hostilidades, el cansancio de la

población civil y el temor de encontrarse a la vez en guerra contra los mapuches y contra Gran Bretaña, lo llevaron a firmar la paz con los aborígenes.

En verdad los aborígenes se habían tranquilizado al ver que la política de construir pueblos se había detenido; sólo les molestaba la presencia del fuerte Juan Bautista de Purén en el lado sur del Biobío. Pronto, como ya lo hemos dicho, lograrían el traslado del fuerte.

El nuevo gobernador de Chile, mariscal de campo Agustín de Jáuregui, juró en marzo de 1773 ante el Cabildo de Santiago. Rápidamente inició algunas políticas que correspondían a un siglo empapado en las ideas ilustradas, en donde la razón, las leyes y la enseñanza hacían posible cualquier cambio en la naturaleza del hombre y en la sociedad. En la ciudad deberían imperar los reglamentos de policía, es decir de orden y justicia; y con los aborígenes acuerdos diplomáticos, como sucede entre naciones organizadas. Jáuregui intentó entenderse con los aborígenes a través de embajadores que elegidos de acuerdo al número de butalmapus serían enviados a Santiago. Aunque los "embajadores" llegaron y dijeron representar a sus regiones (costa, llanos, precordillera y cordillera), como no había una organización suprafamiliar, ni nacional, ni menos gobierno centralizado en cada butalmapu, los acuerdos o recomendaciones tomados y hechos en Santiago no tenían influencia al sur del Biobío. No debemos olvidar que cada "lebo" era independiente de los otros, excepto en situaciones muy especiales como defensa de enemigos o sublevaciones generales.

Igualmente la política del gobernador Jáuregui, sobre los colegios para niños indígenas, que apoyaban muchos otros funcionarios civiles y sacerdotes, no cumplió con los objetivos propuestos; es decir, transformar la cultura aborígena de acuerdo a los valores españoles de la civilización. La experiencia había comenzado en Chillán, ya en 1700, y estuvo a cargo de los jesuitas. Nuevamente, y ahora en Santiago, se abrió un colegio a cargo del presbítero Agustín Escandón; los cursos se iniciaron en mayo de 1775 con 16 alumnos mapuches enviados por el maestro de campo general Setmanat. Dos años más tarde eran 24 los alumnos: "se les vistió con sotana parda y banda verde; y se les dio una enseñanza casi idéntica a la que recibían los niños españoles de la alta sociedad"¹. Luego de algunos años de enseñanza española los hijos de caciques volvían a sus tierras y, entre los suyos, la mayoría de ellos perdían la educación impuesta.

Más efectiva para la pacificación de la frontera y para las siempre crecientes relaciones de intercambio y de comercio entre españoles, mestizos,

¹Encina, *ob. cit.*, tomo VIII, p. 19.

pehuenches, llanistas y huilliches era la política de O'Higgins, quien desde 1786 era intendente de Concepción. En medio de combates entre aborígenes, que tenían como objetivos concretos derrotar a los jefes nativos más peligrosos (Llanquítur), O'Higgins construyó en 1787 un fuerte cerca del pueblo de Antuco, al que llamó Ballenar. Como unos pocos años antes había comprado la hacienda de las Canteras, tenía especial interés en proteger este sector subcordillerano de la isla de la Laja. También al interior del río Duqueco fundó el fuerte llamado Príncipe Carlos, en el boquete de cordillera nombrado Villucura, que no debe confundirse con el situado en el alto Biobío, al norte de la unión del río Lolco y del Biobío.

En 1788 fue nombrado Gobernador de Chile, no solamente por las peticiones que él mismo había hecho a los ministros del Rey, sino porque se confiaba en su capacidad administrativa, en su personalidad fuerte y en su fidelidad intransigente al sistema monárquico español.

Luego que su política de alianza con los pehuenches llevase a la derrota de los huilliches y a la muerte de su jefe Llanquítur, el gobernador O'Higgins convocó a un parlamento para crear condiciones permanentes de paz. Éste se efectuó en marzo de 1793 en los campos de Negrete, lugar tradicional de muchas reuniones. Una vez más los aborígenes fueron bien agasajados y regalados; se estableció la paz entre ellos; se perdonó a los huilliches; se permitió el libre tránsito de los españoles por las tierras aborígenes y se restableció el comercio entre españoles e indígenas.

En este mismo año, incluso antes del parlamento, Ambrosio O'Higgins Vallenar (así se firma) mandó al capitán Juan Ojeda a reconocer las plazas y fuertes de Tucapel, Villucura (Príncipe Carlos), Santa Bárbara, San Carlos, Nacimiento y Mesamávida. Su preocupación por la situación de la frontera, por las tierras situadas al norte del río Biobío, lo llevaron a convertir la isla de la Laja en un lugar seguro para los cientos de viejos soldados que recibían tierras para trabajar. Además en este mismo año se convertía la isla de la Laja en provincia separada de Rere.

Cuando en la década de 1790, Carvallo y Goyeneche que no tenía estimación por O'Higgins, describe la provincia de la Laja, además de caracterizar su medio natural y su producción económica nos informa que la capital, "Nuestra Señora de la Ángeles", está dominada por una "plaza de armas", en donde tiene su residencia el cuerpo de dragones veteranos: "quedan en la plaza las cabezas de compañías con 100 hombres. Un escuadrón de milicias urbanas, i en 1788 se levantó otro de caballería, con cierta idea, denominada 'Las Canteras'". Se trataba de una compañía que debería preocuparse en especial de la región de Antuco, en donde recién se fundaba el fuerte de Ballenar, y de la hacienda de las Canteras, cuyo dueño, como lo

hemos escrito, era desde hacía algunos años el gobernador Ambrosio O'Higgins.

Algo más adelante¹ se refiere a la plaza y villa de Santa Bárbara: "once leguas al sureste de la expresada villa de los Angeles la plaza y villa de Santa Barbara, fundada por el Exsmo. señor don Manuel de Amat en 1758, sobre la ribera septentrional del Bío-Bío, cuyo risco le sirve de muro por el lado sur. Es gobernada por un subalterno, i guarnecida por un destacamento de 20 hombres i tiene la villa de 40 vecinos". Luego nos especifica que "de los 40 vecinos i de los demas habitantes de su distrito, se ha formado una compañía de milicias de caballería". En todo este sector, los intercambios con los aborígenes de la precordillera y de la cordillera obligaban a mantener "dos o tres balsas con los hombres pagados por el rei".

Por estos mismos años el capitán Juan de Ojeda nos informa que "en el centro de la isla de la Laja entre dos esteros nombrados Paillague y Quilque, que se derivan de los montes de la parte de nordeste de aquellos llanos, a las orillas del último se halla la Plaza de los Angeles en un plano algo inclinado hacia él. Su figura es un cuadro perfecto con sus respectivos bastiones, levantado de muro de piedra, y circuida de competente foso, y dispuesto en todas partes a una vigorosa defensa"².

Tres testigos más antiguos, el maestre de campo general del Real Ejército, don Salvador Cabrito; el veedor general don Juachin del Río; y el contador don Manuel Joseph de Vial, nos relatan cómo vieron estas mismas plazas a fines de la década de 1760, exactamente en octubre de 1768³. De Los Ángeles se escribe: "Este fuerte, se compone su fortificación de un cuadro con sus quatro Baluartes sumamente vajo, todo de tierra, de modo que la altura de la muralla se reduce a dos varas y media". Son numerosos los defectos que encuentran los visitantes a este fuerte: debe elevarse la altura de los muros a cuatro varas, hay que hacer nuevas techumbres de tejas en "un cañon de treinta varas de largo". Falta otro "cañon" o "edificio" para "cuartel de la tropa", tampoco hay "cosina general" y, por último, "los baluartes de la fortificación" necesitan de "esplanadas para el juego del cañon, como assi mismo de medias aguas para usar cañon en tiempo de Invierno".

Acerca del fuerte de Santa Bárbara señala que tiene tres "semi baluartes", un foso de ocho varas de profundidad y seis de ancho, "el que se halla en dos partes derrumbado". En general el fuerte necesita urgentes reparaciones,

¹Carvallo y Goyeneche, *ob. cit.*, CHCh, tomo x, cap. XXI, pp. 125-132.

²"Descripción de la Frontera de Chile", *ob. cit.*

³"Libreta de Revista de las obras de fortificación de las Plazas, y fuertes de la frontera", en Archivo Nacional, Capitanía General, vol. DCCCLXI, folios 128-146.

sus maderos están podridos y amenazan sus edificios de “benirse abajo, como sucedio con la Iglesia de esta valla”. Incluso en este fuerte no hay “posito de polvora”.

Otro fuerte que nos interesa es el de Tucapel. Esta plaza con nombre tan tradicional se encuentra “a orillas del caudaloso rio de la Laja, acantonada a las primeras sierras de los Andes”. El objetivo de ella es “contener las hostilidades de los pegüenches en sus frecuentes salidas por el boquete de la cordillera nombrado Antuco”. La describe Ojeda, en 1793, como “un cuadro regular con sus baluartes correspondientes, levantado de murallas de tierra, que circumvaladas de ancho y profundo foso, constituyen su defensa”. Alrededor de este fuerte, “bajo su artillería hacen residencia 25 ó 30 vecinos en población ordenada”.

Veinticinco años antes, el maestre de campo Cabrito y sus acompañantes ya citados describen la plaza de Tucapel: “se compone su fortificación de un cuadro con cuatro valuartes, y su fozo de ocho varas de ancho, y dies de profundo, todo en perfección y muy defensible”. Necesita sin embargo reparación urgente el puente levadizo, como igualmente la “Capilla Real” y las habitaciones de los oficiales, del capellán, del cuerpo de guardia, sala de armas, almacén de pertrechos, “todo esto se halla al caer y con sus techumbres, en la maior parte descubiertas”.

Comenta Ojeda “del resguardo y defensa que hace el fuerte de Ballenar colocado en el boquete de Antuco, con lo que queda dicho en la descripción de la plaza de Tucapel, se concluye que esta no tiene en el día aplicación, ni destino”.

También en las serranías se levantó en tiempos de O'Higgins, en 1788, el fuerte Príncipe Carlos, “sobre la ribera meridional del rio Duqueco... defiende el boquete de Villacura por donde se transitan los Andes para viajar a su parte oriental, i es guarnecido como el de Vallenar, por un sarjento i ocho hombres”. Nada más nos dice Carvallo y Goyeneche sobre este fuerte construido por orden de O'Higgins. En cambio, el capitán Ojeda nos entrega mayor información:

“Retirado 6 leguas del mas elevado cuerpo de la cordillera, y en el estrecho paso que deja la concurrencia de una alta peinada loma con el profundo risco del penascoso rio de Duqueco, mando V.I. formar el fuerte titulado Principe Carlos. Allí se rasgó un foso de uno a otro escarpe, y contra el del rio se corto un cuadro o reducto con dos bastiones a su frente, que estacado con robustos maderos, y zanjada firmemente su circumvalación estrecha el camino de la tierra precisamente a sus fuegos; quedando de este modo defendido y resguardado el boquete de Villucura y avenida de San Lorenzo. Su recinto comprende cuartel para

el abrigo de la tropa y almacén de provisiones de guerra y boca y una grada para tomarse el agua de su abasto”.

En Ojeda nos aproximamos a las políticas de O'Higgins cuando se explica el objetivo del fuerte: “este puesto observa de cerca las intenciones de los indios y siempre procura afabilidad y agasajo su quietud y buena amistad, y siendo preciso, por sus emisarios la solicita de las reducciones mas distantes de aquel Butalmapu”.

El pensamiento colonizador del gobernador O'Higgins, iniciado ya en la década de 1770, indujo a algunos españoles de los Ángeles a radicarse en el valle de Antuco, después de haberse logrado la paz con los pehuenches¹.

Resumiendo estas iniciativas de O'Higgins, Ojeda escribe: “haciendo juiciosa investigación del paño que comprende, calidad y circunstancia de su terreno halló que su area, circunscrita por los ríos de Bío-Bío y la Laja y cumbres de la tierra nevada” constituye “una país de los más ventajoso que podrían poblarse por nuestra parte, lo que en ningun tiempo se había logrado... formó V.I. la feliz idea de repoblar esta isla, y asegurarla de modo que no pudiera ser sorprendidos, despojados, ni saqueados sus moradores...”². Así toda la tierra, con las medidas que tomó O'Higgins a lo largo de casi 20 años, fue ocupada “de españoles que enriquecidos de haciendas con la mayor satisfacción y tranquilidad gozan de tan gran ventaja; y admirados de los progresos y adelantamientos de este país, lo ven erigido en nuevo partido de los de esta Intendencia, lisonjeándose que será el mejor de la Provincia”.

Antes que nada y en parte estimulado por los combates que tuvo con los pehuenches desde 1769, impulsó O'Higgins un plan de levantar fuertes en el sector subcordillerano, pues los actuales fuertes de Tucapel y Santa Bárbara no eran capaces de impedir la entrada de los aborígenes cordilleranos y el consecuente saqueo de las estancias de la isla de la Laja y de los sectores aledaños de Chillán. Así levantó los citados fuertes de Trubunleo, de Ballenar, del Príncipe Carlos o de Villacura. Estos dos últimos fueron especialmente valiosos para informar sobre los grupos de pehuenches que entraban a intercambiar productos: “el comercio activo de los Pegüenches con los españoles consiste en sal, ponchos, lumajes, bateas, canastas y otras drogas (sustancias varias) de poco precio; es pasivo en trigo, lana, pellejos, añil, abalorios, y alguna mercería”³.

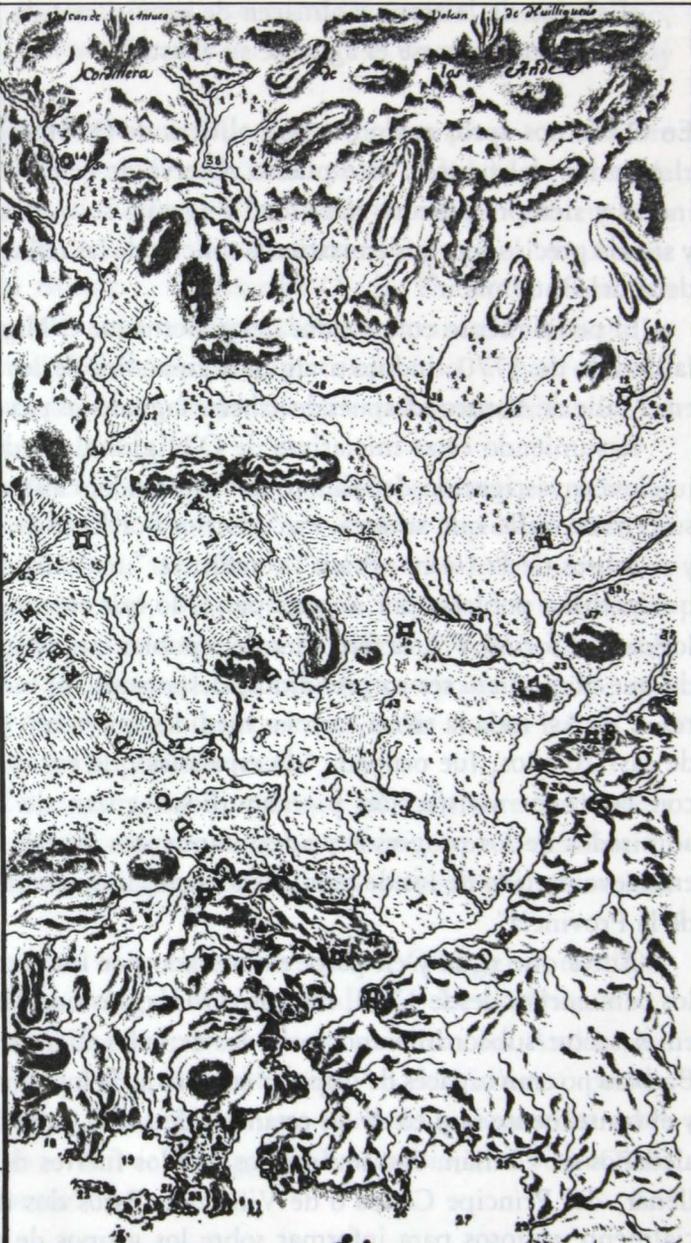
¹ Información entregada por Poeppig, *ob. cit.*

² *Ob. cit.*, pp. 41-42.

³ Ojeda, *ob. cit.*, p. 50.

Plano de las Fronteras de Chile con
 adyacencia de las mas fuertes de la
 parte de Carlos de Villuena y de D. Juan
 de Castro y de D. Juan de S. Pedro y de
 D. Juan de Villuena. P. 1. y C. 1. de
 del Rio en las caras pasas que de
 fan los impenetrables Rios de las
 partes de la Cordillera, y los escarpados
 Arroyos de las Pases de Diqueos, y de
 la alta. Con cuyas fortificaciones
 quedo enteramente cubierto, y se
 Co. y defendida la parte de cuenta
 de una linea como el mismo dibujo
 manifiesta.

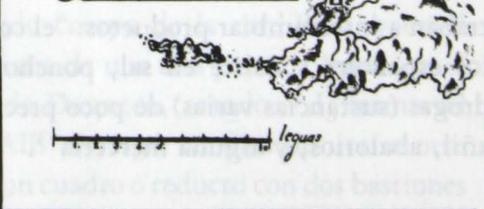
- 1 Ciudad de la Concepcion
- 2 Plaza de San Pedro
- 3 Plaza de Colonia
- 4 Plaza de C. Santos
- 5 Plaza de Santa Barbara
- 6 Plaza de Dalmavida
- 7 Plaza de Yumbel
- 8 Plaza del C. Valiente
- 9 Plaza de C. Juanavida
- 10 Plaza de los C. Angeles
- 11 Plaza de S. M. Carlos
- 12 Plaza de Santa Barbara
- 13 Fuerte nuevo el Principe Carlos
- 14 Fuerte nuevo de Ballena
- 15 Plaza de Aconcagua
- 16 Villa de S. Juan de los Rios
- 17 Villa de S. Juan de los Rios
- 18 Puente de la Derrama
- 19 Barba de la Concepcion
- 20 Antigua Ciudad de Atuco
- 21 Puerto de Dalmavida
- 22 Isla de la Luminaria
- 23 Puerto de San Vicente
- 24 Boca del Rio Uto
- 25 Lagunillas
- 26 Aldea del Coronel
- 27 Ermita de Chuco
- 28 Rio Saraguet
- 29 Rio Carapangua
- 30 Rio Tubul
- 31 Puna de Rumena
- 32 Isla de Santa Maria
- 33 Boca Rio de Oro
- 34 Rio de la Laja
- 35 Rio de Subintica
- 36 Rio de Acayana
- 37 Rio de Angel
- 38 Rio de Dubuco
- 39 Rio de Duseu
- 40 Rio de Tullacoya
- 41 Cerro de Aomeo
- 42 Cerro de Orapique
- 43 Cerro de Tullac
- 44 Cerro de Tullac
- 45 Cerro de Tullac
- 46 Cerro de Tullac
- 47 Rio Antisano
- 48 Cerro de Tullac
- 49 Rio de Tullac
- 50 Cerro de Tullac
- 51 Rio de la Polera
- 52 Rio de Aueo
- 53 Encuentro del Rio de Huta
- 54 Boca de las Capicuas
- 55 Boca de las Capicuas
- 56 Boca del Rio de la Laja
- 57 Boca de Negre



Plano de las plazas fuertes de D. Juan de S. Pedro y de D. Juan de Villuena que cubren y defienden los estrechos pasos de Carhuano y Villuena, y hacia la Aldea de Tullac



- 1 Fuerte de S. Pedro
- 2 Fuerte de Villuena



La plaza de Derrera que comprende este Paso ocupa todo el paso de D. Juan de S. Pedro y de D. Juan de Villuena, de longitud caudales del meridiano de Orense, esta entre del 5º clima de este hemisferio, y en su masa, como cuenta. 16. horas. 30. minutos.

Plano de las plazas y fuertes, principalmente de la Frontera, cuyo autor es quizá Juan de Ojeda (fines del siglo XVIII).

O'Higgins también creó un cuerpo de caballería miliciana con el nombre de *Las Canteras*, para defender expresamente la región y, obviamente, su hacienda.

Igualmente, promulgó una especie de ley de colonización, especialmente para el partido de la Laja: cada soldado, con una cantidad de años que lo convertía en un veterano, tenía derecho a recibir 25 cuadras de tierra agrícola y las vacas sin dueños que contenían. Estos veteranos del ejército deberían ser hombres casados; así el ejército tendría hombres "solteros y robustos".

Ya en octubre de 1791, en su calidad de Intendente de Concepción, O'Higgins informaba al Rey que los colonos habían progresado rápidamente por la fertilidad de la tierra. La isla de la Laja era para él una de las tierras con mejor agricultura y comercio¹.

Por último, en marzo de 1793 acordó con los principales pehuenches, don Buenaventura, Caullamante, Calbuquen, Ynayman y otros hacer "una o dos expediciones a las Salinas del otro lado de la cordillera", para así ahorrar "un gasto considerable de dinero que paga el Perú"². Tradicionalmente los Pehuenches extraían en pequeñas cantidades la sal, sea por la falta de recursos y tecnología, sea por el temor de los huilliches, sus enemigos. El gobernador O'Higgins pensaba organizar expediciones combinadas entre españoles y aborígenes cordilleranos, con la protección militar necesaria, lo que debiera producir "más ventajas que los pequeños y arriesgados que hasta ahora han excecutado". Sin embargo, este proyecto no se puso en práctica.

¹BNBM, vol. CCX; fojas 122 y 300; citados por Sergio Villalobos, *Los pehuenches en la vida fronteriza*, ob. cit., p. 136.

²ANCG, vol. DVII.

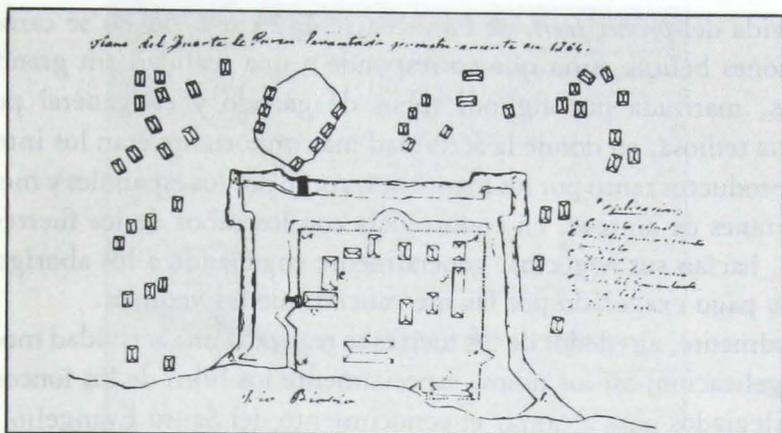
LOS FUERTES DE PURÉN Y DE BALLENDAR

Tal como lo hemos escrito y discutido ampliamente en los capítulos anteriores, el gobernador Gabriel Cano de Aponte ordenó la desmantelación de los fuertes situados al sur del Biobío, como consecuencia de la sublevación de los mapuches en 1723 y 1724. En octubre de 1723 se abandonaron San Pedro de Colcura, Arauco y Tucapel. Luego, en el mes de diciembre, ocurrió lo mismo con los fuertes de Santa Juana, Purén y Nacimiento. Rápidamente, a lo largo del año de 1724, se levantó en su reemplazo una cadena de fuertes en la ribera del Biobío, que fueron bautizados con los nombres de los destruidos o con nominaciones muy parecidas¹.

Nunca nos parecerá demasiado insistir que el conflicto entre mapuches e hispano-criollos se redujo principalmente a los años de 1723 y 1724. Además hay que recordar que no habían pasado algunos meses de los inicios de la sublevación, cuando algunos loncos mapuches empezaron a pedir las paces. Luego de reiterados mensajes enviados por éstos, Cano de Aponte reunió el 29 de enero de 1726 la junta de guerra, con asistencia del obispo Escandón y de muchos importantes funcionarios civiles, religiosos y militares, y se discutieron las doce cláusulas del tratado de paz. El 13 de febrero se dio inicio a un parlamento en los llanos de Negrete. Los araucanos se reconocieron vasallos del rey de España, aceptaron no estorbar al restablecimiento de los fuertes del sur del Biobío, si el Rey deseaba reconstruirlos, recibir a los misioneros, asistir a la iglesia, combatir a los enemigos del Rey y dar la mita para las obras del soberano. El Rey aprobó el 10 de diciembre de 1727 lo obrado por el gobernador².

¹D. Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile*, ob. cit., tomo 6, cap. v, pp. 38-44, F. Encina, *Historia de Chile*, ob. cit., tomo VII, cap. IV, pp. 159-160. Holdenis Casanova, *Las Sublevaciones araucanas del siglo XVIII*, ob. cit., pp. 28-32.

²"Real Cédula aprobando lo ejecutado para pacificar los indios de la frontera", en *Fuentes para la historia del trabajo en el reino de Chile*, de Álvaro Jara y Sonia Pinto, tomo II, Ed. Andrés Bello, 1983, pp. 80-82.



El fuerte de Purén "levantado geométricamente en 1764". Estaba situado en la ribera sur del Biobío, algunos cientos de metros aguas arriba de las actuales ruinas. Un foso lo rodeaba, que no aparece en el plano de 1775, seguramente por haberse "aterado" con la erosión de las lluvias, eterno problema de las fortificaciones de la Frontera.

A su alrededor habían surgido ranchos dispersos que debían albergar a pobladores mestizos e indígenas.

EL PRIMER FUERTE DE PURÉN

El sitio escogido para la nueva fortaleza corresponde a uno de los sectores en donde se podía cruzar el río Biobío para alcanzar el sector occidental de la isla de la Laja. Por aquí había pasado Vilumilla con sus guerreros y había tenido un encuentro bélico con el Maestre de Campo General. En los llanos situados entre el río Duqueco y el Biobío, las tropas hispano-criollas derrotaron con cierta facilidad a los mapuches sublevados. Este fue prácticamente el único combate efectuado entre los contendientes. Carvallo y Goyeneche llama a este encuentro la "batalla de Duqueco" y la describe así: "El gobernador se hallaba en esta plaza, y orientado de la resolución de Vilumilla, envió a su sobrino, el comandante general de la frontera, para que contuviese sus progresos... La actividad de este jefe aprovechó los instantes, i busco a los enemigos por los márgenes del Biobío. Se orientaron de su situación los españoles que pudieron libertarse de su furor, i dió con ellos en las lomas bajas del rio Duqueco. Observó sus movimientos, i reconocidas sus fuerzas, las atacó cuando le pareció oportuno ejecutarlo (23 de Agosto de 1723), i logró ponerles en precipitada fuga, que para salvar la vida no les dejó mas arbitrio que arrojar a las impetuosas corrientes del Biobío"¹.

¹Carvallo y Goyeneche, *ob. cit.*, pp. 239-240.

La vida del *primer fuerte de Purén* entre 1724 y 1765 no se caracterizó por acciones bélicas, sino que corresponde a una realidad sin grandes sobresaltos, matizada por algunos robos de ganado y en general por una existencia tediosa, en donde la actividad más importante eran los intercambios de productos tanto por los mapuches, como por los españoles y mestizos. Los capitanes de amigos, en connivencia con los cabos de los fuertes de la frontera, hacían sus negocios, generalmente engañando a los aborígenes, o pidiendo pago exagerado por las mercancías que les vendían.

Igualmente, alrededor de los fuertes se realizaba una actividad moderada de evangelización; así los niños, especialmente los hijos de los loncos, eran los privilegiados para alcanzar el conocimiento del Santo Evangelio.

Como consecuencia del terremoto de 1730 y de algunos inviernos muy lluviosos se produjeron deterioros en los fuertes del sur.

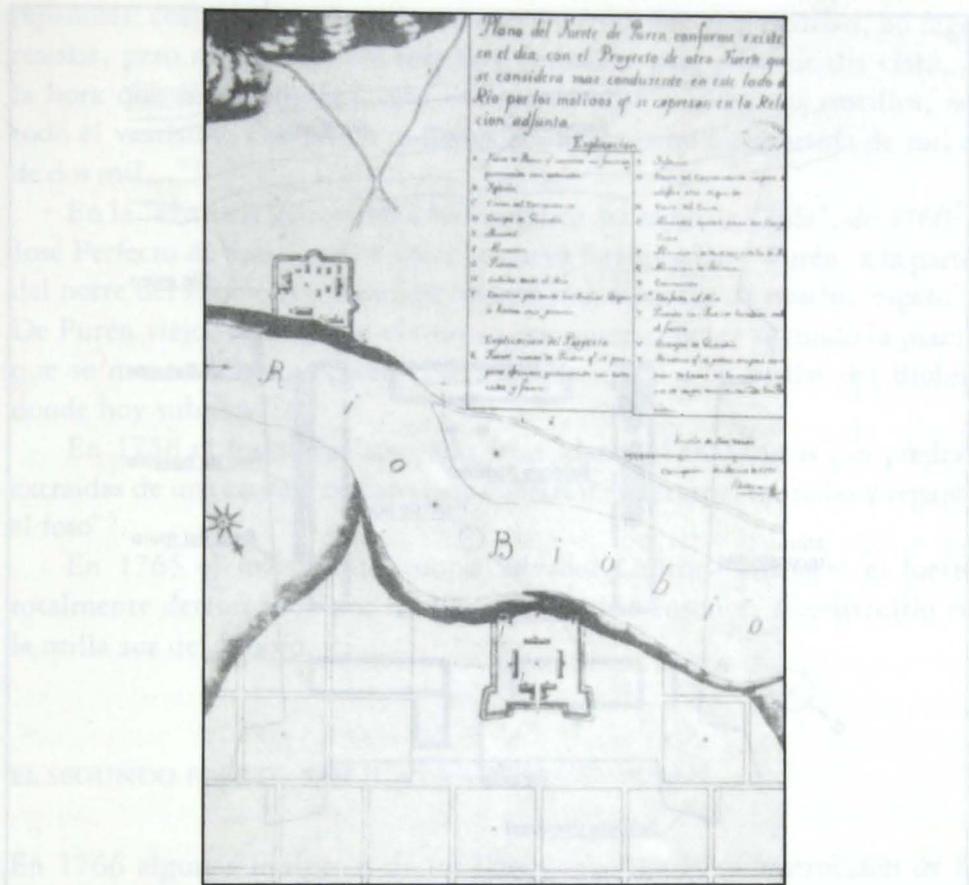
En el gobierno de José Antonio Manso de Velasco (1737-1745) se celebró el parlamento de Tapihue (diciembre de 1738); se ratificaron los acuerdos de 1726 y se insistió en que los aborígenes permitieran la entrada de los misioneros jesuitas a sus tierras. Terminado el parlamento, el gobernador Manso de Velasco recorrió la frontera y los fuertes. Hizo reconstruir el de Santa Juana y reparó algunos fuertes, incluyendo el de Purén. También le envió un plano incompleto de la frontera. En carta del 28 de febrero de 1739 le escribía al Rey: "Por este mapa se enterará V.M. de que por lo poco respetable de ellas (las fortificaciones), por razón de la situación en que se hallan construídas, siempre está expuesta esta frontera a las voluntariedades i antojos mui consentidos de los indios, que muchos años há pudieron estar reducidos a pueblos..."¹.

En los documentos de estos años aparecen una y otra vez las acusaciones de los aborígenes contra los cabos de los fuertes, por robarles y engañarlos, especialmente en el comercio de ponchos. En 1743, los caciques Juan Guayquimilla y Antonio Quinchamala acusaron a Domingo de León, cabo de la plaza de Purén, de haberles robado 70 yeguas con sus crías, 8 ponchos y 3 pellones nuevos².

En el gobierno de Domingo Ortiz de Rosas (1745-1755) se convocó un nuevo parlamento en Tapihue, el 22 de diciembre de 1746. En esta asamblea se le exigió a los araucanos que no pasasen a la banda opuesta de la cordillera para hacer correrías con los indios pampas. Además se les exigió a los caciques que acudiesen "con las mitas acostumbradas para reedificar

¹BNBM, vol. 184, fols. 271-272.

²Dato entregado por Luz M. Méndez, "Trabajo indígena en la frontera araucana de Chile", p. 224, en "Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas", Böhlau Verlag, Köln Wien; 1987. En este trabajo la autora hace uso de documentación que también nosotros trabajamos.



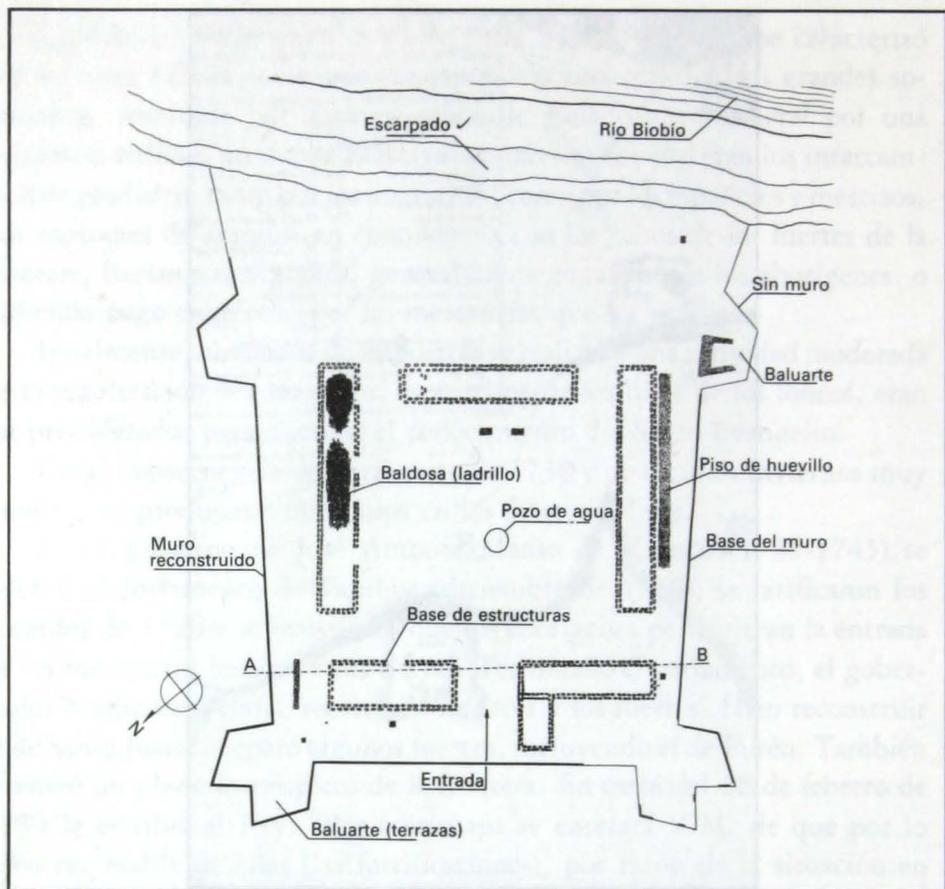
El fuerte de San Carlos de Purén. En la parte superior izquierda el fuerte existente en 1775, situado sobre la ribera sur del Biobío. Abajo, el fuerte que se proyectaba y la traza para formar la villa.

los antiguos fuertes". Esta exigencia era una reiteración de lo acordado en 1726 y en la junta de guerra de 1738, cuando el sargento mayor Pedro Illanes señaló que el butanmapu del sargento mayor debía acudir con mita a la plaza de Purén¹.

Hacia 1750 el doctor José Perfecto de Salas, en su informe del reino de Chile, menciona varias veces el fuerte de Purén, "que los capitanes que hiciesen dicha correría sean los que deban residir en los cuatro fuertes principales y más avanzados que son Arauco, Santa Juana, Yumbel y Purén². Luego, en la "distribución de situado y nueva planta que se puede dar al

¹BNBM, vol. CLXXXIV, fol. 211, Informe de Pedro Illanes.

²Ricardo Donoso, *Un letrado del siglo XVIII*, el doctor José Perfecto de Salas, Universidad de Bs. Aires, 2 tomos, p. 125, Buenos Aires, 1963.



Planos del Fuerte San Carlos de Purén

ejército”, escribe: 12 capitanes que han de ser cabos de los fuertes de Arauco, Purén, Yumbel y Santa Juana con 600 pesos cada uno”¹.

El doctor José Perfecto de Salas hace también una crítica al comportamiento de los soldados fronterizos, y pide reducir el ejército de la frontera, lo que permitiría un ahorro de más de la mitad del situado: “De esta relación en compendio del estado que hoy tienen los indios vuelvo a hacer reflexión sobre lo inútil y perjudicial del ejército y la infructuosa distribución de los cien mil pesos anuales. Lo inútil se persuade porque como ya he dicho no hay en la realidad tal ejército y los pocos fragmentos del que se conservan esparcidos en los fuertes de la frontera no se les encontrará destino porque estos no sirven de sujetar a unos indios que ellos por sí están sujetos y no piensan trascender los límites, sino en mantener el comercio franco con los

¹ *Ob. cit.*, p. 126.

españoles; cuando ellos proyectaron alguna irrupción, mal podrían, no digo resistir, pero ni servirles del más leve embarazo para pasar de día claro, a la hora que se les antojara, por encima de ellos y todos sus castillos; no todo el vastísimo cuerpo de millones de indios, sino una partida de mil o de dos mil..."¹.

En la "Historia geográfica e hidrográfica del reino de Chile", de 1760², José Perfecto de Salas escribe sobre la nueva fortificación: "Purén, a la parte del norte del Biobío, es plaza importante y siempre fue de mucho respeto". De Purén viejo, escribe: "es el sitio en que antiguamente se fundó la plaza, que se mantuvo hasta el año 1723, que se mudó a las orillas del Biobío donde hoy subsiste".

En 1758 el fuerte fue reparado "trasladando 4.000 carros con piedras extraídas de una cantera cercana para construir su escarpe, murallas y reparar el foso"³.

En 1765 el maestro de campo Salvador Cabrito "encontró el fuerte totalmente derrumbado por las lluvias". Sugirió entonces reconstruirlo en la orilla sur del Biobío.

EL SEGUNDO FUERTE: SAN JUAN BAUTISTA DE PURÉN

En 1766 algunos indígenas de los llanos solicitan la reconstrucción de la plaza de Purén el sur del Biobío, según la información que entrega el maestro de campo Salvador Cabrito. También el gobernador Guill y Gonzaga envió carta al Rey, firmada el 17 de febrero de 1766, mencionando esta petición. Debemos suponer entonces que en este año se efectuó el traslado del fuerte a la otra orilla del río, algo hacia el oriente⁴. Sin embargo, es casi obvio que esta solicitud de los mapuches recordada por los españoles correspondía más al deseo de éstos de avanzar hacia el sur para cultivar en "tierras de lomas prodigiosas", y para hacer posible la reducción de los mapuches a pueblos.

El cronista Carvallo y Goyeneche escribe que en el invierno de 1766 el gobernador Guill y Gonzaga tomó todas las precauciones que le parecieron

¹ *Ob. cit.*, p. 123.

² R. Donoso, *ob. cit.*, pp. 135-166. Ver también RCHG, Nos. 53-62 (1924-1928).

³ Archivo Nacional Contaduría Mayor (ANCM), vol. 1058: "Expediente sobre la reparación de las plazas de la frontera en 1758".

⁴ ANAG vol. 48, pza. 58: "Actas sobre la reedificación de las plazas de Purén el Nuevo y el Viejo, como también para fortificar Toltén".

adecuadas para apaciguar a los mapuches y de adelantar su política de fundar pueblos indígenas. "Se trasladó la plaza de Purén a la parte meridional del río Biobío sobre su ribera, i la situación en paraje donde no se verifica el objeto de las fortificaciones de aquella frontera, difícil de reconocerla en caso necesario, i no hacía allí con la de Santa Bárbara, aquel cordon tan indispensable para contener las irrupciones de los indios"¹.

Esta cita de Carvallo y Goyeneche está no sólo comprobada por la descripción del maestro de campo general Cabrito, que copiamos algo más adelante, sino por las búsquedas que hemos hecho en el terreno para ubicar estas dos plazas de Purén.

En resumen, podemos señalar que el sitio escogido era de difícil acceso y no cumplía con los objetivos militares. En los dibujos de los ingenieros la plaza militar aparece junto al río Biobío, lo que no era efectivo, puesto que estaba alejada de él más de 150 m y a una cierta altura, rodeada de árboles que no la hacían visible.

En este mismo año de 1766, por intentar las autoridades aplicar el proyecto de fundar pueblos indígenas, los araucanos iniciaron una sublevación para impedir la fundación de Angol, Miminco y Huequén y de otros cincuenta pueblos aborígenes. Estos ataques no eran exactamente acciones bélicas continuadas; tanto de una parte como de la otra se hacían esfuerzos por alcanzar la paz, haciéndose promesas mutuas que luego no se respetaban. A los pocos meses de la rebelión, que se inició en diciembre de 1766, se prometió a los indios araucanos abandonar el proyecto de poblaciones y retirar a todos los españoles de sus tierras. Sabemos que esto no ocurrió², puesto que en 1769 el fuerte San Baptista de Purén fue sitiado por los araucanos. En 1770 encontramos un documento que describe con detalle el fuerte sitiado en la orilla sur del Biobío. Con fecha 25 de enero leemos en el informe titulado "Estado de la artillería, armas y pertrechos del fuerte de San Baptista de Purén"³ que este fuerte estaba "cercado con setecientas cincuenta estacas y en postigo, dos llaves corrientes y cuatro baluartes de madera y alrededor de dicha estacada en tres lienzos techados con tejas sus medias aguas". En el fuerte había un galpón para alojamiento de los soldados, de 26 varas de largo, constituido sobre postes y techado con tejas, coligües y barro. Había una casa para el comandante y un galpón que servía de

¹Carvallo y Goyeneche, *ob. cit.*; tomo IX, p. 321.

²"Libreta de revista de las obras de fortificación de las plazas y fuertes de la frontera, hecha por el Maestro de Campo General del Real Ejército Don Salvador Cabrito, en consorcio del veedor general Don Manuel Joseph de Vial, iniada en 10 de octubre de 1768". ANCG, vol. 823, fols. 128-146.

³ANCG, vol. DCCCLXI.

cuartel a los oficiales y soldados, una casa para el guardia y una capilla. La guarnición militar del fuerte estaba compuesta por 5 oficiales y 24 soldados de infantería; 2 oficiales y 19 soldados de caballería; 6 oficiales y 130 soldados de milicia; 18 indios (1 capitanejo y 17 mocetones) y 2 balseros. Había 3 cañones de servicio, 76 fusiles, 16 arcabuces, 11 mosquetes, 3.850 balas de fusil, 11 arrobas de pólvora de fusil, 9,5 para artillería; 44 azadones, 18 palas, 11 barretas, 200 tablas, 2 yuntas de bueyes, 10 libras de acero, etcétera.

La descripción que hace el maestro Salvador Cabrito, el 21 de octubre de 1768, complementa la información. Escribe Cabrito que “esta plaza se compone su fortificación de un cuadro de estacada de cincuenta y cuatro varas¹ de largo cada lienzo, con tres baluartes y un foso de tres varas de ancho y tres de profundo.

“Las cortinas² del sur, este y oeste tienen por la banda interior sus medias aguas de teja que sirven de habitación para la tropa y al mismo tiempo de hacer fuego de fusilería en caso de ofrecerse.

“El cuadro del centro se reduce a un cañón³ de treinta varas con su techumbre de teja, sus paredes de empalitada y embarrado, que lo habitan el Capellán de la Plaza y oficiales subalternos; otro de la misma naturaleza con techumbre de paja que sirve al Comandante; otro de veinte y ocho varas de la misma especie, dividido por la mitad, que sirve el uno de cuerpo de guardia principal, y el otro se asignó para capilla real... el otro frente que compone el cuadro es de la misma especie y sirve de cuartel para los milicianos...”.

“En lugar separado se halla el posito de la polvora, que se compone esta oficina de seis varas de largo y cinco de ancho y su techumbre de teja”.

“Se halla compuesta la subida del muelle a la plaza, que dista de cuadra y media, y se conoce la fuerte labor que se hizo por lo pino⁴ del cerro y la fuerza de peñascos que se quitaron”.

Termina la descripción el Maestro de Campo General, señalando que “la fortificación de esta plaza, sus habitaciones interiores todas son provisionales”, puesto que ella no se encuentra en el lugar donde debe construirse en forma definitiva. De lo que se puede concluir que los planos que fueron hechos por los ingenieros de la época no muestran exactamente el lugar donde estaba la segunda plaza de Purén: ellos sitúan la plaza junto al río Biobío, lo que de acuerdo al texto citado de Cabrito era falso.

¹Vara: en Castilla, 0,835 (0,84) m.

²Cortina: lienzo de muralla entre baluarte y baluarte.

³Cañón: espacio en las murallas, edificio.

⁴Pino-a: muy pendiente, cuesta bastante pina (pendiente).

El brigadier Fco. Javier Morales y Castejón, gobernador interino (1770-1772), convocó a los araucanos a un nuevo parlamento en Negrete, en febrero de 1771; esta reunión fue necesaria porque no se contaba con un ejército con los recursos mínimos para proseguir las hostilidades contra los aborígenes pehuenches y araucanos. Aprovechando su estada en la región, recorrió los fuertes del río Biobío y observó que el fuerte de San Baptista de Purén estaba muy ruinoso y "mal parado". Estimó que éste no cumplía ninguna función defensiva, incluso provocaba problemas con los aborígenes, en cuanto éstos desconfiaban del objetivo del fuerte y creían que tenía como finalidad agruparlos en pueblos. Por estas razones propuso al rey Carlos III, en 1775, que el fuerte fuera trasladado a su antiguo sitio, donde existía aún el foso y la muralla. El ingeniero Leandro Badarán diseñó los planos¹.

El 25 de febrero de 1776 se dispuso la reconstrucción de una "plaza militar en el antiguo lugar"². Este dato está en contradicción con la información transcrita más arriba y cuyo autor es Juan Ojeda, quien sólo escribe que el primer fuerte se construyó cercano a la situación del presente. Igualmente Carvallo y Goyeneche sostiene que el fuerte San Carlos se ubicó "una milla más abajo de su antigua situación"³.

Ahora bien, el estudio de campo, la búsqueda de este primer fuerte (especialmente en el sector del fundo de la familia Lapostol, ex "Natalia", puesto que la tradición así lo señala e incluso el señor Keller en el libro *El Laja, un río creador* presenta una foto como prueba) no permitió identificar ningún vestigio cultural de él.

EL TERCER FUERTE: SAN CARLOS DE PURÉN

Los trabajos de construcción del fuerte se iniciaron el primero de mayo de 1776 y continuaron hasta marzo de 1777⁴. Sin embargo, el 20 de febrero de 1777 se efectuó el traslado de la gente y pertrechos del fuerte San Baptista de Purén al de San Carlos de Purén.

En enero y febrero de 1793 Juan de Ojeda describe la "Plaza de San Carlos". Recuerda que fue en tiempos de don Ambrosio O'Higgins Vallenar cuando el fuerte se "traslado con muchas ventajas a la que hoy ocupa". No

¹BNBM, vol. CXCII, fojas. 263-266.

²BNBM, vol. CXCII, CXCVI y CXCVII (foj. 63; informe del gobernador Jáuregui sobre el estado de la plaza de Purén).

³Carvallo y Goyeneche, *ob. cit.*, tomo x, p. 127.

⁴Véase trabajo citado de Luz M. Méndez, pp. 231-239.

Fotos del fuerte San Carlos de Purén y de la villa San Carlos.



olvidemos que fue bajo el gobierno de Agustín de Jáuregui (1772-1780) y debido a las recomendaciones del maestro de campo O'Higgins, que "se emprendió el complemento y el refuerzo de las líneas de fuertes que resguardaban la frontera". Sin embargo, por la decisión de O'Higgins, que influía mucho en el gobernador, se había terminado la plaza de San Carlos de Purén.

Según Ojeda, San Carlos de Purén es "un cuadrilongo con dos bastiones a su frente, y las de ellos, cortadas con ángulos retirados, y en el punto de la cuadratura de sus costados, dos nuevos baluartes, cuyas líneas franqueadas continúan salientes hasta el risco del río que sirve de espada a todo el recinto, que se ve guarnecido de fuerte estacada y ancho profundo foso, y en el mejor estado de defensa... La iglesia parroquial de este curato nuevamente erigido y separado del de Santa Bárbara al que anteriormente pertenecía, está dentro del recinto de la plaza, con las demás piezas correspondientes al alojamiento de tropas, y repuestos de municiones de guerra y de boca"¹.

El mismo Ojeda amplió su informe en 1803². El fuerte de Purén fue trasladado al norte del Biobío y cambió dos veces más de situación, hasta ocupar un amplio rectángulo con dos bastiones en su frente y medio bastión sobre el risco del río. Está rodeado de fuertes estacadas unidas entre sí, con una banquetta³ en la parte exterior, la que llega hasta el borde del foso. El cuadro tiene 85 varas de longitud en cada costado y está edificado en todos sus contornos, llevando sus edificios corredores a uno y otro lado, dejando libres los rampares necesarios. Al centro queda una plaza de armas que mide 55 varas por costado. Hay habitaciones para el comandante y los oficiales, cuarteles grandes, caballerizas, un cuerpo de guardia, almacenes, iglesia, pieza curial y otras dependencias. Hacia el risco queda un espacio desocupado donde se encuentra la cocina, el almacén de pólvora y hay una grada para bajar al río.

Ahora bien, la planta de la plaza que presentamos, el estudio de sus estructuras, las medidas tomadas y la limpieza del sector, permitieron ubicar la mayoría de las habitaciones, sus entradas, la iglesia con su cementerio, etcétera.

Luego de la guerra de la Independencia la plaza fue abandonada; lo mismo ocurrió con los fuertes situados en el interior de la región de la Laja.

¹Juan de Ojeda, *ob. cit.*, p. 54.

²"Informe descriptivo de la frontera de la Concepción de Chile", en Biblioteca Geográfica-Hidrográfica de Chile, Santiago, 1898, de Nicolás Anrique.

³Obra de tierra o mampostería prolongada que sirve a los soldados para protegerse.

Por su disposición, estructuras, dimensiones amplias, San Carlos de Purén fue la plaza más grande y mejor construida en el distrito de la Laja. Su entrada amplia, encontrada gracias al estudio de terreno, muestra que por ella podían hacerlo grandes carretas tiradas por bueyes que traían materiales de construcción desde Santa Bárbara, a unos 26 km al oriente, siempre por las orillas del Biobío. Las entradas de las estructuras interiores también son amplias, especialmente las pertenecientes a la iglesia (4 m). El estacamiento, en una superficie de más de 6.000 m² (cada estaca situada aproximadamente a 1.50 m) se hace a más de 2 m de altura sobre el ancho foso oriental y sobre 3 m del sector occidental del foso.

La plaza de San Carlos de Purén, situada hoy día junto a la carretera longitudinal inmediatamente al sur del actual pueblo de San Carlos, está en una terraza fluvial que oscila entre 30 y 36 m de altura sobre el río Biobío. La vista de los alrededores es impresionante y muy extensa; quien dominaba la plaza dominaba el paso del río y controlaba todo el amplio sector (véase plano y perfil).

Así ocurrió a fines del siglo XVIII, cuando la paz se había enseñoreado en la región, haciendo cada vez más intensa la incorporación del elemento aborigen a la vida fronteriza y, por lo tanto, al mundo del mestizaje y de los chilenos-españoles.

En la actualidad, debido a los trabajos de limpieza y restauración que se efectuaron a mediados de la década de 1970, el fuerte de San Carlos de Purén ofrece al visitante los muros exteriores reformados y el nivel del suelo interior rebajado.

En nuestros trabajos de medición, levantamiento, dibujos de la planta y de los perfiles, etc., nos acompañaron dos canteros que trabajaron en los años de 1975-1977 cuando se "reconstruyó" el fuerte; incluso nos mostraron los certificados que recibieron como especialistas en cantar piedras.

Por esta razón, los muros exteriores ofrecen una técnica de trabajo de la piedra que, nos parece, no corresponden a la realidad del siglo XVIII. En cambio, un muro de casi 10 metros de largo situado dentro de la plaza fortificada al nororiente, podría ser un buen ejemplo de la técnica usada en las piedras: se trata de piedras canteadas burdamente; igualmente, algunas bases del muro exterior situado en el sector nororiente muestran un trabajo diferente al muro compuesto por piedras rectangulares, bien alineadas, incluso con restos de perforaciones en donde se depositaba la dinamita para hacerlas explotar, en el cerro Los Cristales.

También los baluartes situados en el sector norte especialmente el orientado al nororiente fueron rellenados con la tierra del interior de la plaza, en tal cantidad que los muros exteriores se están reventando.

Los canteros de mediados de 1970 nos relataron que se excavó alrededor

de 50 a 60 cm de profundidad, ya que la superficie del fuerte estaba cultivada.

En estas excavaciones, en donde no había control especializado, se encontraron restos óseos humanos, balas de cañón y piedras arrojadas.

En resumen, lo que el visitante actual observa en el fuerte de San Carlos de Purén está alterado, por lo menos parcialmente, por los trabajos efectuados en la década de 1970.

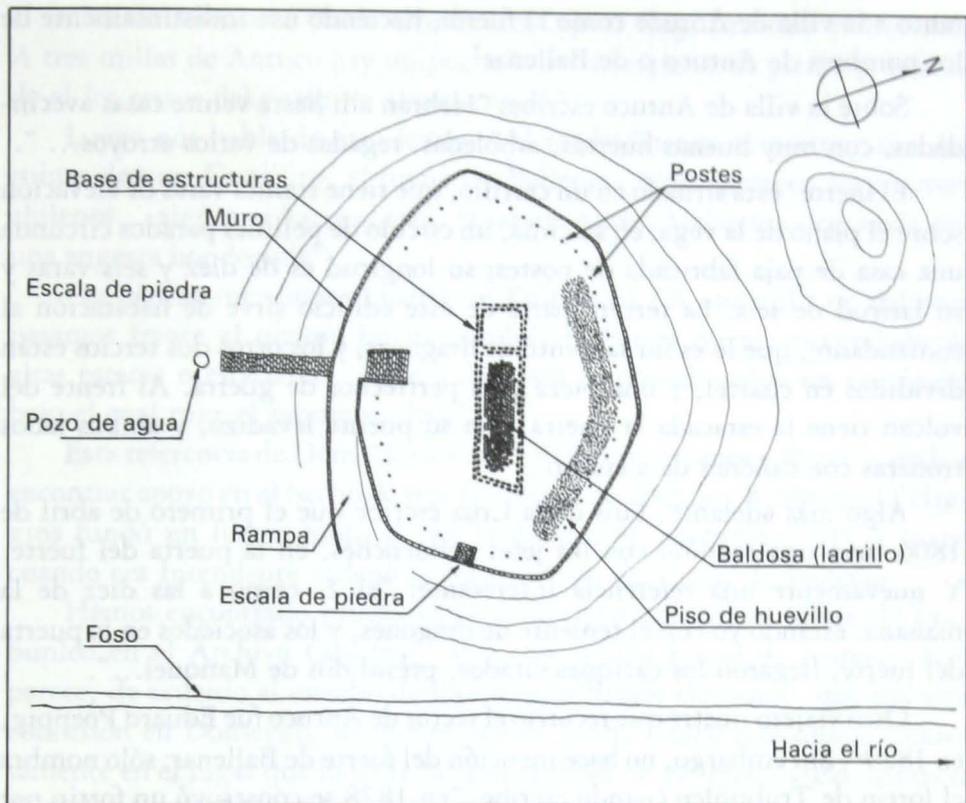
EL FUERTE O FORTÍN DE BALLENDAR (ANTUCO)

Como ya lo hemos escrito, el fuerte de Ballenar –situado a poco más de 4 km al oriente de la aldea de Antuco, de acuerdo al actual camino– fue construido por orden del intendente Ambrosio O'Higgins a fines de 1787, “costeando él mismo los gastos, por cuanto este fuerte resguardaba la extensa hacienda de las Canteras, que era su propiedad particular”¹.

En 1793 el capitán don Juan de Ojeda, en su *Descripción de la frontera de Chile*², escribe: “Cuando V.I. estuvo destinado en la guerra del año pasado de 70, a la defensa de este mismo desfiladero, formó provisionalmente cerca del estero de Tabonlebo (Tubunlebu) una castillejo para su resguardo, en donde sostuvo el crudo ataque de los indios, que con su ardor le invadieron; y experimentando en él la pensión [molestia] de las nieves de la invernada, provino que la presente fortificación se retirare de aquella para excusarla de tal molestia en cuya consecuencia se estableció en el lugar que ocupa”. Refiriéndose correctamente al fortín de Ballenar, informa: “Esta fortaleza situada en el boquete de cordillera nombrado Antuco, cierra el paso a los indios Pegüenches, permitiéndole libre en tiempo de paz al comercio con los españoles. La dispuso V.I. sobre un cerrillo que se ve en el centro de la abra que forman dos escarpadas sierras que dan estrecha salida al río de la Laja, de entre aquellos nevados promontorios, contando desde el borde de sus aguas, hasta el risco de la parte del Sur un competente foso, en cuya medianía se colocó un puente levadizo que conduce el camino de aquella nación a las puertas de la fortaleza; y no quedando vereda que no se reúna y sujete a sus fuegos, se halla enteramente cubierta esta avenida. Su figura es un exágono prolongado conforme a la que ofreció la forma de la pequeña altura que ocupa, formando a estacada y escarpe suficiente, y aún insuperable

¹Barros Arana, *ob. cit.*, tomo VII, cap. XVII, p. 52.

²*Ob. cit.*, pp. 48-49.



Planta del fuerte de Ballenar (febrero de 1990).

tal defensa a la fuerza de este enemigo. Contiene una pieza proporcionada al abrigo de la tropa que allí se destina, y la necesaria al repuesto de víveres y municiones”.

Para Ojeda queda claro que este fuerte, por su importante ubicación geográfica, dejó sin función ni destino al fuerte de Tucapel situado al norte del río Laja y al occidente de Ballenar. En 1803, el mismo Ojeda precisó algunas descripciones del fuerte al señalar que el recinto era tan estrecho que había dificultades para manejar el cañón y las armas, y que no permitía recibir refuerzos. Ojeda aconseja rodearlo de una segunda estacada gruesa y firme. En los terrenos vecinos podría establecerse una colonia cuyos habitantes estarían en condiciones de apoyar la defensa del fuerte en caso de ataques de los pehuenches.

Tres años más tarde, en 1806, don Luis de la Cruz, al describirnos su viaje desde el fuerte Ballenar hasta la ciudad de Buenos Aires, se refiere

tanto a la villa de Antuco como al fuerte, haciendo uso indistintamente de los nombres de Antuco o de Ballenar¹.

Sobre la villa de Antuco escribe: "Habrán allí hasta veinte casas vecindadas, con muy buenas huertas, arboledas, regadas de varios arroyos...".

El fuerte "está situado en un cerrillo, que tiene treinta varas de elevación sobre el plano de la vega; en su cima, un círculo de pellines parados circunda una casa de paja fabricada de postes; su longitud es de diez y seis varas y su latitud de seis. La tercera parte de este edificio sirve de habitación al comandante, que lo es un sargento de dragones; y los otros dos tercios están divididos en cuartel, y una pieza para pertrechos de guerra. Al frente del volcán tiene la estacada la puerta, con su puente levadizo, y ambos lados troneras con cañones de a cuatro".

Algo más adelante, Luis de la Cruz escribe que el primero de abril de 1806 tuvo una reunión con los jefes pehuenches, en la puerta del fuerte. Y nuevamente una referencia interesante: "el 2, como a las diez de la mañana, estando yo con el teniente de dragones, y los asociados en la puerta del fuerte, llegaron los caciques citados, presididos de Manuel...".

Otro viajero ilustre que recorrió el sector de Antuco fue Eduard Poeppig, en 1829². Sin embargo, no hace mención del fuerte de Ballenar; sólo nombra el fortín de Trubunleo cuando escribe: "en 1828 se construyó un fortín por el gobierno chileno de 30 hombres". Este fortín se levantó en el mismo lugar del antiguo fuerte del siglo XVIII que fue quemado por los pehuenches en 1770. De todos modos, el libro de viajes de Poeppig nos entrega importante información sobre los senderos de los pehuenches y sobre el poblamiento de Antuco. Así por ejemplo escribe: "Hasta ahora faltaba la aldea de Antuco en todos los mapas, pero aparece en la carta original, ya mencionada, de Poncho Chileno, como población proyectada". Don Ambrosio O'Higgins impulsó, en 1772, a diversos campesinos de Los Ángeles a radicarse en esta región, a fin de cerrar el boquete que conduce al territorio indígena.

Poeppig también recuerda que en 1822 la aldea de Antuco "fue quemada por bandas enemigas".

En 1845 don Ignacio Domeyko recorrió también el valle de la Laja y

¹"Viaje a su costa, del alcalde provincial del muy ilustre Cabildo de la Concepción de Chile, D. Luis de la Cruz", en *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del río de la Plata*, 2da. edición, tomo I., Bs. Aires, 1910, dirigida por Pedro de Angelis, pp. 8-9.

²*Un testigo en la alborada de Chile*, ob. cit.

el sector de Antuco¹. “Todo el valle del Laja es singularmente pintoresco. A tres millas de Antuco hay un pequeño fortín español de piedra y delante de él los restos del parapeto semiderruido”.

Luego nos habla de otro fortín: “Al mediodía nos detenemos ante las ruinas de otro Castillito, el fuerte de Ballenar. Aquí aparecen los cipreses chilenos... algo mas hacia el este, el rapido arroyo Malalcura desciende por una angosta hondonada”.

Por último menciona el fuerte de Trubunleo: “A una milla de Ballenar pasamos frente al ultimo fortin español, el Fuerte Viejo, circundado de altas estacas o estacadas... Este fortín está emplazado sobre un precipicio bajo el cual ruge el espumoso Laja”.

Esta referencia de Domeyko a dos fuertes muy cercanos a Antuco, podría encontrar apoyo en el hecho de que el capitán de dragones Ambrosio O'Higgins fundó un fuerte junto al río Trubunleo en enero de 1770, y luego cuando era Intendente ordenó la construcción del fuerte de Ballenar.

Hemos encontrado prueba clara de la construcción del fuerte de Trubunleo en el Archivo Gay (vol. 36)², no así del fuerte de Antuco. Nos parece, de acuerdo al estudio de terreno que hemos efectuado, que hay una confusión en Domeyko, ya que el primer fuerte citado está ubicado exactamente en el lugar que hoy día lleva el nombre de Ballenar, a una distancia de algo más de 4 km de la aldea de Antuco.

Lo primero que se piensa es que la aldea de Antuco haya tenido un sistema defensivo, en donde podían participar los 190 soldados que cita Villalobos³ y que ahora no se encuentra por el importante crecimiento que ha tenido el pueblo.

Sin embargo, la información entregada por el propio Ambrosio O'Higgins, constructor del fuerte de Trubunleo (Tubunléu) aclara la situación de los fuertes⁴:

- a) Primero tenemos el fuerte construido en enero de 1770 por O'Higgins y atacado por los pehuenches el 18 de enero, cuando se estaba construyendo;
- b) A fines de enero el fuerte estaba terminado;
- c) O'Higgins, al referir la batalla, que duró alrededor de 6 horas, escribe

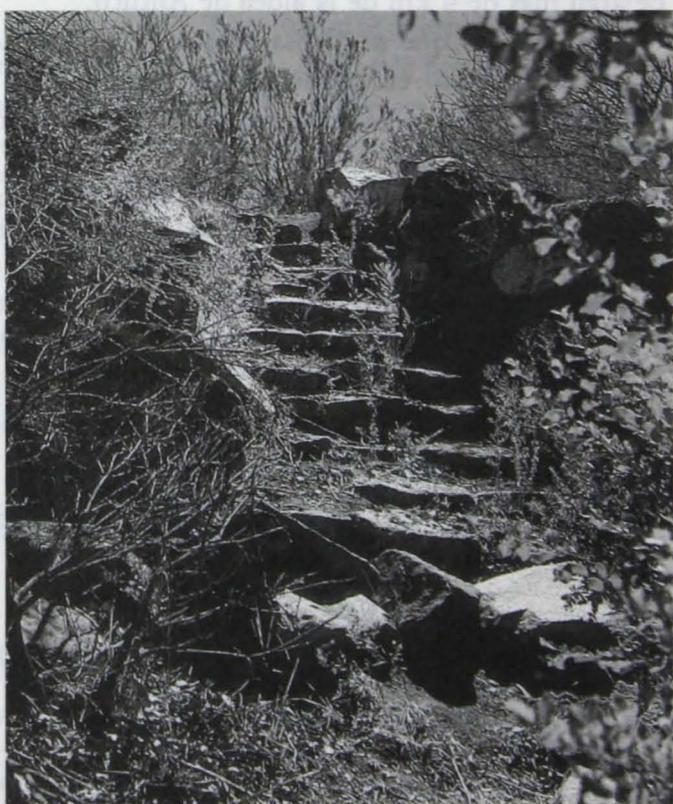
¹Mis viajes, tomo II, Quinta parte, p. 754; Ed. de la Universidad de Chile, Santiago, 1978.

²Véase también ANCG, vol. DCCCXXI y BM, tomo CCLXXIV.

³Los pehuenches en la vida fronteriza, p. 130.

⁴J. T. Medina, *Cosas de la Colonia*, pp. 318-333, FHBJTM, Santiago de Chile, 1952.

Fotos del fuerte Ballenar, una de ellas muestra escalera de entrada; las otras dos, aspectos de la excavación (febrero de 1990).



que los cordilleranos tuvieron 70 u 80 muertos y sus tropas “8 muertos y 60 a 80 heridos, aunque pocos de peligro. Quedaba como con 200 hombres, muchos de ellos enfermos y solo 19 fusileros”;

d) Los caballos estaban en los potreros de Antuco, por eso no pudo perseguir a los pehuenches.

Así todo el sector formaba parte de una misma nominación, desde el paso cordillerano hasta los alrededores de la joven aldea de Antuco.

Cuando el fuerte de Trubunleo no cumplió con su objetivo de detener el paso de los pehuenches e impedir sus excursiones, a veces bélicas, otras pacíficas, se levantó el fuerte de Ballenar en 1787.

Las excavaciones efectuadas en el fuerte, que se encuentra en un cerro que no tiene más de 15 m de altura desde la planicie suroriental, situada entre el foso y el inicio de la rampa que lleva al fuerte, permitieron corregir algunas medidas dadas por Luis de la Cruz, pero también confirmaron el buen informe de Ojeda.

En resumen, se precisaron con exactitud la forma del fuerte (véase planta), las medidas de sus diferentes estructuras, la ubicación de la estacada, las características de las habitaciones, las nuevas construcciones hechas en algún momento después de la visita de Ojeda y antes de la de don Luis de la Cruz, quien nos habla (en 1806) de 3 habitaciones, lo que aparecería confirmado en nuestra excavación de febrero de 1990.

Igualmente el hallazgo de los postes de que hablan los viajeros, y el análisis de la tierra muestra una clara presencia de adobones y paja. Pruebas nuevas, no descritas, son los pisos de ladrillo, los diferentes tipos de alfarería, algunas armas y artefactos de fierro, etc.

El fuerte dominaba desde su posición de altura una extensa comarca y, aunque pequeño y con poca tropa y armas, cumplió un papel importante en sus casi 40 años de existencia.

Por lo demás, pudimos excavar y encontrar pruebas claras de tipo cultural no sólo española sino también aborígen, en las planicies que rodean el fuerte y en donde Luis de la Cruz sostuvo reuniones con los pehuenches.

Parece probado por el estudio de la documentación y de las excavaciones que la historia del fuerte de Ballenar, como la de otros fuertes, fue intermitente, de vida estacional, puesto que el clima, las lluvias, las nevazones, etc., impedían su uso continuado por el año entero. Diversos documentos de 1794, 1795 y 1809¹ señalan diferentes deterioros del fuerte, “ruina de la estacada”, del “revestimiento”, “faltas de herramientas”, etc.

¹ Véanse ANCG, vol. DCCCLII, fojas 25, 119 y 148.

Es muy probable entonces que la vida en el fuerte se haya reducido a las estaciones de buen tiempo; en invierno, el pequeño contingente de soldados debió trasladarse a la aldea de Antuco. Por lo demás, los pasos cordilleranos permanecían cerrados y no había posibilidad alguna de comerciar o de guerrear con los aborígenes orientales.

VIII

LOS ACTUALES PEHUENCHES. UNA APROXIMACIÓN ANTROPOLÓGICA

Históricamente, los pehuenches están identificados desde el siglo XVI en los sectores cordilleranos, aunque con distintas nominaciones (puelches, indios de la cordillera, etc.), desde Talca hasta el nacimiento del río Biobío. El mejor estudio ha sido hecho por Sergio Villalobos, en especial para el siglo XVIII¹.

La identificación de la etnia pehuenche, desde el pasado hasta el presente, está relacionada principalmente con el pehuén, es decir, con la araucaria y su fruto, que forman bosques exclusivos entre aproximadamente los 900 y los 1.500 m sobre el nivel del mar. Uno de los cronistas del siglo XVI, Mariño de Lobera, tal como lo hemos citado extensamente, escribe que "el mantenimiento de esta gente casi de ordinario es piñones sacados de unas piñas de diferente hechura y calidad, así ellas como sus árboles".

Diversos autores, como Pineda y Bascuñán, Diego Rosales y Santiago Tesillo, caracterizan a estos aborígenes en la mitad del siglo XVII.

A comienzos del siglo XVIII, Pietas, varias veces citado, nos informó que los pehuenches vivían el fin del verano y el otoño "en los pinares, en lo alto de la cordillera, y cada uno de ellos tiene como hacienda propia su pedazo de pinar, como sucede con la viña de los españoles".

Son dos, entonces, los rasgos que nos interesa destacar en el presente capítulo: recolección de piñones y dominio de los lugares cordilleranos y de los bosques de araucarias por tradición familiar ("heredado de sus antepasados"). En todo el siglo XVIII se mantienen estos rasgos, aunque no debemos olvidar que algunos grupos de pehuenches, que viven más al norte de los bosques de araucarias, pierden su vinculación alimenticia con los piñones, por temporadas.

¹*Los pehuenches en la vida fronteriza. Ob. cit.* Tanto en este libro como en otros anteriores artículos (Sergio Sepúlveda, "Otro aspecto del tráfico colonial con la provincia de Cuyo" en "Informaciones Geográficas", 1959), se da una clara información referida a los diferentes hábitats de los pehuenches en el siglo XVIII; así queda bien demostrado que estos aborígenes se extendían hacia el norte hasta el meridiano 35° (altura del río Teno).

En este siglo, dos importantes sacerdotes nos informaron, en 1752 y 1758, de algunas características de estos pehuenches que, como ellos lo observaron, estaban influidos por los españoles y los aborígenes cercanos a ellos, es decir los mapuches llanistas habitaban en la precordillera chilena y los pampeanos al otro lado de la cordillera entre los cuales sobresaldrían los llamados puelches, o aborígenes orientales.

Como hemos relatado en capítulos anteriores, los pehuenches pidieron en 1756 la presencia de los franciscanos, de los "padres caris" en sus tierras¹.

Por ejemplo, el viaje de fray Ángel de Espiñeira al territorio de los pehuenches fue la primera avanzada de estos sacerdotes, que tenían su centro principal de actividad evangélica en Chillán y su enclave evangélico en Santa Bárbara, junto al río Biobío, en la región precordillerana. A comienzos de 1758, en el mes de enero, Espiñeira, a la edad de 30 años, emprendió su misión. Avanzó en forma casi paralela al río Laja desde el fuerte de Tucapel (él lo llama "castillo") y después de cruzarlo llegó a la estancia de Antuco, cuyo dueño era Francisco Jara. Antes de llegar a los pies del volcán Antuco, que arrojaba humo y tronaba, como lo hemos recordado en el capítulo II, pasó por el paso de Chacay, en donde se encontró con "cinco soldados de Registro con su cabo de Tucapel a quien exhibí el pase". Luego de rodear el volcán Antuco y observar la laguna del Laja, dejó a la derecha el camino "que va al sur Pinares, Thapatapa, Quenli, Salinas y Valle que llaman de las Damas, etc.". Continuó hacia el oriente entre los cordones y valles intercordilleranos en busca de las primeras "tolderías". El 23 de enero llegó a los toldos de estos pobres (que todos son de estacas y varas de las que pueden haber en las inmediaciones, paradas y juntas en forma de arco, cubiertas con pellejos de caballos y yeguas, que es su ordinaria comida), fue muy bien recibido y ante los regalos que recibió ("diome Catiquen un corderito para almorzase yo y mi gente"), el sacerdote protestó que no ha venido a recibir regalos e hizo el ademán de marcharse; entonces el pehuenche le preguntó "si no echaba el agua a los chiquillos".

El diario de Espiñeira alcanza en este relato una importancia muy grande para intentar comprender el encuentro de dos sistemas de creencias: el sacerdote lleno de celo evangélico defiende la trascendencia del bautismo y critica al pehuenche Catiquen, porque sólo pide el bautismo por los regalos que hacen los "patirus" (los sacerdotes): es decir por las chaquiras, las agujas, el añil, el tabaco y otros obsequios. Y continúa el franciscano ante el asombro de los pehuenches, "que por no saber ni entender esto (el significado del bautismo) vivían después del bautismo como antes, con muchas mujeres cada uno, embriagándose y matándose con el vino que a sus tierras traen

¹Esta expresión alude al color de los hábitos de los franciscanos.

los huincas o españoles por los ponchos, vacas, ovejas y caballos que les vendían sin saber lo manda Dios”.

Sin embargo, ante la bondad natural de los aborígenes, el franciscano cede y bautiza a los niños. Descubre que hay entre ellos un deseo de hacer cosas como los españoles, “de ser como los huincas”.

Luego de dejar esta primera toldería llega a una segunda, en donde mandaba Painequen, “gentil (no creyente) pero hombre muy comedido y racional, si tal se puede decir de un infiel”. Frente a él Espiñeira vuelve a insistir que los franciscanos no venían “a buscar ponchos, tierras, corderos o haciendas sino por sus almas”.

El discurso es comprendido por los pehuenches, quienes ven también en el “patiru” un nexo, un vínculo con el poder español; una alianza incluso bélica con los españoles en contra de sus enemigos huilliches.

Después de varios días, tiene una reunión con el “gülmén” más importante, Curipil, y otros principales, en donde expone el deseo de construir una misión para enseñar el Evangelio. De aquí se origina la misión de Rar-inleva, que duró hasta el levantamiento de la década de 1760.

La descripción general que hace de los convocados a la reunión es la siguiente: “y cerca del medio día fueron llegando muy adornados con variedad de plumajes, cintas, abalorios, corales, cascabeles, alquimias y algunas alhajas de plata, como frenos, espuelas, hebillas, guarniciones de espada, corvos y en sus bizarros caballos”.

El principal Neicumanco “venía vestido todo a lo español con camisa, calzones, botas con hebillaje de plata, corvo guarnecido de lo mismo, hebillas, espuelas, freno, todo de plata. Tiene dos mujeres que compró a la nación puelche, cinco hijos y pondrá en campaña hasta veinte lanzas”.

Del guillmen Curipil, escribe: “principal, con dos mujeres, madre aun viva (con mas de ciento veinte años, sin faltarle dientes ni muela), dos nietas, tres esclavas beliches y puelches y otras, no sé si hermana, hija o concubina. No tiene hijos (aqui por lo menos) y pone en campaña doscientos sesenta indios principales”.

A un subordinado de Curipil, llamado Nequeñ, lo caracteriza como “hombre blanco”, “hijo de español”.

Los jefes pehuenches traen regalos: huevos, piñones, corderos, etc., que el franciscano recibió “porque lo contrario sienten mucho”.

En el diálogo que se produce, los pehuenches argumentan que si “los aucas (los rebeldes araucanos) tenían allí padre siendo alzados, que por qué ellos habiendo sacado y favorecido el tercio de Puren y Tucapel cuando estaban en peligro adentro no tenían iglesias y patiru allí siquiera por el verano cuando no hay nieve y entran los españoles?”

El acuerdo es completo y los pehuenches llaman al franciscano "Tipaiante", que quiere decir "Salió el sol".

De vuelta de su misión, el misionero es acompañado por el guillmen principal, que le muestra donde se construirá la iglesia; luego se encuentran con otro jefe pehuenche, quien les habló de una amenaza guerrera beliche. En pleno cruce de la cordillera, sabe el franciscano Espiñeira que "pasaban con vino algunos españoles contra el decreto del señor maestro de campo".

En este relato, extractado del viaje misional del franciscano, conocimos cómo los "principales" pehuenches están bastante influidos por las formas de vestimenta española y, en general, por las armas y adornos, y por el empleo de los caballos. No dejan de usar, sin embargo, sus propias joyas, variedad de plumajes, sus armas, etc. Sus regalos pertenecen a los productos tradicionales y naturales que ellos consumen: carne, huevos de avestruz, piñones y cueros.

Los jefes pehuenches conservan su sistema familiar extenso, con varias mujeres, algunas compradas o raptadas a otros grupos aborígenes, como los huilliches o los puelches; hijos y nietos alrededor de los cuales otros grupos emparentados se organizan en forma jerárquica. Los guillmenes más importantes reúnen varios cientos de lanzas o guerreros.

Sus correrías, entradas, robos y pillaje se realizan tanto contra los mapuches precordilleranos y de los llanos, como contra los hacendados hispano-criollos más alejados de los fuertes y de las villas. Pero sus enemigos más tradicionales y peligrosos son los huilliches cordilleranos y orientales, que aunque situados mayoritariamente al sur de los pehuenches comparten con éstos extensos territorios y hábitos de subsistencia. Sus tolderías corresponden a tipos de habitaciones muebles, que se relacionan con sus hábitos de movilidad, explicados por las estaciones y características de los territorios por donde circulan. El propio franciscano, cuando regresa, observa habitaciones abandonadas en los altos de la cordillera, debido a que los pehuenches se han trasladado a las bases de las quebradas, junto a riachuelos o ríos y cercanos a bosques.

En relación al fenómeno de asimilación de una nueva religión, o por lo menos de algunos conceptos religiosos y sobre todo de algunas prácticas rituales, los jefes pehuenches y sus extensas familias se interesan y no se oponen a que se practique en sus hijos, en sus "gueñes", el bautismo, es decir el rociamiento de agua bendita, que generalmente está acompañado de algunos regalos. Igualmente, los jefes ancianos aceptan su incorporación a la Iglesia para seguir viviendo en el paraíso. Pero no se trata solamente de insistir en este acomodamiento a un conjunto de nuevas ideas, sino también en señalar la relación, generalmente de simpatía, hacia los sacerdotes, sobre todo si se les compara con los otros tipos de españoles que los

frecuentan: comerciantes, soldados, capitanes de amigos, etc. Se reconoce a estos "patirus" un deseo de ayudarlos, de protegerlos, de no hacerles daño, aunque a veces con exigencias extrañas o curiosas, como el de pedirles que sólo tengan una mujer. Tal vez una de las características más interesantes para los pehuenches es la claridad de habla o discurso que tienen los misioneros; este rasgo lo saben apreciar, puesto que un buen jefe debe saber comunicar sus ideas.

Se podría incluso sostener, como hipótesis, que el deseo de participar en las ceremonias y ritos cristianos se debía al deseo de vivir "la magia de la situación"; que obviamente constituía un privilegio especial, en cuanto se trataba de creencias e instituciones propias de las dominaciones extranjeras.

A comienzos del siglo XIX (1806) los rasgos característicos de los pehuenches privilegiados por los observadores son otros. Por ejemplo Luis de la Cruz escribe que "los padres instruían a sus hijos sobre las tierras que les correspondían y que habían sido de los antepasados, a fin de que no perdiesen sus derechos"¹.

Otro viajero, Eduard Poeppig, en 1828, escribe que los pehuenches "cuando se derrita la nieve, suben a puntos cada vez más elevados de la montaña, pero sin salirse de un determinado distrito, que ha pertenecido desde tiempos inmemoriales a su tribu"².

Hay otras características de los pehuenches a comienzos del siglo XIX que son dadas a conocer también por Luis de la Cruz que insiste en su sentido individual, en la existencia de una débil organización social (bandas guerreras) que, sin embargo, se robustece cuando se producen "alianzas" bélicas.

Los datos demográficos que los historiadores observan informan de una población relativamente escasa: hacia 1700 eran unas 10.000 personas. Pietas escribe que "las reducciones que tiene esta nación son diez y nueve, en las cuales, según la numeración que tengo hecha, hay dos mil setecientos y ochenta indios"³.

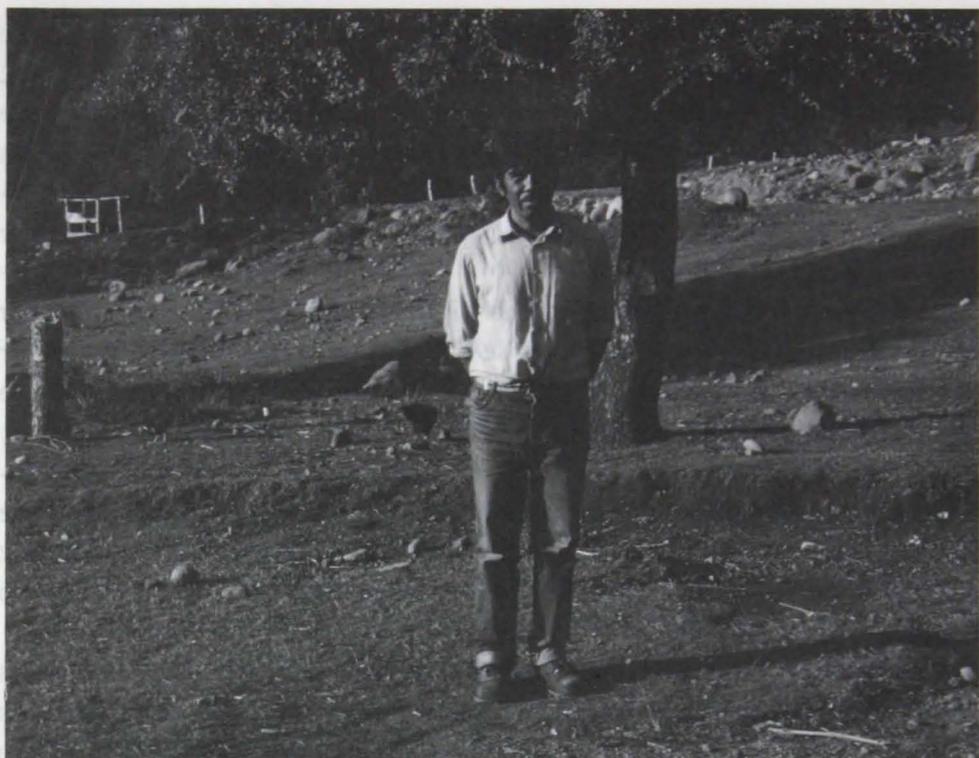
A fines del siglo XVIII se mantenía el número de la población, incluyendo a los pehuenches del Neuquén. Sin embargo, según Poeppig, "a fines del régimen español la población se elevaba a 40.000". Esta cantidad, empero, no aparece apoyada por los datos que entrega Carvallo y Goyeneche⁴ que al referirse a los pehuenches escribe que "tienen cerca de tres mil hombres de armas", lo que da una población de 12.000 a 15.000 individuos.

¹Luis de la Cruz, *ob. cit.*

²Eduard Poeppig, *ob. cit.*

³*Ob. cit.*, p. 499. La cifra de Pietas hay que multiplicarla por 4 ó 5.

⁴*Ob. cit.*, CHCh, tomo X, pp. 20 y 21.



El lonco de Callaqui José Arsenio Purrán Treca (abril de 1990). Foto de la familia del lonco.

Insistamos en que el proceso de transculturización que vivieron estos aborígenes montañoses fue muy fuerte en el siglo XVIII, debido al contacto con los españoles-chilenos. Muchas veces, como lo hemos recordado, decidieron alianzas con los cristianos, y lucharon especialmente contra los huilliches y, a veces, contra los mapuches de los llanos.

Tanto en el siglo XVIII, como en el XIX, los pehuenches hicieron uso del caballo, convirtiéndose en hábiles jinetes, los que fueron dibujados a mediados del siglo pasado por Mauricio Rugendas.

Primero sufrieron un fuerte proceso de cambio con la araucanización de las regiones altas en el siglo XVII, y luego el comercio con los españoles y el temor a los huilliches los acercó a los cristianos. Todo el proceso de evangelización del siglo XVIII (jesuitas y franciscanos) ayudó a estos cambios culturales significativos.

Aunque algunos observadores del siglo XVII intentan, con razón, separar a los pehuenches de la etnia araucana (hablarían otra lengua, serían físicamente más esbeltos, etc.), no parece prudente insistir en demasía en estas diferencias para los futuros siglos. En el siglo XVIII, aunque siguen manteniendo algunos rasgos y pautas culturales diferentes (otro hábitat, modalidades lingüísticas, transhumancia y distinto sistema económico), comienzan a relacionarse cada vez más con los mapuches, sufriendo un proceso de aculturación que se ejemplifica por poseer una lengua común, un mundo de creencias parecido y sentirse "hombres de la tierra" (mapuches), que hablan la lengua de la gente (chedungún), y que, por último, tienen un físico cada vez más semejante¹.

Los cambios culturales en el presente son casi obvios, si comparamos a los pehuenches de fines del siglo XX con los pehuenches históricos. Por lo demás, siempre se descubrirán cambios y transformaciones culturales entre siglo y siglo.

¿Qué queda del pehuenche que dominaba los pasos cordilleranos, que pasaba de la Pampa argentina a las tierras del alto Biobío o de la isla de la Laja, montando diestramente su caballo, portando pinturas y adornos personales, y manejando una lanza poderosa? Probablemente muy poco. Así mismo sus rasgos físicos son diferentes; los pehuenches de los siglos XVI y XVII eran delgados, altos; en cambio en la actualidad (y ya en el siglo XIX) son macizos y relativamente bajos.

Sin embargo, ahora creemos descubrir un fondo común: un arraigamiento a sus tierras como simples agricultores de subsistencia; una actividad

¹E. Poeppig, *ob. cit.*, p. 482, escribe "nadie puede distinguir por su aspecto exterior a un moluche de un pehuenche". En cambio, señala que el dialecto de los moluches difiere del de los pehuenches.

económica tradicional que se pierde en los tiempos (recolección del piñón); un concepto comunitario que se mezcla con su no desmentido "sentido individual"; una estructura familiar endógena que los hace mezclarse entre ellos, rechazando en líneas generales el mestizaje con los que no hablan su lengua, con los que no participan de su cultura.

En busca de estas relaciones profundas intentamos acercarnos a los pehuenches de 1990, dejando de lado la historia y la arqueología, y haciendo uso de los métodos etnológicos y antropológicos culturales.

El lector deberá comprender el cambio de estilo y de método. Esta aproximación a los *actuales pehuenches* fue estimulada por el deseo de poner a prueba la hipótesis de Sergio Villalobos de que los pehuenches actuales prácticamente no tienen nada que ver con los pehuenches históricos. Reconociendo los cambios producidos, sospechábamos, sin embargo, que las relaciones eran mayores que las que suponía el historiador. Además, aprovechamos el viaje de estudios que hicimos en 1990 al alto Biobío; deseábamos conocer la opinión de los pehuenches de la zona sobre los trabajos que comenzaban a emprenderse: construcción de una gran presa hidroeléctrica cerca del pueblecito de Ralco.

Tuvimos ocasión de conversar con varios loncos, estar con personas que conocen bien a los pehuenches, puesto que viven entre ellos y saben algunos su lengua, y, sobre todo, guiados por el profesor Gilberto Sánchez nos adentramos, un poco, en las estimaciones, creencias y valores de estos habitantes del valle del Queuco.

Lo primero que deseamos transmitir al lector es que los pehuenches de nuestro siglo XX habitan en el valle del Queuco y en el alto Biobío, no habiendo pehuenches en los sectores cordilleranos de la isla de la Laja. Por esta razón la comparación se hace entre grupos humanos que ocupan espacios geográficos diferentes (en los siglos anteriores los pehuenches, al menos transitaban por la isla de la Laja), pero que mantienen en parte su hábitat de altura, es decir, sectores aledaños a las montañas.

LOS ACTUALES PEHUENCHES DEL VALLE QUEUCO Y ALREDEDORES

No son muchos los estudiosos y antropólogos que se han referido en el presente siglo a la cultura y etnia pehuenches contemporáneas (Keller, Gundermann, González, Valenzuela, Dannemann y Sánchez)¹. Sí, en cambio, abundan los trabajos sobre "araucanos" y "mapuches" en general.

¹Véase bibliografía.

A partir de estas lecturas especializadas y de nuestra propia experiencia de campo, caracterizaremos algunos aspectos de los pehuenches de la actual comuna de Santa Bárbara (Valle de Queuco).

En primer lugar recogeremos, en forma resumida, las conversaciones que tuvimos con varios pehuenches: el lonco de Callaqui, José Arsenio Purrán Treca; el lonco de Cauñicú, José Bernardino Huenupi; los pehuenches de Callaqui, José Miguel Ormeño Purrán y Luis Roberto Purrán Ormeño; y los pehuenches de Pitril, Pablo Vita Vita y Guillermo Pichinao.

Estas conversaciones, que dan a conocer lo que piensan los pehuenches sobre varios temas que les interesan en la actualidad, fueron contrastadas con las que tuvimos con los profesores y directores de las escuelas situadas en las diferentes comunidades aborígenes y en el pueblecito de Ralco.

Aproximémonos a estos pehuenches transculturizados. El lonco de Callaqui¹, José Arsenio Purrán Treca, un hombre adulto joven, de 34 años de edad, estatura media, casado, con 8 hijos (el mayor de 16 años). Su mujer, doña María Mercedes Manquemilla Parada, es mestiza. Toda la familia conoce el español; él, en especial, tiene facilidad de expresión (propia de un lonco) y hace fácilmente contacto con los huincas. Trabaja en un campamento de ENDESA, ayudando en trabajos de topografía y ganaba, cuando conversamos con él en abril de 1990, alrededor de \$ 30.000 mensuales.

En relación a sus contactos y al tipo de informaciones que tiene con la sociedad chilena, comprobamos que son relativamente fluidos y variados. En su casa tiene una radio a pilas, no lee diarios, pero viaja y "pregunta". A veces va a la escuela, que está muy cerca de donde vive y, en casa del director, profesor Carlos Rafael Toledo Toledo, ve televisión. Nos informa que todos los "comuneros" (sus paisanos de Callaqui) tienen radio a pilas y algunos poseen televisión en blanco y negro.

Las estaciones que escuchan son Colo-Colo, Portales, Minería y Cooperativa. Gustan de la música popular y a la señora del lonco, doña María Mercedes, le agrada mucho Palito Ortega y, en general, la música mexicana. También escuchan los relatos de los partidos de fútbol y los equipos más admirados por sus hijos son Colo-Colo y Universidad Católica.

La radio Colo-Colo gusta porque a través de ella, entre las 21 y las 23 horas, pueden recibir avisos y comunicados de sus paisanos, desde Santiago. Conversando sobre la escuela, nos refiere que dos de sus hijas van a ella; lamenta, sin embargo, que ningún profesor sepa "pehuenche o mapuche

¹Callaqui está situado en la latitud 37°49'30"S y 37°52'30"S, y longitud 71°41'30"W y 71°39'00"W, entre la desembocadura del río Queuco en el Biobío y el pueblecito de Ralco. Está habitado aproximadamente por 500 pehuenches.

(chedungún)". Cree que en Callaqui comienza a perderse la lengua entre los jóvenes; sus hijos la entienden, pero les cuesta hablarla.

La casa del lonco, prácticamente junto al camino, consta de una sola habitación, con otra pequeña que hace las veces de galpón. Tiene también algunos panales de abeja. Entre la casa y la escuela, situada hacia el Biobío, a unos 100 m del camino, hay una cancha de fútbol bien cuidada. Les gusta este deporte y hay dos equipos, llamados "Callaqui" y "Lincoyán".

El lonco se reconoce mapuche y, obviamente, pehuenche; pero también dice que hay diferencias entre el habla de Temuco (araucano) y el de ellos.

Insistiendo en el tema cultural, observamos que tiene cocina a leña, no fogón como en otras "rucas" (por ejemplo en la casa de Claudina Parada Huincanián). Nos explica que cuando hay dos habitaciones, entonces hay "fogón al centro de la habitación" (cocina-comedor) lugar donde se conversa y se narran a veces relatos, los "epéu". Él "no tiene espacio para fogón".

En un pequeño huerto se siembra lo mínimo. Tiene algunas gallinas y un chanchito; "no tiene para mantener animales". En general, su alimentación es sin carne y a base de verduras y papas (por ejemplo, locro). Gustan del charqui y de la carne de caballo; cuando muere un caballo se vende y entonces se puede comprar algo.

Algunos paisanos de Callaqui venden leña, astillones para cercos. También venden miel, en Ralco en donde les compran la ECA y los carabineros; asimismo vienen de Santa Bárbara y Los Ángeles a comprarles carbón.

Prácticamente no tienen artesanía. La suegra del lonco, doña Claudina, hace mantas, chombas, calcetines; ella tiene "witral" (telar). Nos dice que "la gente haría cosas si se compraran". También se confeccionan lazos y objetos de cuero de vacuno. Un pehuenche ya viejo hace "ralí" (recipiente ceremonial de madera, pequeño), "pero no para vender".

Una piedra para moler ("cudi") es usada en la casa del lonco; está llena de restos de harina.

Nos impresiona su estado de asimilación a la sociedad del resto del país, pero a la vez reconocemos opiniones y comportamientos que se apartan absolutamente de la conducta chilena corriente. El lonco defiende la comunidad de las tierras; rechaza los títulos de dominio individual que recientemente se otorgaron, pero reconoce que varios de sus paisanos de Callaqui los han aceptado, entre otras las familias Ormeño Purrán, Purrán Pellao, Purrán Piñaleo y Purrán Ormeño.

Nos comenta que al pueblo de Ranco "va a llegar mucha gente; van a surgir los problemas; se meterán en las reducciones". Desea "delimitar sus tierras" de las de los chilenos. Señala que tenían títulos de merced dados en tiempos del "cacique" Agustín Treca Purrán.

No le gustan "los extranjeros", porque cambian las costumbres, los

alimentos, sus comidas. Esto lleva a defender su sistema matrimonial endógeno: "Si te casas con chilena ¿quién te cocina como se acostumbra?".

Por estas razones, los pehuenches, generalmente, se casan entre sí o con otros mapuches. Así conservan su lengua, sus costumbres, sus creencias. Al continuar hablando de sus tierras, sostiene con firmeza que sus "pinalerías" no deben ser separadas e insiste que "tampoco el lugar donde habitan".

Cree que muchos pehuenches podrán trabajar en las obras que se están haciendo en los alrededores (Central Hidroeléctrica de Pangué), "pero ahora sólo él lo hace". Otros trabajan con contratistas haciendo caminos. Nos cuenta que sus hijos mayores, de 15 y 16 años, no han conseguido trabajo, "son muy jóvenes, según los jefes de las obras".

Gracias al lonco de Callaqui tomamos contacto con familias pehuenches que recibieron (en enero de 1989) títulos individuales en una ceremonia oficial en Temuco. Estos títulos tienen valor por 20 años y están exentos de contribuciones.

Entre otros, don José Miguel Ormeño Purrán, de 59 años de edad, tiene su título de dominio (hijuelas 26 y 29 de Callaqui). Nos mostró también la copia del título de la hijuela 48, que corresponde a la pinalería; aquí el lugar es común y para uso de 16 familias. En las tierras de veranada el uso es igualmente común.

En caso que su chacra, que queda al lado del río Biobío, en una terraza de 3 m de altura, fuese inundada por las aguas del río a causa de los trabajos de ENDESA, señaló que deberían "devolverle sus tierras bien medidas" y hacerles casas "al pie del camino", no al interior "porque hay mucha nieve y hielo".

Obviamente estos pehuenches de Callaqui están adaptados a un hábitat menos duro que el cordillerano, asimilándose bien a las orillas del río Biobío.

Conocemos también a Luis Roberto Purrán Ormeño, joven trabajador que labora en una empresa encargada de tender cables eléctricos; conversando sobre su trabajo nos dice que "no pagan semana corrida", "no hay previsión"; les pagan a la cuadrilla de tres trabajadores por contrato \$ 85.000 por hectárea. En total, hay 9 pehuenches laborando con este contratista.

Estas familias cultivan, en sus chacras, entre otros productos, papas, cebollas, ají. Tienen árboles frutales (duraznos), y el agua proviene de una vertiente. En su campo, en la terraza de 3 m sobre el nivel del río, se corren "carreras a caballos" durante las fiestas.

Los Purrán y Ormeño están contentos con sus títulos de dominio individual, pero a su vez aceptan el uso común tradicional de las pinalerías e incluso están dispuestas a sacrificarse (trasladarse de donde viven) si es necesario. Les interesa trabajar en las nuevas obras, pero con la condición de que se les trate igual que a los afuerinos (chilenos).



Foto: el poblado de Cauñicú.

Los pehuenches de Callaqui aparecen, ante nosotros, bastante asimilados al sistema de vida chileno; sin embargo, hacen esfuerzos por conservar algunas de sus costumbres y, sobre todo, su lengua. Reconocen que cuando ella se pierda, sus formas de vida particular y su cultura comenzarán a morir.

Pensamos que así ocurrirá si no hacemos algo por mantener vivas sus formas de comunicación. Nos parece que la tarea más urgente, a fines del siglo XX, es educar a los niños y jóvenes pehuenches en su lengua, con profesores bilingües que los ayuden a convivir en la gran sociedad chilena, sin tener vergüenza de su sociedad tradicional.

En esta búsqueda de la actual sociedad pehuenche, viajando por el valle del Queuco pasamos por Pitiril, a 11 km de Ralco, en donde concertamos una entrevista con las hermanas Eliana Urrutia y Margarita Rivas, con la asistente social Eva Rodas y con un grupo de pehuenches. Continuamos subiendo y llegamos a Cauñicú¹, que está a 29 km de Ralco, hacia el oriente.

¹ Cauñicú está situado en la latitud 37°43' y en la longitud 71° 29', a la orilla sur del Queuco, siendo su población aproximadamente de 550 personas.

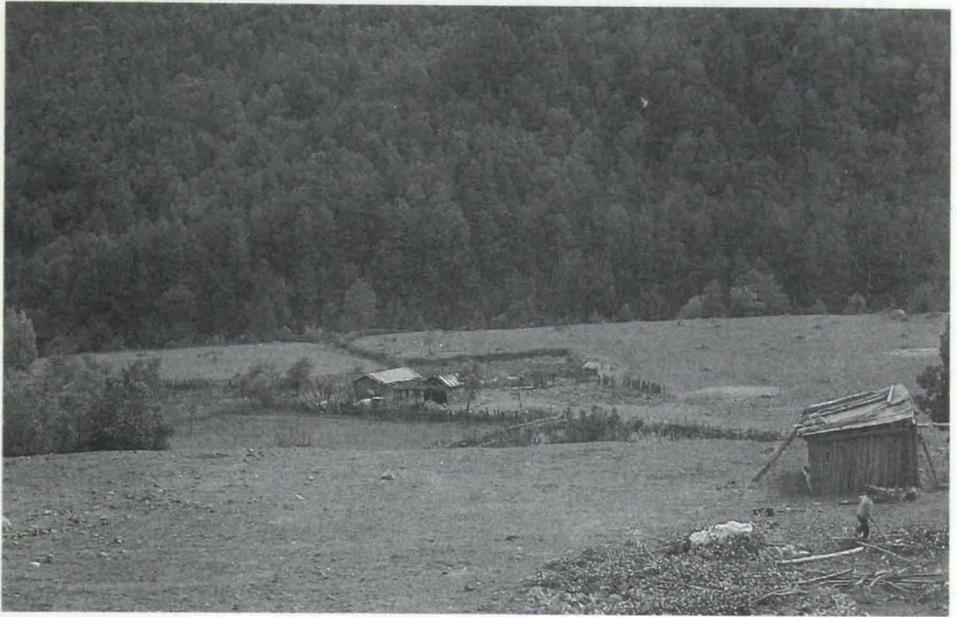


Foto: otra vista del poblado de Cauñicú.

Las primeras informaciones las obtuvimos por intermedio del etnolingüista Gilberto Sánchez y de su ayudante Julio Rojas.

Estamos en casa de doña María Lucinda Paine Quenpil, casada con un chileno, don Pedro Poblete Matamala. La habitación principal es grande, con un gran fogón que hace que la pieza esté caliente. El humo abundante, que escapa por una salida del techo, permite la conservación de alimentos. La "casa" tiene un huerto familiar en donde se cultiva todo tipo de hortalizas (lechugas, papas, porotos, tomates, acelgas). Hay también un parrón, árboles frutales (membrillos, manzanos, perales), aves (gallinas, pavos), chanchos, cabras, un caballo de tiro y un par de vacas. También hay gatos y perros.

El lonco de Cauñicú, don José Bernardino Huenupi Huenupi, de más de 50 años, no sabe leer ni escribir en español, pero es poseedor de un gran discurso. Conversando con él, mientras llueve afuera, pide silencio a su familia: "voy a hablar sobre cosas importantes". Recuerda que se reunió con el obispo Orozimbo para conversar sobre los trabajos que hace ENDESA. Nos dice que "las aguas no deben enterrar a las tierras", teme y supone que habrá perjuicios. Cree que las siete comunidades pehuenches deben juntarse, "no deben entrar muchos extranjeros". En su discurso insiste una y otra vez "que no les arruinen sus tierras", que "no quieren ver malas caras y malos modales".

No rechaza los trabajos que se hacen, aunque nadie le ha preguntado nada, "nadie ha conversado sobre el tema". Sigue hablando y nos insiste

que el trabajo es bueno, que habrá más educación, que los jóvenes podrán estudiar, ser profesores ("para que enseñen en chedungún"), ser técnicos, trabajar en postas y hospitales.

El trabajo es bueno si no impide volver, cada cierto tiempo, a sus casas, a su reducción. Le gusta el período de trabajo de 10 días y 4 de descanso que le sugerimos como ejemplo, sin insistir en él.

La conversación continúa en torno a otros aspectos. Él colabora con la hermana Marta Robles Parra, de la Congregación del Niño Jesús; llevó la cruz en la ceremonia del Viernes Santo; también va al cementerio con un grupo de pehuenches y participa en el ceremonial católico. El cementerio actual está en un sector alto, en una explanada, en donde se hace el Nguillatún (la rogativa). Comenta que entre los católicos no hay problemas para aceptar las antiguas creencias y ceremonias. En cambio hay algunos problemas con los evangélicos.

Volvemos a preguntar sobre la propiedad comunitaria y sobre los títulos individuales. El lonco es firme para señalar que no acepta división de tierras. Dice que tiene título de mercedes, a igual que los de Malla-Malla. Muestra una copia de 1966, se trata de 4.164 hectáreas. Se opone a que le cobren contribuciones y nos enseña documentación en que consta que se eliminó la deuda de contribuciones desde el primero de octubre de 1985 hasta el 31 de diciembre de 1987. A su vez, el año 1988 se eliminó "mediante rol de reemplazo". El documento aludido es del 15 de marzo de 1989, es de Los Ángeles y hay una firma.

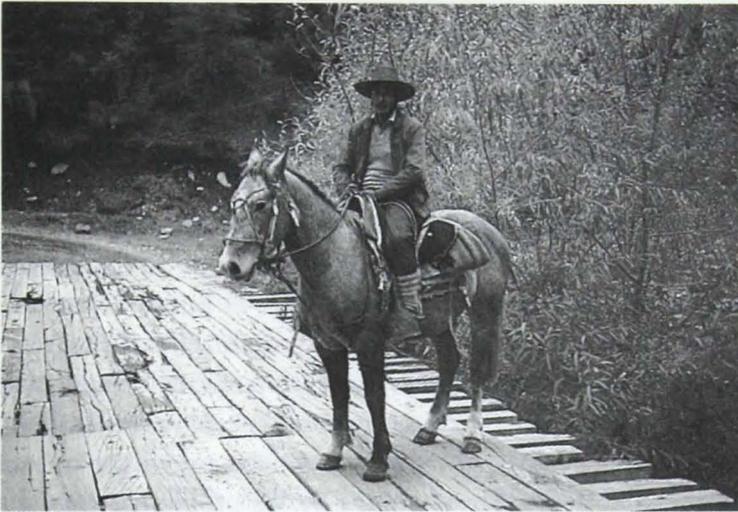
Termina su largo discurso señalando que todo esto los lleva a desconfiar de las autoridades. Quieren que el nuevo Gobierno los apoye.

Nos despedimos de él y de su abundante familia, y pensamos que merecen ayuda. ¿Cómo dárselas sin dañarlos?

Estas conversaciones con los loncos fueron enriquecidas con los aportes que entregaron la hermana Marta Robles, directora de la escuela particular, y el profesor Sánchez.

Caminando por Cauñicú, un hermoso pueblo en donde el verde de sus campos, humedecido por las lluvias, está coronado por el bordado de las araucarias que se divisan a lo lejos, el profesor Sánchez insiste en la institución comunitaria y en el fuerte tradicionalismo de los pehuenches. Reconoce que están cambiando. Todo los días, cuando el tiempo lo permite, llega un bus que permite un comercio relativamente permanente entre los pueblos del valle del Queuco, con Santa Bárbara y Los Ángeles. De todos modos, mayoritariamente se siguen casando entre ellos y mantienen la lengua aborigen como el principal instrumento de comunicación, aunque todos son bilingües.

A su vez la hermana Robles está muy preocupada por los cambios que



Joven pehuenche a caballo (abril de 1990).

vienen. No quiere que se violente a los pehuenches, le duele que se conviertan en trabajadores asalariados. Teme por lo que sucederá en Ralco; recomienda que se multipliquen las actividades sociales y culturales; que no haya sólo cantinas y prostíbulos. Denuncia al alcoholismo como el problema más grave.

Sobre su escuela nos informó que tiene 101 alumnos, de los cuales sólo 2 son chilenos. Tiene hasta 6° básico. Hay tres profesores con horario continuado hasta las 15,15 horas. Los programas son nacionales, pero ellas tratan de adaptarse a su realidad regional. Reconoce que la historia de Chile, entre otras materias, debe enseñarse en forma selectiva. Los niños pehuenches hablan entre ellos en su lengua; los profesores, a su vez, no hablan la lengua aborigen. Ellas han introducido la apicultura desde 1974 y huertos escolares con invernadero, usando el polietileno.

Reconoce que los mayores piensan que la religión católica es de los "huincas"; sin embargo "las acompañan" el día domingo. Los jóvenes están más abiertos. Desde la primavera se van a trabajar a los fundos (Santa Bárbara, Las Garzas); las muchachas van a Concepción, Los Ángeles, Santiago, como "empleadas domésticas".

Resume sus impresiones comentando que el mundo pehuenche está separado del chileno, pero que "no pueden vivir aislados". Es probable que a los pehuenches "les gustaría no depender tanto de los otros, es decir, de los chilenos".

Regresamos, está lloviendo suavemente; el verde de los árboles entremezclados con el amarillo, es casi luminoso; atravesamos riachuelos y puentes

casi artesanales; el valle se estrecha y luego se ensancha; estamos llegando a Pitiril. Es nuestro deseo seguir conversando con las personas que conocen y quieren a los pehuenches.

Nos recibieron primero las hermanas Eliana Urrutia, Margarita Rivas y la asistente Social Eva Rodas. La reunión fue al comienzo difícil. La hermana Eliana Urrutia, que conoce el idioma pehuenche, vive hace 12 años en Pitiril. Reclama ser consultada, a propósito de los trabajos que se hacen, "ENDESA sólo últimamente se inquieta"; es bueno tomar en cuenta a los pehuenches, esperar que se decidan porque ellos "se demoran para decidir". Temen que la cultura pehuenche se pierda; la influencia del pueblo de Ralco va a ser muy mala. Recomienda que haya un trabajo social y cultural en defensa de los pehuenches; se debe organizar una oficina de "desarrollo social". Y nos dan ejemplos de los problemas que se viven; lo hacen con apasionamiento, pero también con amor por los aborígenes.

El lonco de Pitiril, Francisco Gallina, ha debido escoger algunos pehuenches para que trabajen en Pitiril (sacar ripio del río); hay problemas entre ellos porque se escoge a unos y no a otros. Los que trabajan con los contratistas de ENDESA, abajo cerca de Ralco, deben caminar dos horas de ida y dos de vuelta; además estos contratistas "pagan poco" y, a veces, "demoran en los pagos".

Introducidos por las hermanas, tenemos una larga conversación con los pehuenches, que nos permitió conocer con mucha franqueza algo más de sus problemas y sus temores.

Primero hubo, por parte de Pablo Vita Vita, un discurso que se adecuaba al chileno que lo escuchaba "se sienten atrasados, quieren civilizarse, si no ellos por lo menos sus hijos", les "interesa educar a los niños, que estudien que sigan adelante". "Es bueno que hay trabajo".

Cuando se dieron cuenta que no éramos representantes de ENDESA o de algún contratista, comenzó poco a poco el discurso crítico: "en el Queuco están sacando ripio, pero ¿pagan arriendo a la reducción? Los contratistas se demoran en pagar". Tienen dudas con los nuevos trabajos: "puede ser mejor, puede ser más mal", "¿qué clase de personas van a llegar?"

Ellos tienen títulos individuales, piden que se los respeten. Uno de los pehuenches toma la palabra y cuenta que él trabaja en ENDESA (en los trabajos de los pozos). Su horario es de 8 a 12 y de 13 a 15 horas; sale de Pitiril a las 5 1/2 de la mañana y regresa a las 20 horas.

Reconocen que les interesa trabajar afuera (hay 11 pehuenches y nadie duda en decir que sí). Pero esperan tener algo de facilidad para trasladarse, para comer un plato de comida, "o por lo menos tener agua caliente"; "en los pozos se trabaja con el agua hasta las rodillas".

Otro pehuenche recuerda que le ofrecieron subsidio habitacional. El 5

de enero debían entregarle su casa. Narciso Vita Gallina, Manuel Vita Gallina, Pablo Vita Gallina y Corina Vita, siguen esperando.

Pitiril tiene muchas familias colonas (chilenas), con títulos de dominio dentro de su reducción, lo que provoca obviamente problemas en las relaciones entre chilenos y pehuenches.

La escuela tiene 60 niños, de los cuales 12 son mestizos, 2 colonos y 46 pehuenches.

Pitiril ha perdido cohesión interior; incluso hay algunas disputas familiares entre los mismos pehuenches.

Cuando los dejamos, pensamos que Pitiril gira alrededor de las hermanas. Ellas ayudan a resolver los conflictos, enseñan, curan, prestan asesoría; viven plenamente los problemas de los aborígenes y participan en sus alegrías. Pero nos parece que estas últimas son pocas. Ellas son, sin duda, legítimas continuadoras de los "patirus"; una vez más los pehuenches confían en ellas.

El viaje hacia el sur del Biobío, hacia Quepuca-Ralco, nos lleva sólo hasta los baños termales y casas de don Victoriano Núñez. En el camino, alrededor de 20 km bajo lluvia torrencial, conversamos con familias mestizas, algunas de las cuales podrían verse afectadas por la subida de las aguas, debido a los trabajos de la central hidroeléctrica.

La pehuenche doña Matilde Levi Coli cree que el agua no le afectará y doña Ema Curriao Pinchulef, esposa de don Victoriano, a cargo de dos familias, declaró no hablar la lengua aborígen (tal vez la hablaba, pero no se atrevió ante nosotros). Tenía en su casa un fogón; en cambio su hijo, en su casa, lo había reemplazado por una cocina a leña. En caso de que el agua los alcanzase, pedían quedarse cerca y que, obviamente, les diesen casa y el terreno correspondiente. La esposa del hijo, por su parte, quería irse a Ralco, a vivir en "la civilización".

Nos hablan de que el camino hace tiempo que no se arregla; dicen que los niños que van a la escuela (internado de Palmucho) se demoran dos horas en llegar. Tienen su huerta con hortalizas y papas; no siembran cebollas ni trigo. Los compran a las camionetas que vienen de Santa Bárbara y Los Ángeles. Éstos les venden azúcar, yerba mate, harina, etc.

Bajo la lluvia volvemos a Ralco, releyendo nuestras fichas, escuchando nuestras grabadoras, sacando las últimas fotos del caudaloso Biobío. ¿Qué podemos concluir provisoriamente?

- 1) Las comunidades pehuenches de Callaqui y Pitiril están sufriendo algunos cambios importantes.
- 2) Cauñicú, en cambio, se conserva como un reducto tradicional.
- 3) Camino a Quepuca-Ralco los mestizos muestran una tendencia fuerte a incorporarse a la sociedad chilena.

Veamos algunos ejemplos de cambios:

- Callaqui y Pitiril, sobre todo el primero, están muy cerca del pueblito chileno de Ralco y cerca del campamento de ENDESA; del camino principal, que pronto estará pavimentado, de los vehículos, de los trabajos de los contratistas, del dinero, de las cantinas, etc.;
- En algunas casas de Callaqui y de Pitiril se ha incorporado la cocina a leña;
- La ojota ha sido reemplazada, en algunos casos, por zapatones y botas.
- Prácticamente todos en Callaqui tienen radio a pilas y escuchan las estaciones, incluso las de Santiago;
- En algunos de los pehuenches hay un discurso en favor de la incorporación a la civilización a través del trabajo, de la educación de sus hijos;
- La mayoría de los hombres de Callaqui y de Pitiril acepta trabajar en ENDESA O CON LOS CONTRATISTAS, “siempre que se les respete”, “que se les trate igual que a los chilenos”;
- Camino a Quepuca-Ralco hay familias que quieren trasladarse a Ralco, para trabajar allí;
- En las escuelas hay también estímulos al cambio. La educación se hace mayoritariamente en castellano, con programas nacionales. En Pitiril la directora sabe la lengua aborigen y sus profesores defienden con fuerza las tradiciones pehuenches, “porque saben que están en crisis”;
- En todas las comunidades el bilingüismo es un fenómeno común. Incluso en Callaqui algunos niños sólo entienden la lengua aborigen, mas no la hablan;
- En Callaqui y Pitiril hay recolección de piñones, pero no es ya el recurso principal de subsistencia;
- Hay incorporación de artefactos y de productos chilenos, aunque la comida sigue siendo tradicional (utensilios, productos para lavar ropa);
- Algunos aceptan los títulos de dominio individuales.

Por último anotemos algunos aspectos tradicionales, que sobreviven especialmente en Cauñicú:

- Familia endógena: estructura social-política fundamentada en el lonco;
- Ropa tradicional: ojota, poncho (“Makúñ”), calcetines de varios colores;
- La cocina-fogón está en medio de la pieza;
- No hay luz, a veces hay chonchones;

- Artefactos chilenos mínimos para la cocina y para servir los alimentos;
- Son agricultores, cultivan sus huertos, recolectan el piñón en el mes de marzo;
- Fuerte tradicionalismo religioso (tres guillatunes al año). No hay incompatibilidad con los católicos, sí algo con los evangélicos;
- Lenguas aborígenas hablada por todos, aunque son bilingües;
- En Cauñicú la impresión que da su comunidad es que, a pesar de los contactos que tienen con la sociedad chilena (buses diarios Los Ángeles; hijos e hijas que trabajan fuera), primero, observan las novedades antes de adoptarlas.

Esta sociedad tradicional, más fuerte al interior del valle del Queuco, no se opone a trabajar junto a los chilenos, en las orillas del Biobío, pero pide no perder contacto con sus familias, con su comunidad. Quiere, en resumen, mantener sus tradiciones y costumbres. Sabe que su futuro inexorable la conduce a vincularse cada vez más con los chilenos, con sus leyes, con su educación, con su cultura; pero también quieren hacerlo desde su realidad pehuenche, aportando su saber, sus creencias, sus formas de vida. Saben que aprenderán mucho de los chilenos, pero también creen que pueden enseñar algo.

¿Se puede decir algo sobre esta realidad social y cultural y la pasada? ¿Cuáles son las relaciones de continuidad entre una y otra?

No parece científico insistir en una desvinculación absoluta, como tampoco en una relación significativa. La lengua que hablan especialmente los adultos, su medio natural, su hábitat, sus instituciones religiosas, sus creencias, sus relaciones de parentesco, sus técnicas de cultivo, de recolección del piñón, su estructura físico-biológica, sufriendo cambios notables si se las compara con los primeros siglos (xvi y xvii), se vinculan, sin embargo, con la realidad de la segunda mitad del siglo xviii y sobre todo con la del siglo xix. La importante aculturación producida con los grupos mapuches ("la araucanización"), los contactos, cada vez más intensos, con los hispano-chilenos, sus correrías hasta el sur de Mendoza, por el lado oriental, y sus múltiples contactos con otros grupos de aborígenes; todo esto produjo cambios notables, sin que se perdiesen, sin embargo, instituciones tradicionales como las religiosas, y en general su cosmo ideacional (creencias, mitos, leyendas). Entrecruzados por diferentes culturas pampeanas, mapuches, hispano-chilenas, los miles de pehuenches que hoy día viven en el valle del Queuco y el alto Biobío, son una mezcla biológica y cultural, que posee, a pesar de todo, una estructura social y cultural particular, propia, no idéntica a la mapuche de los llanos o de la costa. Siguen sintiéndose

pehuenches, lo que no se opone a que también se consideren mapuches, y su pasado —que obviamente no conocen científicamente— está en ellos, en su manera de ser, en sus ideas, más que como conocimiento intelectual, como forma de existencia, como estilo de vida.

BIBLIOGRAFÍA

Muchos autores ya citados a pie de página no vuelven a ser considerados en la presente bibliografía.

DIEGO BARROS ARANA: *Historia jeneral de Chile*, 16 tomos, Rafael Jover, editor, Santiago, 1884-1902.

COSME BUENO: *Descripción de las provincias de los obispados de Santiago i Concepción*. CHCh, tomo x, Santiago, 1876.

JUAN BRÜGGEN: *El volcán Antuco y la geología glacial del valle del Laja*. Imprenta Universitaria, Santiago, 1942. RCHHG, N° 90, julio-diciembre, 1941.

VICENTE CARVALLO Y GOYENECHÉ: *Descripción histórico-geográfica del reino de Chile*. CHCh, tomos VIII, IX, X, Santiago, 1874, 1875 y 1876.

RODOLFO CASAMIQUELA: *Notas sobre sitios y piedras rituales del ambiente pehuenche austral*. Actas VI Congreso de Arqueología Chilena. Boletín de Prehistoria, N° especial, Santiago, 1972-1973.

GUILLERMO COX: *Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia*. AUCH, tomo XXIII, Santiago, 1863.

HOLDENIS CASANOVA: *Las sublevaciones araucanas del siglo XVIII*, Ed. Universidad de la Frontera, Temuco, 1987.

PEDRO CUNILL: *Fuentes cartográficas en la génesis de los tipos de poblamiento chileno, siglo XVI al XVIII*. Apartado Primer Simpósium Cartográfico Nacional, Santiago, 1972.

MANUEL DANNEMANN: *La cultura regional tradicional de la región del Bío-Bío en la región del Biobío*. V Jornadas Territoriales, Santiago, 1990.

ÁNGEL DE ESPINERA: *Relación del viaje y misión a los pehuenches, en Misioneros en la Araucanía*, Ed. Universidad de la Frontera, Temuco, 1988.

ALONSO DE GÓNGORA Y MARMOLEJO: *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado*. Ed. de la Universidad de Chile, Santiago, 1990.

MARIÑO DE LOBERA: *Crónica del reino de Chile*. CHCh, tomo VI, Santiago, 1865.

JUAN DE LUIGI: *Los Ángeles. La alta frontera, en la Región del Bío-Bío*. V Jornadas Territoriales, Santiago, 1990.

JUAN DE OJEDA: *Descripción de la frontera de Chile*. RCHHG, N° 136, 1968.

MIGUEL DE OLIVARES: *Historia militar, civil y sagrada de lo acaecido en la conquista y pacificación del reino de Chile*. CHCh, tomo IV, Santiago, 1964.

Historia de la Compañía de Jesús de Chile. CHCh, tomo IV, Santiago, 1874.

- JERÓNIMO DE QUIROGA: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*, Ed. Andrés Bello, Santiago, 1979.
- JOSÉ BASILIO DE ROJAS I FUENTES: *Apuntes históricos*. CHCh, tomo XI, Santiago, 1878.
- ALONSO DE SOLÓRZANO Y VELASCO: *Apuntes de lo acaecido en la conquista de Chile desde su principio hasta el año de 1672*. CHCh, tomo 11, Santiago 1878.
- PEDRO DE VALDIVIA: *Cartas de relación*; editadas por Mario Ferreccio, Ed. Universitaria, Santiago 1970.
- JERÓNIMO DE VIVAR: *Crónica de los reinos de Chile*, edición de Ángel Barral 6, Madrid, 1988.
- IGNACIO DOMEYKO: *Mis viajes, Memorias de un exiliado*. Ed. de la Universidad de Chile, 2 tomos, Santiago, 1978.
- RICARDO DONOSO: *Un letrado del siglo XVIII, el doctor José Perfecto de Salas*. Universidad de Buenos Aires, 2 tomos, B. Aires, 1963.
- : *El marqués de Osorno don Ambrosio O'Higgins*. Publicaciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1941.
- J. ANTONIO ENCINA: *Historia de Chile*, 20 tomos, Ed. Nascimento, Santiago, 1942-1952.
- : *Historia de Chile*, 37 tomos, Ed. Ercilla, Santiago, 1983.
- JORGE FERNÁNDEZ: *La población prearaucana del Neuquén. Intento reconstructivo a través del arte rupestre*. Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile, Ediciones Kultrun, 1987.
- CLAUDIO GAY: *Historia Física y Política de Chile*. Documentos, tomos I y II, París, 1846 y 1852.
- H. GONZÁLEZ Y R. VALENZUELA: *Recolección y consumo del piñón*. Actas del VIII Congreso de Arqueología Chilena, Valdivia, 1979.
- GABRIEL GUARDA: *Flandes Indiano. Las fortificaciones del reino de Chile 1541-1826*. Ed. U. Católica, Santiago, 1990.
- HANS GUNDERMANN: *Interpretación estructural de una danza ritual mapuche*. Chungará. U. de Tarapacá, N° 14, septiembre de 1985.
- : *El sacrificio en el ritual mapuche: un intento analítico*. Chungará N° 15, Arica, 1985.
- BERNARDO HAVESTAD: *Chilidugu o tratado de la lengua chilena; en Misioneros en la Araucanía*, Ed. Universidad de la Frontera, Temuco, 1988.
- ÁLVARO JARA Y S. PINTO: *Fuentes para la historia del trabajo en el reino de Chile*, 2 Vols. Ed. Andrés Bello, Santiago, 1983.
- J. T. MEDINA: *Cosas de la Colonia*. FHBjTM, Santiago, 1952.
- : *Diccionario Biográfico Colonial de Chile*. Imprenta Elzeviriana, Santiago, 1906.
- LUZ MARÍA MÉNDEZ: *Trabajo indígena en la frontera araucana de Chile*, en *Jahrbuch fur Geschichte Lateinamerikas* Bohlan Verlag Koln Wien, 1987.
- J. I. MOLINA: *Compendio de la Historia Civil del Reino de Chile*. CHCh, tomo XXVI, Santiago, 1901.
- : *El Compendio de la historia jeografica, natural y civil del reino de Chile*. CHCh, tomo XI, Santiago, 1878.
- FRANCISCO NUÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑÁN: *Suma y epílogo de lo más esencial que contiene el libro*

intitulado "Cautiverio Feliz y Guerras Dilatadas del Reino de Chile". Sociedad Chilena de Historia y Geografía, y Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 1984.

—————: *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas en Chile*. CHCh, tomo III, Santiago, 1863.

MARIO ORELLANA: *La crónica de Gerónimo de Bibar y la conquista de Chile*, Ed. Universitaria, Santiago, 1988.

EDUARD POEPPIG: *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829)*. Ed. Zig-Zag, Santiago, 1960.

ALBERTO RECART: *El Laja un río creador*. Ed. Jerónimo de Vivar, Santiago, 1971.

DIEGO ROSALES: *Historia general del reino de Chile*. Flandes Indiano. 3 tomos, Valparaíso, 1877.

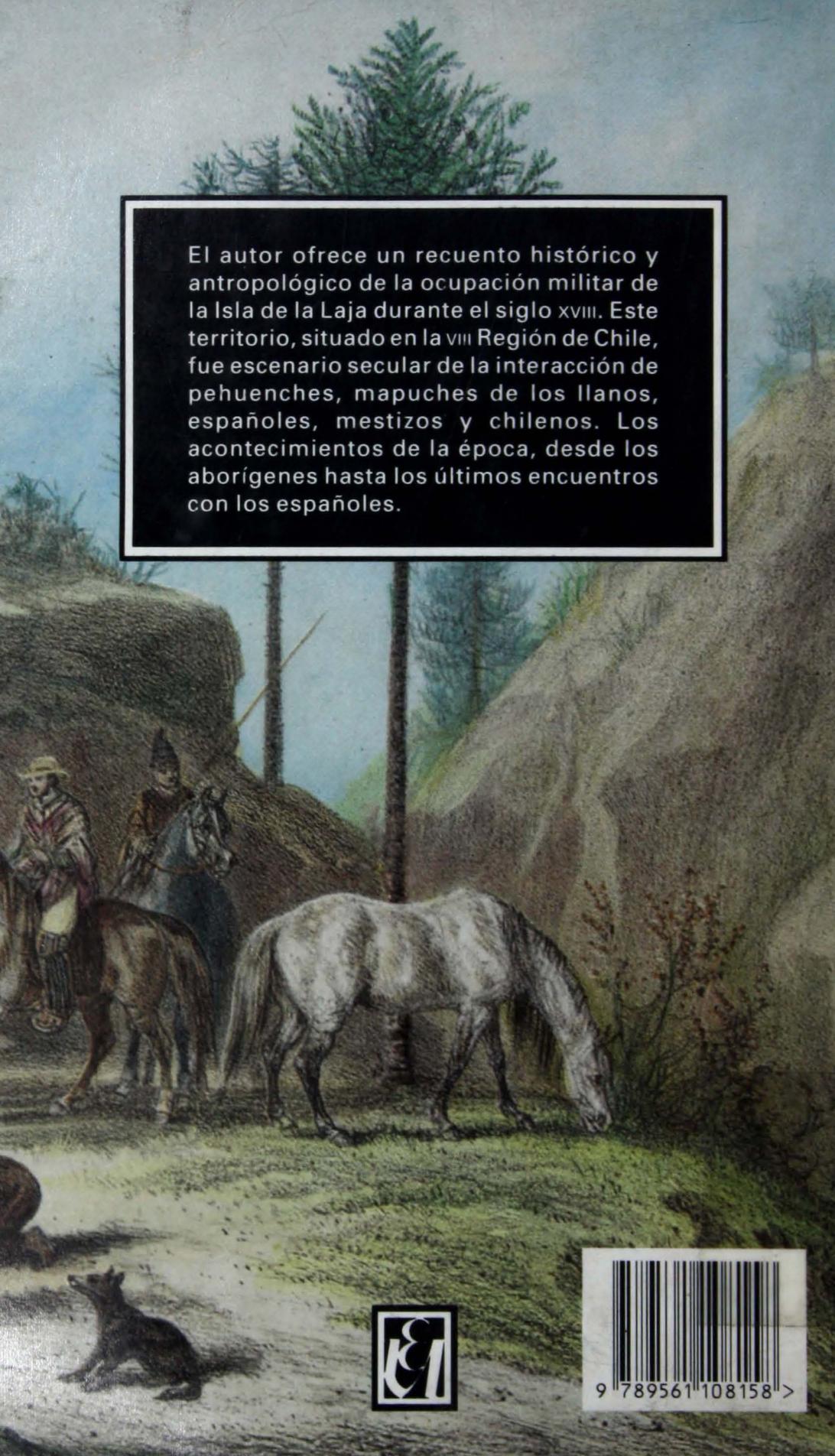
GILBERTO SÁNCHEZ: *Relatos orales en Pewence chileno*. AUCH, Santiago, 1988.

SERGIO VILLALOBOS: *Historia del pueblo chileno*; 3 tomos; Ed. ICHEH y Zig-Zag. Santiago, 1980, 1983, 1986.

SERGIO VILLALOBOS. *Los Pebuenches en la vida fronteriza*. Ed. Universidad Católica de Chile, Santiago, 1988.

—————: *et al.: Relaciones Fronterizas en la Araucanía*, Ed. Universidad Católica de Chile, 1982.

HORACIO ZAPATER: *Los aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros*. Ed. Andrés Bello, Santiago, 1973.



El autor ofrece un recuento histórico y antropológico de la ocupación militar de la Isla de la Laja durante el siglo XVIII. Este territorio, situado en la VIII Región de Chile, fue escenario secular de la interacción de pehuenches, mapuches de los llanos, españoles, mestizos y chilenos. Los acontecimientos de la época, desde los aborígenes hasta los últimos encuentros con los españoles.



9 789561 108158 >